

# UBAFU!

El legado de los abuelos garífunas  
Augusto Pérez Guarnieri





# UBAFU!



El legado de los abuelos garífunas



Pérez Guarneri, Augusto  
UBAFU! : el legado de los abuelos garifunas. - 1a ed. - La Plata : Universidad  
Nacional de La Plata, 2011.  
170 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-34-0788-2

1. Música Etnica. 2. Etnomusicología. I. Título  
CDD 780.89



**Secretaría de Extensión**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**Corrección:** María Eugenia López

**Diseño y diagramación:** Érica Anabela Medina



**Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)**

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Primera edición, 2011

ISBN 978-950-34-0788-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2011 - Edulp

Impreso en Argentina

# UBAFU!



## El legado de los abuelos garifunas



Augusto Pérez Guarnieri

Gracias

Comunidad Juvenil de Limayón, Guatemala.  
Christ, Casa de la Cultura, Juan Carlos Sanchez, Blanca, Elaine,  
Xiomara, Luciana, Berne, Jago, Linn, Sandra, Jennie y Todor  
los personajes de este libro...

Ethel Barrios, Amalio, Jorge D, Alcide, Carlos, Juan C. y  
Todor FLADEN-GUAT; Alfonso Arvizilloja (CEPOL).

Cristobal Pineda, Jolie y ENSEMBLE Acropolis-Honduras  
FLADEN en Todor sus acciones y fidelidad.

Fabian Lujica, David Maldonado, Ale F. amigo de Todor  
el fair y el mundo... Pablo Vallejo, Fran Coballero, Benoit, Javeri...  
<sup>del-A</sup>

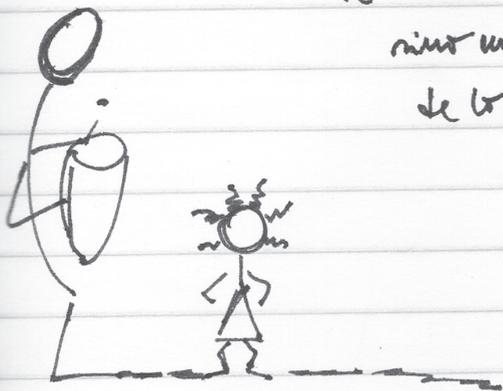
Dulcinea T. Cámaro, Pablo Ciro, Asociación Minibose  
Uno muy especial: RICARDO PETRICHIA, Todor le  
Dirección de Cultura / Sec. de Extensión (UNEP) por la  
confianza y el apoyo. Miguel A. Escobedo por abrir  
camino. Alumnos y Profes del CEM y escuelas...

Jue querido hijo, Vae, Ramón, Ángel, Maxim, Sil, Francis Vival,  
Amigo de cada lugar en el que brillan los ojos  
<sup>GRACIAS</sup>  
<sup>Simón</sup>  
con la energía de los Tombones ...

A Meme, Come y,  
e Trovés de elle,  
e Trovés los amigos pa'junos...

¿ Pero qué es la historia  
de Anníbal Tode  
ni es una crónica  
de lo real-marxista?

[Alex Caspary]





# ÍNDICE

I. HÜNGÜHÜNGÜ .....	11
<i>Abriendo mi cuaderno de campo al mundo</i>	
Rio Dulce (Dunarugu Labuga) .....	13
Livingston (Labuga) .....	23
Ubou .....	31
Ubafo .....	34
Garaon .....	40
II. GAYUZA .....	43
Harabaganali (El temblor de bienvenida) .....	45
Giribuba Hiñaru (Vuelve Mujer) .....	49
Buiti binafi (Buenos días) .....	65
Lirahügü Labuga (Hijos de Labuga) .....	69
Machuca .....	73
Pulali .....	79
Kipula .....	81
Agu (ojos) .....	89
Haremuhania (Ellos cantan) .....	99
III. CHUGU .....	103
Ciudad Sepulcral .....	105
Copan .....	114
Nubes .....	119
Figi (Ceiba matapalo) .....	125
Ounagülei (Mensajero) .....	129
Abelagüdahani .....	135
Mali .....	136
Abeimahani .....	141

Layanuhaña barigi nu (Tu mirada me está hablando) .....	144
Ligia meme weyu (El mismo sol) .....	146
Loumburaguñadina buragate (Tu historia me está atrapando) .....	151
Lirahügü Labuga (Dulcinea T. Camara) .....	157
<b>GLOSARIO</b> .....	159
<b>CANCIONES Y RITMOS</b> .....	165
Registro de las grabaciones .....	187
<b>IMÁGENES</b> .....	191
<i>Colores sobre mi cuaderno</i>	



# I. HÜNGÜHÜNGÜ



Abriendo mi cuaderno de campo al mundo

... Habría en él un río, un caudaloso gran río, que con fuerza va en el mar, como una inmensa resaca enrocada en el mar, con la colseje en el mar, el cuerpo ondulante a lo largo de una amplia región y le crea fucidos en las profundidades del Termit.



ya lo hemos dicho: la agricultura fue, excluyendo, fueron  
 Transpacífico e América no forman su lago actual en la boca  
 "el mayor hombre de la tierra" - L. Taylor, 161

GEORGE  
 ORYENA

## Río Dulce (Dunarugu Labuga)

«Ten cuidado. Toma la lancha que te indique Elio, mi amigo lanchero. Aquí tienes su teléfono. Te va a estar esperando en Río Dulce». Ethel, con su amabilidad y su entusiasmo de siempre, no terminaba de darme recomendaciones que a esa altura ya no escuchaba mientras me subía a *La Litegua*, el ómnibus que me dejaría en Río Dulce, donde tomaría mi lancha para llegar a Livingston, tierra garífuna.

Acababa de dar un taller en la Ciudad de Guatemala, colmado de gente y calor. Aún tenía en mi cuerpo la energía de los casi doscientos estudiantes y docentes de música que habían participado y que, orgullosos de mi intención de conocer la música garífuna, decidieron honrarme colaborando con unos quetzales para mi llegada a Livingston. Un gesto que no pude rechazar y mucho menos olvidar: un abrazo de la gente guatemalteca, anticipo de tantos otros que cambiarían mi vida.

Luego de un caluroso y apretado viaje, que fue alternando grupos de hombres, mujeres niños, vendedores ambulantes, comidas, frutas, animales y ringtones de celulares, llegué anocheciendo a Río Dulce, una pequeña localidad que a esa hora parecía una plaza despoblándose de la feria de comerciantes. Allí estaba Don Elio, quien me ubicó rápidamente por mi «aspecto de gringo» –según me dijo irónicamente–. Estaba en una moto. Nos presentamos y yo comencé a mirar la moto pensando cómo

haría para subirme allí. «No, espera, vamos caminando. El hotel está acá cerca» —Ciertamente, apenas caminamos unos cien metros—. «Sucede que las cosas no están muy seguras por aquí. Tienes que tener mucho cuidado. Mañana paso por ti a las 4:30, te conviene salir en las primeras lanchas hacia Livingston.»

Sorprendido por tantos recaudos. Me acomodé en la modestísima habitación y me duché. Mientras me reconfortaba con el agua, que recorría infructuosa un pequeño calefón eléctrico que colgaba de cables renegridos, me surgieron unas tremendas ganas de tomarme una cerveza. Claro, durante mi estadía en Ciudad de Guatemala había probado jugos de fruta (rosa jamaica, horchata) y comidas típicas, pero cuando pregunté por una cerveza me di cuenta que en lo de Ethel sería imposible. Su hijo, Jorge David, percibiendo mi necesidad etílica de la última noche, me había acercado inocentemente una lata violeta con jugo de uva, mirándome con la picardía del niño que contribuía así a la sustanciación de un acto prohibido, a lo que tuve que corresponder bebiéndome la sana ofrenda. Pero esa noche estaba decidido: saldría a tomar una cerveza. Me dirigí hacia la puerta y me encontré un tremendo candado. Eran las 7:30 pm y el conserje salió en calzoncillos y camiseta, rascándose la cabeza y malhumorado.

—¿Podría abrirme la puerta por favor?

—No, ya es tarde para salir. No puede hacerlo a esta hora. Es peligroso —contestó con voz aguardentosa. Mi necesidad de cerveza no me dejó pensar.

—Oiga, por favor, abra la puerta. Salgo a comer algo y vuelvo enseguida.

—Tenga cuidado. Yo se lo advertí —me dijo mientras abría el candado y las dos trabas del portón de acero.

Salí a la desolación de la calle donde rodaban desechos, papeles y bolsas de plástico bajo la tenue y amarillenta luz de una columna. En el aire se escuchaba música fuerte y algunos gritos —esas reverberancias provenientes de lugares con poca gente y mucho alcohol—. Caminé unas dos cuadras esquivando algunos lugares desde donde me gritaban «¡Hey, gringo! ¿Quieres diversión?». Definitivamente me sentía un venado caminando tembloroso en un coto de caza: recién bañado, con jeans, remera y la actitud estúpidamente contemplativa de quien descubre nuevos lugares.

Entré en un boliche que anunciaba «Pollo. Rice'n Beans. Burritos» y donde el rostro de la moza me resultó amigable. Claro, al entrar comprobé que miraba hacia afuera intentando evadir el acoso de un grupo de hombres en la única mesa que atendía. Me senté y pedí una cerveza Gallo y una tortilla de maíz con pollo. La cerveza estaba helada, servida en una botella de 2500 cm<sup>3</sup> con una servilleta enroscada en el pico. Aquellos primeros tragos fueron tan reconfortantes como vivificantes, y luego de tantas horas de viaje recién comenzaba a disfrutar del periplo. Quizás fue por esos tragos que comencé a prestar mayor atención a la otra mesa, donde dos hombres y un joven me miraban y me hablaban:

–Hey, friend. Were are you from? –Me miraban e insistían haciendo ademanes para que me sume a su mesa, ante la mirada esquiva y tensa de la camarera, una joven de unos diecisiete años que debía soportar el acoso de ese grupo de hombres como hienas, que no paraban de pedir cervezas, decirle barbaridades e intentar tomarla por la cintura mientras ella, con movimientos rápidos, sorteaba esos obstáculos como una gacela entre predadores.

Quizás fue esa situación la que me animó a acercarme y distraer la mesa. Los hombres se sorprendieron cuando les dije que era argentino.

–¡Pensábamos que eras gringo vos! ¡Una cerveza para mi amigo de Argentina! ¡Por Maradona! –Como siempre, se repetía el ritual de pertenencia argentina: las preguntas por el fútbol, Maradona y «¿Dónde queda tu país? ¿Es lejos?». Así fuimos tomando unas cervezas. Habían insistido en hacerme probar orgullosamente la hondureña *Salva Vida* (aún hoy me resulta gracioso el nombre) mientras me contaban que se estaban yendo «a la USA». Era increíble ver sus caras cuando lo mencionaban. Estiraban la «a» de «USA» con una sensación de gozo como el que sentí yo al tomar esos primeros tragos de cerveza. Sólo al ver sus rostros ilusionados con la posibilidad de vivir y trabajar en Estados Unidos uno puede comprender la irracionalidad con la cual intentarían traspasar las fronteras, escondidos primero en una lancha hacia Belice, luego en una camioneta hasta Chetumal, México, y desde allí escondites, caminatas y corridas

por el desierto hasta llegar «a la USAAAHHH». Era como un susurro de esperanza, como un sosiego a la situación que me describían como insostenible.

–Yo tengo mujer y tres niños. No tengo trabajo y ya no aguantamos más. Allá se consigue buen trabajo y me alcanzará para vivir y mandarles a mis hijos –me explicaba uno de ellos, arrugando el rostro e imponiendo seriedad a la conversación.

Contuve mis pensamientos respecto a lo incomprensible de una situación tan riesgosa mientras continuaba escuchando sus historias. A dos de ellos ya los habían deportado en un primer intento de traspaso hace quince años. El joven de dieciocho años haría su primera experiencia y le sobraban convicciones ante mis incrédulas preguntas con las que jugué al asistente social:

–¿Y tus amigos? ¿Y tu familia? ¿Tu barrio?

–Ya no me importa. Quiero ganar buena plata y ser feliz –Así cerraba él mis indagaciones mientras sonreía, tomaba otro trago de cerveza y miraba a sus tíos con desmedida admiración.

El sueño americano desvela por donde sea a propios y extraños. Sobre todo a extraños que pretenden ser «propios» a cualquier precio: persecuciones, cárcel, deportación, humillación y hasta la muerte. Nada más importa que llegar a «a la USA», ganar plata y «ser feliz». Eso nos enseña este sistema mundo en el que el sentido de pertenencia se vende como un billete de lotería y se trueca por necesidades inventadas, por fantasías de colores, por estrellas blancas en cielos azules que reciben millones de pedidos de promeseros migrantes esperanzados en sacrificarse por obtener combos de felicidad rápida.

Mi conversación con esos hombres me dejó una sensación de tristeza respecto de nuestra América. A la vez, anunciaba una tensión con la que iría a convivir durante la búsqueda de costumbres locales.

El sueño americano desvela por donde sea a propios y extraños. Las costumbres son cosas de viejos y las tradiciones pueden empaquetarse en CD, DVD y difundirse por documentales en canales de cable, fomentando aún más el exotismo y el desconocimiento general sobre nuestras culturas. Palabras, conceptos y reflexiones relacionadas con estas búsquedas expuestas allí, en la mesa de un bar como en tantos lugares de nuestro

continente, me harían pensar mucho respecto de quiénes somos y hacia dónde vamos.

Aún hoy, al repensar todo ello, me surgen interrogantes: la búsqueda desesperada de aquella felicidad ¿podríamos atribuirla a una capacidad de supervivencia o es apenas la expresión de esa necesidad impuesta que genera el desenfreno y el desarraigo?; la globalización ¿es acaso la manera de fomentar que aquel adolescente reniegue de su ancestralidad, corte su trenza y se ponga una gorra rapper?, ¿que ya no hable de los santos sino de Halloween?; ¿lo global es realmente equitativo cuando se fomenta desde las mismas capitales desde donde se promovieron valores universales para unos pocos? Qué curioso, la palabra «mestizo» pareciera tener una connotación diferente a la palabra «global». Mestizo referiría a lo no puro, lo no blanco, mientras global se relaciona con lo universalmente aceptado (o fomentado por la cultura hegemónica). Sin embargo, allí están los países, las fronteras, los controles, «la migra», donde lo global no aplica, donde lo global fomenta nuevas necesidades en gente que, obnubilada por satisfacerlas, se muere en las fronteras como insectos en el calor de una lámpara. Luz que encandila, enceguece, atrae y quema.

Mientras escribo esta primera parte, recuerdo aquel momento con todo esto en mi mente, más la cerveza, más esos resabios de profesorcito que ante las palabras de aquel joven me llevaron a pedirle que pensara mejor su decisión. Aún hoy no puedo creer mi estúpida actuación, aunque quizás él, como tantos jóvenes que lean o escuchen o sepan, logre conmovirse en algún momento de su vida con estas palabras y con el significado de pertenecer a una patria. Quizás en los países "desarrollados" puedan superar esa mirada desconfiada de quien todo lo deja para cumplir un sueño y no viene a robarle el puesto de trabajo a nadie. Quizás si supieran que se trata de seres humanos con esperanzas, familias, barrios e historias podrían evitar la categorización de inmigrante abyecto al que todo extranjero está expuesto en los países poderosos. Quizás contando la maravillosa historia garífuna, abriendo mi cuaderno de campo al mundo, pueda contribuir a insuflar la vida de los lectores con inspiradoras experiencias humanas.

Hace algún tiempo me preguntaba un chiquillo por el significado de la palabra patria.

Me sorprendió con su pregunta y con el alma en la garganta le dije así:

¡Flor de barrio, hermanito!

¡Patria son tantas cosas bellas!

Como aquel viejo árbol del que nos habla aquel poema.

Como el cariño que aún guardas después de muerta abuela.

¡Patria son tantas cosas bellas!

Son las paredes de un barrio, es su esperanza morena: es

lo que lleva en el alma todo

aquel cuando se aleja.

Son los mártires que gritan: ¡bandera, bandera, bandera, bandera...!

No memorices lecciones de dictaduras o encierros: la patria es un sentimiento como

mirada de viejo, sol de eterna primavera, risa de hermanita nueva.

Te contesto, hermanito: ¡patria son tantas cosas bellas!  
(Rubén Blades, «Patria»)

En África empezó el viaje humano en el mundo. Desde allí emprendieron nuestros abuelos la conquista del planeta. Los diversos caminos fundaron diversos destinos, y el sol se ocupó del reparto de colores. Ahora las mujeres y los hombres, arco iris de la tierra, tenemos más colores que el arco iris del cielo; pero somos todos africanos emigrados. Hasta los blancos blanquísimos vienen de África. Quizás nos negamos a recordar nuestro origen común porque el racismo produce amnesia, o porque nos resulta imposible creer que en aquellos tiempos remotos el mundo entero era nuestro reino, inmenso mapa sin fronteras, y nuestras piernas eran el único pasaporte exigido. (Eduardo Galeano, *Espejos*)

Mientras el joven volvía a poner otro reggaetón en la vitrola del local, la camarera ya estaba casi a los golpes con uno de los hombres que insistía en abrazarla. En cuanto el otro se me acer-

las historias referencias se ven en los ojos. Los  
mon con él, donde la educación debe ir  
siguiente X le conquistó, Tomates  
la construcción humana que resulta el  
T. sobre el los conexiones durante  
W. con

có y me pidió que invitara otra ronda, tomándome fuertemente del brazo en una actitud que en mi barrio calificaría como violenta, decidí que debía retirarme a pesar de los gritos y la insistencia para que permaneciera. Al salir, la calle estaba aún más fría y desierta que antes. Los graves de la música retumbaban sórdidamente en las paredes de las casas, y mientras apuraba el paso escuché un griterío repentino que se generó al abrirse la puerta del local en el que había estado. Al darme vuelta vi a uno de los hombres gritándome y arrojándome botellas de cerveza *Salva Vida*, que se estrellaban por suerte lejos de mí. Eran una gran bola de confusión, los tres hombres trastabillando por efecto del alcohol, la camarera y otra mujer empujándolos a los golpes, el hombre más corpulento arrojándome las botellas, el otro abrazando a la camarera y el más joven intentando frenar el impulso violento de ambos.

Continué caminando más rápido aún, mirando hacia atrás, aunque también preocupado por las tres cuadras que me restaban para llegar al hotel, en las que fui sorteando típicas situaciones nocturnas de localidades portuarias, acompasado por algunos resabios musicales de la noche que se extinguía. Gritos, estallidos de botellas y ese gígoló: «Hey, gringo, ¿quieres diversión?», señalando a una voluptuosa mujer que me miraba con aire de cansancio y resignación, esforzándose en dedicarme una sonrisa que devolví sin detenerme ni un segundo hasta llegar a la puerta del hotel, donde golpee insistentemente. Cuando escuché la llave girar y vi al hombre de camiseta y calzoncillos sentí el mismo alivio que con la cerveza apenas un rato antes.

Dormí unas horas y a las 4:30 am estaba reuniéndome con el lanchero en la puerta del hotel. Caminamos apenas dos cuadras y llegamos al embarcadero. Elio, con extremada generosidad, me indicó qué lancha tomar, cuánto pagar y cómo manejarme al llegar a Livingston.

Al subirme a esa lancha colectiva, junto a otros turistas y pobladores, comenzaba una travesía hacia mi propio interior que sólo unos años después pude dimensionar.

*Remontar ese río era como volver a los inicios de la creación, cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra y los árboles se convirtieron en reyes, custodiados por manglares, a*

la vera de volcanes que eruptaron todos esos prodigios naturales que allí se presentaban. Un río con una superficie espejada en la que los árboles y las más diversas formas verdes se reflejaban, generando la sensación embriagadora del encuentro agua-tierra-cielo, con la que uno se siente empequeñecido, agradecido y honrado al tener la oportunidad de presenciar ese espectáculo abriéndose ante los ojos que comenzaban a cargarse de un brillo que jamás perderían.

La lancha se abría paso como buscando llegar al sol que comenzaba a trepar sobre los árboles, lanzando rayos de luz que coloreaban nuestro paso y hacían brillar aún más las sonrisas de los niños que en sus cayucos desafiaban la estela de la embarcación, hundiendo sus remos y esquivando avergonzados mis saludos. Los carteles anunciaban «cocos y aguas frías», así como el Castillo de San Felipe de Lara que allí se nos presentaba. Una construcción de piedras, torreones y fosas sobre la orilla del río en la que aún podían observarse los cañones con los que la corona española había resistido entre los siglos xvii y xviii los embates de nativos y piratas. Cañones que hoy dan un toque pintoresco al paseo y que antaño fueron utilizados para hacer estallar en mil pedazos embarcaciones cargadas de sueños, esperanzas, ambiciones y mezquindades; hombres, mujeres, niños, incertidumbres, cadenas y grilletes; oro, plata, maíz, plátanos, tabaco y animales. Todo eso parecía ahora flotar en el ambiente y refulgir en los colores que inundaban mi ser en una corriente en la que deseaba navegar por siempre.

Islotes cargados de juncos servían de remanso para enormes garzas que condensaban en su plumaje el incólume blanco de la energía propinada por el sol, que con desprejuiciada facilidad colgaba ya de la cima de un cerro altivo, solemne. Vigía desde tiempos inmemoriales, testigo de sequías, crecidas, inundaciones, tempestades y remansos; cascadas, troncos podridos y palmeras dobladas; cubiertas de auto, motores fuera de borda y ropas colgando al sol; y el tiempo que va de ida y vuelta subido a esas lanchas cargadas de gente, sonrisas, lágrimas, enfermedades, alegrías, tristezas, comidas, regalos, collares, juguetes.

A la salida de un barranco, el río nos esperaba con una imagen onírica. Cientos de nenúfares emergían agraciados del agua

y abrían sus flores blancas estallando al sol, que iluminaba inmensas hojas con forma de platos que flotaban en la superficie espejada, desplegando una hermosura cautivante.

Nos detuvimos a mitad de camino en el paraje Aguas Calientes para tomar un sulfúrico baño termal al pie de unas formaciones volcánicas. Un hombre y una mujer mayores, de tez pálida y ojos claros, vestidos como niños exploradores y hablando francés, se animaban mutuamente a meterse en las aguas, quizás esperanzados en que, como en la película *Cocoon*, el contacto con ese líquido originario les alargase un poco más la existencia.

Como en un contraste de vitalidad, detrás de los movimientos paquidérmicos de la pareja, los cormoranes se cortejaban batiendo sus alas, alternando su danza entre chapuzones y enredos plumíferos entre hojas de todo tamaño. Libélulas, moscos y chicharras no cesaban de frotar sus alas aserrando el aire, generando un sonido persistente e hipnótico en un ambiente denso, húmedo, oscuro. Los remos de los cayucos, que se incrustaban como palas en el espejo de agua, retumbaban en los troncos de las ceibas que emergían de la tierra como musculosos brazos de las deidades del monte.

Caminé unos metros internándome en la inmensidad selvática, conmovido por los sonidos que allí conviven cautivos, sin esperar a ser descubiertos ni liberados. Tocaba lentamente cada una de las enormes piedras volcánicas que formaban cuevas, como buscando percibir las manos del cimarronaje a través del verde tizne del musgo y el sulfuro. Recordaba las historias que había escuchado respecto de las cuevas volcánicas de la zona. Hasta se decía que había una comunicación entre las ruinas de Copán, Tikal y la zona costera que sólo los mayas conocían y que habrían utilizado las guerrillas recientemente hasta que el ejército las destruyó en un bombardeo.

Pisando esa tierra sentía despertar la presencia de huellas, saltos, gritos y susurros de los cimarrones. Imaginaba sus pasos, su silencio, su sigilo. Casi podía percibir su respiración, en tensa calma, y esas ganas de correr.

El cielo apenas asomaba entre las copas de los árboles, cuyas ramas se estremecían y se enroscaban unas a otras, mestizándose como tantas pieles, pelos, uñas, lenguas, ojos, manos, sangre,

mandioca, plátano, papaya, cilantro, coco, mango, arco, flecha, mosquete, crucifijos, amuletos, gallos, cerdos, chivos, pañuelos, estiércol, carbones, picos, palas, espejos, oro, plata, cueros, botas, metal, piedras, gemas, brújula, mapas, fiebre, ampollas, ritos, pueblos, historias, ríos, mares, cadenas, cadenas, pólvora, pólvora, tambor, tambor, tambores.

Emocionado bajo ese cielo azul y rojo sangre, escuchando esos mismos sonidos, me di cuenta de estar iniciando una travesía hacia el interior de América, hacia esa frontera indivisible fruto del brutal encuentro entre americanos, africanos y europeos, hacia el mismísimo corazón del mestizaje...

Remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra y los árboles se convirtieron en reyes. Una corriente vacía, un gran silencio, una selva impenetrable. El aire era caliente, denso, pesado, embriagador. No había ninguna alegría en el resplandor del sol. Aquel camino de agua corría desierto, en la penumbra de las grandes extensiones. En playas de arena plateada, los hipopótamos y los cocodrilos tomaban el sol lado a lado. Las aguas, al ensancharse, fluían a través de archipiélagos boscosos; era tan fácil perderse en aquel río como en un desierto, y tratando de encontrar el rumbo se chocaba todo el tiempo contra bancos de arena, hasta que uno llegaba a tener la sensación de estar embrujado, lejos de todas las cosas una vez conocidas... en alguna parte... lejos de todo... tal vez en otra existencia. Había momentos en que el pasado volvía a aparecer, como sucede cuando uno no tiene ni un momento libre, pero aparecía en forma de un sueño intranquilo y estruendoso, recordado con asombro en medio de la realidad abrumadora de aquel mundo extraño de plantas, y agua, y silencio. Y aquella inmovilidad de vida no se parecía de ninguna manera a la tranquilidad. Era la inmovilidad de una fuerza implacable que envolvía una intención inescrutable. Y lo miraba a uno con aire vengativo. Después llegué a acostumbrarme. Y al acostumbrarme dejé de verla; no tenía tiempo. Debía estar todo el tiempo tratando de adivinar el cauce del canal; tenía que adivinar, más por inspiración que por

otra cosa, las señales de los bancales ocultos, descubrir las rocas sumergidas. Aprendí a rechinar los dientes sonoramente antes de que el corazón me estallara cuando rozábamos algún viejo tronco infernal que hubiera podido terminar con la vida de aquel vapor de hojalata y ahogar a todos los peregrinos. Necesitaba encontrar todos los días señales de madera seca que pudiéramos cortar todas las noches para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando uno tiene que estar pendiente de ese tipo de cosas, los meros incidentes de la superficie, la realidad, sí, la realidad digo, se desvanece. La verdad íntima se oculta, por suerte, por suerte. Pero yo la sentía durante todo el tiempo. Sentía con frecuencia aquella inmovilidad misteriosa que me contemplaba, que observaba mis artimañas de mono, tal como os observa a vosotros, camaradas, cuando trabajáis en vuestros respectivos cables por... cuánto es... media corona la vuelta. (Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*)

## Livingston (Labuga)

Llegar a Livingston es una experiencia maravillosa. El pequeño puerto recibe las embarcaciones con cautela y rostros amigables luego del último recodo del Río Dulce.

En mi primer viaje no tenía mayores datos que los que me había transmitido Don Elio.

–Camina dos cuadras hacia arriba, allí te espera Don Roberto en el Hotel Ríos Tropicales.

Iba caminando arrastrando mi mochila, maravillándome con los sonidos del pueblo. Las mujeres garífunas, morenas, de pelos rizados y nariz ancha, vestían sus telas coloridas y sus trabajados peinados. Su lenguaje se expresaba con gestos, gritos y una llamativa expresividad. Todo era música.

Al costado de la calle principal, garífunas y ketchíes comerciaban artesanías, ropas, comidas y bebidas ante el flujo de turistas que, como yo, llegaban por primera vez.

Me acomodé en el hotel, tiré mis pertenencias y salí a la búsqueda de tambores.

Un colega de la Ciudad de Guatemala me había facilitado un contacto de un músico del pueblo que supuestamente estaría dispuesto a colaborar con mi trabajo.

Todo se había iniciado hacía muchos años, cuando escuché el ritmo llamado punta en un compilado de músicas afroamericanas. Me había atrapado su energía y sonoridad. Luego, mi amiga Ethel me había entusiasmado aún más con sus persistentes invitaciones. No podía creer estar ahora caminando por las calles de Livingston con mi grabador y mi libreta, buscando músicos.

Luego de preguntar en diversos lugares, di con mi contacto. Me atendió muy amablemente, le obsequié uno de mis libros y le conté lo mucho que me gustaría conocer su música y registrarla en vivo. Me escuchó... Me escuchó... Me escuchó... Y sólo contestó:

–Me encantaría ayudarlo. Pero me estoy yendo ahora a la capital. Tenga, le dejo mi dirección de mail. Le puedo enviar información por Internet.

Se incorporó de la silla en la que se había sentado hacía apenas diez minutos, estrechó mi mano y se fue con mi libro y muchas de mis ilusiones bajo su brazo.

En ese momento comencé a caminar desesperado y desesperanzado por el pueblo, casi trastabillando, preguntando hasta groseramente por músicos, tambores, cantos... De pronto, escuché un retumbe y unas maracas. Salí corriendo y me metí en un bar. Allí estaban esos dos hombres de rastas. Uno tocaba un tambor garífuna que hasta ese momento sólo conocía por fotos y el otro las maracas. Ambos cantaban. Las melodías me resultaban familiares, aunque no presté mucha atención mientras preparaba mi grabador y mi cámara. Al verme, dejaron de tocar y pasaron por las mesas del bar con una gorra en la mano pidiendo colaboraciones económicas a los turistas, que depositaban felices unos quetzales. Uno de ellos se me acercó y me dijo:

–Oye amigo, si quieres podemos tocar y tú nos grabas. Yo te ayudo si tú me ayudas.

No hizo falta aclarar mucho más. Me ofrecía tocar a cambio de algunos quetzales. Algo a lo cual pretendía rehusarme, ya que no es una dinámica conveniente considerando mis intenciones académicas. Le expliqué mis ideas y, resignado, enfadado

ante mi negativa de pagar para escuchar música, me pidió que le invitara una cerveza. Me pareció apropiado y allí me anticiparon que harían una «parranda». Comenzaron a tocar. Los ritmos eran maravillosos y complejos, sobre todo por la fluidez que las maracas otorgaban al sonido del tambor. Más relajado, comencé a registrar el audio de aquel evento hasta que la melodía que cantaba el hombre mayor de rastas, que arrastraba sus ojotas de goma con un paso de danza cansino, llamó mi atención al punto de desesperanzarme.

—Tú tienes una sonrisa contagiosa. Pero tu pelo es un desastre universal. Despeinada, oh, oh, oh, oh, oh, oh. Despeinada.

Era una canción de Palito Ortega, cantautor argentino muy mediático y famoso por sus melodías radiales, simpáticas y alegres de los años setenta. Evidentemente, sus canciones habían sido difundidas por todos lados, lo que no me extrañaba, considerando las operaciones mediáticas del perverso mercado discográfico que había puesto allí en mi camino esa lamentable mixtura musical. La actitud de los músicos y la canción de Palito Ortega eran golpes asestados a mi convicción de poder registrar música garífuna tradicional. Algo que más adelante entendería mejor, pero que en ese primer viaje no estaba preparado aún para procesar.

Continué vagando por las calles. Caminé por la playa, desde la calle principal hacia el Norte, hasta el Río Vuelve Mujer. El paisaje caribeño, selvático y rústico, se mezclaba con los chaperíos oxidados, perros de costillas a flor de piel y el hedor de las letrinas que se mezclaba con el de tripas, redes y gasolina de los pescadores. Músicas radiofónicas se vomitaban desde altoparlantes saturados, las mujeres descolgaban ropas de los tendales y hablaban con su lenguaje expresivo, casi gritando, mientras los niños jugaban carreras y remontaban barriletes. Contemplaba esas escenas recordando las exclamaciones de mis amigos cosmopolitas cuando se enteraban que viajaba al Caribe. Me imaginaban recostado en una reposera, bebiendo tragos en un coco, rodeado de bellezas en bikini. Sin embargo, allí estaba, transitando por el barrio Nevago, junto al Cementerio, el barrio París, el San José, donde las humildes casas de material se alternaban con las casillas de madera, chapa y nylon en lo que

en ese momento, con la insoportable omnipotencia metropolitana que aún no lograba evitar, describiría como pobreza o marginalidad.

Caminé mucho mientras pensaba qué hacer: «Un blanquito en tierra garífuna con pretensiones etnomusicológicas. Debería haber hecho más contactos... tendría que haber venido con alguien... con más tiempo...». Los días se me iban a venir encima y tenía todo arreglado para seguir subiendo hacia Mérida, México, donde participaría de un Seminario de Educación Musical.

Comencé a preocuparme por el transcurso de las horas, aunque aún tenía mucho por delante. Mi concepción del tiempo no había quedado arriba de la embarcación, me acompañaba y me asfixiaba. Aún me faltaba transitar todas esas experiencias que me permitirían vivenciar otras dinámicas en las que los días fluirían en otros sentidos.

Seguía caminando, tomando algunas fotos, hasta que la escuché.

Aveio  
27

*Alé Alé Alé Rosalina.*

*Tabugie mala Aye Rosalina.*

*Tabugie malago Aye Rosalina.*

*Tabugie viye tugudu.*

*Tabugie dililamuga.*

*Tabugie malago.*

(Hola, hola, hola, Rosalina

Debajo de la mala, Rosalina

Sí pues, debajo de la mala

Debajo de ella que tiene su falda sucia

Debajo de ella para que se enfríe...

Debajo de ella porque ella es mala...)

Una joven garífuna, con enormes ojos, el pelo trenzado en forma compleja y un vestido color fucsia, cantaba dulcemente mientras machacaba con sus manos plátanos en su mortero. Estaba en la puerta de su casa. Me acerqué sonriente y ella dejó de cantar. Le hice señas para que continuara, pero sólo me miraba avergonzada. Me sentí como un niño que acabara de destruir un hermoso castillo de arena, pues esa canción era maravillosa. Sin poder contener mis impulsos investigativos comencé a hablarle, y ella, que continuaba machacando la pasta blanca en la que se iban convir-

tiendo los plátanos, miraba hacia abajo y me espiaba, sonriendo. Desde la casa se escuchó una voz gruesa y ella se dio vuelta y contestó algo, casi a los gritos. Entonces apareció un hombre corpulento, indagando en idioma garífuna a su mujer y mirándome desconfiado. Lo saludé con un gesto y se acercó. Comencé a hablarle casi por compromiso, con la seguridad de estar caminando sobre la cornisa de un fracaso rotundo. Él fijo su mirada sobre la mía y yo no paré de hablarle, siempre con la ansiedad por el tiempo y ya desesperanzado por obtener algún registro. Él solo asentía con un «mhm» y a medida que pasaba el tiempo comenzaba a relajar su gesto. Hasta parecía sonreír. Fue entonces que me dijo: «Yo soy músico. Toco tambores. Conozco otros músicos y bailarinas. Yo te puedo ayudar». Sus palabras llegaron a mis oídos como el Río Dulce en la desembocadura del mar Caribe. Atolondrado y ansioso, le pedí que me repitiera su nombre. «Luis Baltazar. Todos me conocen como ‘El Chino’».

Claro, sus ojos rasgados explicaban su apodo. El Chino comenzó a preguntarme de dónde venía y se entusiasmaba con mis respuestas, como si me hubiera estado esperando. Salimos a caminar y me contó que trabajaba soldando piezas que encontraba; que estaba intentando tener su propio taller de soldaduras y bicicletas. Mientras caminaba, saludaba solemnemente a niños, jóvenes y ancianos. Parecía una lancha abriéndose paso en la calma del río. Todo comenzaba a moverse detrás de sí. Mientras me dedicaba su español, parecía ir dando mensajes y órdenes en garífuna a su alrededor. Definitivamente, su carisma era inspirador. Le comenté que tenía algunos contactos para visitar y me acompañó en la búsqueda. Desde ese entonces, El Chino me acompañó a todos lados, y al tiempo me di cuenta de que no necesitaba buscar más.

Esa fue la primera mirada garífuna que recibí. Me refiero a esa demostración de confianza absoluta, ese compromiso con el ser, esa transparencia que me llevó años procesar. Sólo después del segundo viaje estuve en condiciones de comprender. En aquel momento, atribuía la posibilidad de mis registros a situaciones fortuitas que me llevaron a ese lugar fantástico.

A tres cuadras de la calle principal, pasando la iglesia Nuestra Señora del Rosario y la escuela de varones, sobre la derecha,

los colores de la bandera garífuna (negro, blanco y amarillo) se mezclaban con carteles publicitarios de cerveza sobre el frente de cañas pintadas en vivos colores rojo, amarillo y verde rastafaris. La inscripción decía «Café Ubafu. Live Music» y anticipaba los maravillosos momentos que iría a vivir en esos días.

El Chino abrió la puerta y me invitó a pasar. A un costado, Isis —aquella mujer que había conocido machacando plátanos— arreglaba el cabello de una hermosa niña de unos doce años que estaba sentada y sonriendo. El Chino entró hablando en garífuna y corriendo a un par de perros que lo recibían alegres. Pasó tras la barra, no sin antes decirme: «Ponte cómodo. No tenemos luz aquí pero todo está bien». Ciertamente estaba muy oscuro, aunque no lo suficiente para ocultar los dibujos en las paredes que referían a tradiciones garífunas: mapas, mujeres bailando, tambores, banderas, redes de pesca y pequeños barcos con inscripciones. Sin dudas estaba en el lugar adecuado.

Las mesas eran ahora utilizadas por un grupo de niños que jugaban con galletas, muñecas y autitos, esquivando los efusivos lengüetazos del perro flaco que, parado en dos patas, luchaba por ganar la atención.

No sabía si podría continuar avanzando en la dirección en la que sentía el llamado de los objetos allí presentes: dos inmensos tambores. Uno turquesa y otro negro con lunares blancos. Quedé paralizado, obnubilado al verlos. Luché contra mi ser para evitar cometer la torpeza de correr hacia ellos y hacerlos sonar. Si bien aún me quedaba mucho por aprender del simbolismo de los tambores, conocía lo suficiente como para esperar la oportunidad de tocarlos con el permiso correspondiente, pero tuve que hacer un gran esfuerzo por contener mi estúpida ansiedad de salvaje metropolitano.

El Chino me llamó tras la barra y me presentó a Doña Blanca Franzuá: «Ella es la dueña de este lugar. Es la madre de Isis». Ella me miró, me sonrió y me dio la bienvenida, pero en esos primeros contactos creo que percibió mi ansiedad y no escrutó mi mirada como lo haría unos años después, cuando finalmente fuera quien me abriera las puertas a los cantos *gayusa*, un género que en ese primer momento ni siquiera sabía existía.

ANUNCIA BARRA-FUNNA  
 Funcionarios. "le cultiva del su tiempo"  
 Tappa, para Tambores Garífun, Jorrua, Krika y Com...

AUDIOS  
3A7

Fueron días de plenitud en los que El Chino me enseñó pacientemente cada uno de los ritmos tradicionales: hüngühungü, parranda, punta, chumba, wanaragua.

Garaon es el nombre que recibe el tambor. El más grande, gigante, es el garaon segunda, que inicia los ritmos marcando la base con un retumbe grave y englobador del resto de los instrumentos. Tiene un sistema de tensión muy particular, con un parche de cuero de venado que, ajustado por un aro circular hecho con una rama de bahareque, se adhiere al casco de caoba ahuecada en una sola pieza con sogas que se tensan con un torniquete. Sobre el cuero, dos pequeñas sogas actúan como bordonas que hacen retumbar aún más el estruendo de ese maravilloso tambor.

AUDIOS  
33A37

Otro tambor, más pequeño, el garaon primera, de las mismas características, posee bordonas de alambre que destacan su voz, ya que es este el que improvisa, expresando con su toque los movimientos de los bailarines. A todo esto se le suman las sisiras, unas maracas de tremendo tamaño que suenan como una bandada de insectos y que junto con las bugudura, caparazones de tortugas golpeadas por palillos, funcionan dentro del ensamble de percusión como clave y base. El wadabague, una trompa de caracol marino a la que se le corta la punta y se la sopla, se utiliza también para hacer llamadas y melodías; algunos músicos pueden obtener tres o más registros de notas del mismo.

↑  
over. Le garaon de tambor. se trae con  
palillos de palmar, sobre la parte inferior, se traen  
de palmar en un punto claramente superior

Grabamos ritmos y voces en audio y video. El Chino y sus amigos se predisponían de una manera maravillosa. Me acompañaban todo el tiempo, me enseñaban soportando todas mis preguntas respecto a la afinación, digitación, secuencias, entradas, salidas, llamadas, etcétera. Intercambiamos también nuestros ritmos, y en los garaones por momentos retumbaban candombes, chacareras y otros ritmos afroamericanos.

Una noche, llegó un contingente importante de turistas. El Chino comenzó a mandar niños corriendo a buscar a sus amigos. Blanca encendió las lámparas de aceite del lugar y sacaron los parlantes a la calle con música reggae.

Era sábado y Livingston, acostumbrado a recibir turistas ocasionalmente, los fines de semana recibía contingentes más numerosos.

Si la wai wai aie  
woni wai  
Junto

El feste de espacio de nter bien

De a poco, el bar comenzó a llenarse de mujeres garífunas de todas las edades. Se iban sentando y se arreglaban el cabello. Trenzas, rodetes, cortes, gel, hebillas, gomitas, adornos, aros, comentarios, gestos de aprobación y desaprobación, espejos, exclamaciones, risas. Era un momento de todas. Me acerqué a conversar con ellas y, superando las primeras miradas, entre tímidas y desconfiadas, hablamos de nuestros países, nuestras vidas, mientras comencé a darme cuenta de cómo tres pequeñas niñas de entre seis y diez años iban y volvían con los encargues de sus madres:

–Ve y dile que te mande el gel.

Las niñas, con sonrisa contagiosa, se apresuraban. Corrían haciendo chasquear sus sandalias sobre el piso mientras reían y gritaban. Se había armado una especie de peluquería barrial en diferentes puntos del pueblo e iban compartiendo sus menesteres.

Acostumbrado a ver a las Señoras alisando su pelo bajo inmensos secadores, leyendo revistas de chimentos, la escena de la «peluquería garífunas» me resultó muy interesante y simpática. En ese sencillo acto se representaba una de las tantas expresiones de una tradición comunitaria en la que la solidaridad se respira cotidianamente. La ayuda mutua y la cooperación son valores muy incorporados entre los garífunas.

Ahí volvían Kenysha, Sherley y Mailin peleando para ver quién entregaba a Doña Blanca el tarro repleto de hebillas para el pelo. Mailin ganó la carrera y entregó orgullosa el botín a su abuela.

–Mmm. Ve de vuelta y dile que me mande de las rojas. Toma, llévale estas que ya no las necesitamos –Las niñas iban y volvían.

Las mujeres brillaban como el fulgor del crepúsculo sobre el mar Caribe, cuando ese remolino óleo mezcla rojos, fucsias y violetas que convergen en el resplandor desde el cual instantes más tarde se alzaría la luna que entraba por entre las chapas herrumbradas y jugaba con nuestros cabellos con sus caricias de plata, dibujando en el piso las sombras de las cañas de bambú entrecruzadas del techo. La luz de las lámparas de aceite danzaba tenue, distorsionando nuestras sombras y los dibujos que chorreaban en todas las paredes del lugar, como el que resumía lo que estaba ocurriendo: «Isieni ondara wama. Jisiguawagiame wonigüa» («Unámonos, querámonos. Que nos queramos todos juntos»).

## Ubou

«The Ubou» decía el título de ese inmenso mapa con los continentes naranjas y el mar amarillo. «Ubou significa país, república... mundo», contestó El Chino con su voz grave ante mi enésima pregunta.

En ese mapa se veía África, las Antillas Menores, la Isla de Roatán (Honduras) y Centroamérica. Desde el Golfo de Guinea (África), una línea de puntos se había trazado hacia Yorumein (La Isla de San Vicente, Antillas Menores), continuaba hacia Roatán y terminaba en Livingston, que estaba destacado en vivas letras. Sobre esa misma línea se dibujaban barcos de velas blancas y era la imagen que utilizaba Doña Blanca para contar el origen de los garífunas a los turistas. Tomaba una lámpara de aceite con su mano e iluminaba ese pasaje iconográfico:

En 1635, nuestros ancestros venían como esclavos en un barco desde el África. Cuando estaban llegando a América se rebelaron, tomaron el mando del barco y llegaron Yorumein. Allí fueron recibidos por los arawakos, que eran los habitantes de la isla y fueron mezclándose, peleando contra el hombre blanco. Luego de muchos años de lucha, lamentablemente los ingleses nos expulsaron de nuestra Isla de San Vicente y así los abuelos se fueron dispersando desde Roatán hacia Belice, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Y seguimos luchando...

En ese momento yo sólo pensaba en los tambores, y de hecho no daba abasto con tanta información: las caparazones de tortuga, las maracas, los tambores con bordonas, los materiales.

Los escuchaba contar esa historia y hasta me animé en varias oportunidades a explicársela a algunos turistas desprevenidos que iban llegando junto al mural.

Ahora a la distancia reflexiono sobre ese dibujo y pienso cuán interesante es tener esa concepción de país en el que el mapa no se restringe a marcar los límites territoriales. Donde el sentido de pertenencia es mucho más que líneas. Donde el mapa describe otra geografía, una geografía que representa un espacio emo-

Los maracas.  
de Mrs. Lindo  
Le dan una gran sensación

tivo. Donde el país es el epicentro de una historia cuyo conocimiento y valoración se vive y se transmite cotidianamente, como esa noche, con una lámpara de aceite en la mano, un tambor afinándose y unas mujeres arreglando sus cabellos. *Ubou. País. República. Mundo.*

Un país, muchos lugares. Muchas historias. *Huaporu lau vira haruti.* Esos barcos añejos de velas blancas habían transportado hombres esclavizados que sudaban historias del *gran allá*, y en sus bodegas, como devorados por esos gigantes de madera con banderas de otros países, luchaban contra los jugos gástricos del colonialismo. Esas tumbas flotantes de velas blancas habían transportado hombres esclavizados que por orgullo, dignidad, coraje, *magara* o la sagrada intervención de Yemanyá, Olokun, Shangó y todas las deidades invocadas, habían logrado roer el acero de los grilletes y correr hasta cansarse en las playas de la isla de Yorumein. Esos gigantes marinos de velas blancas habían transportado hombres esclavizados que, corriendo por esas playas se habían encontrado con caribes y arawakos que, al verlos desnudos y sin espejitos de colores en sus manos, se dieron cuenta de que el momento de la resistencia había llegado, tal como lo predijera el chamán.

Un país, muchos lugares, muchas historias. Aquella isla, donde los arawakos resistían los embates de los demonios blancos de *ojos enrojecidos que cazaban y conducían a los hombres*, sería el óvulo en el que encallarían seminales barcos de velas blancas que engendrarían un nuevo pueblo: garífuna.

Desde París se decidía el reparto de la isla en un pergamino de letras góticas; «Terra incognita», con dibujos de indios en taparrabos y papagayos de colores. Desde Londres, el dedo índice debajo de la corona insistía con esa mancha en el mapa. Los carruajes llevaban y traían cartas con propuestas de tratados desde Versalles. Las tierras labradas con el conocimiento ancestral arawako auguraban cambiar barcos desvencijados de velas blancas cargados de negros salvajes por bodegas repletas de mercancías que inundarían las arcas de chelines.

Tratados, acuerdos, repartos, cuentas, guerras, ríos de sangre. Mares sepulcrales: *Umuahaiü Ganalirugu.* Los garífunas resistían desde las islas volcánicas. Eran aún el magma

atractivamente incandescente y destructivo de las Antillas Menores y herían el orgullo de la mayor potencia naval de la época, que se veía forzada a firmar un acuerdo con los «salvajes».

Guerras. Muerte: *Ouweni*. Joseph Satoyé, líder garífuna, es asesinado en 1797 por los ingleses, que ahora gobernarían la isla, desterrando hacia Roatán a los 2.026 garífunas sobrevivientes en lo que ellos consideran «el día más triste de nuestra historia: el catorce de abril de mil setecientos noventa y siete».

Un país, muchos lugares, muchas historias. Aquella isla de Roatán donde hoy los turistas toman daikiri y disfrutan de uno de los mayores arrecifes del mundo, con vuelos directos desde New York y Roma, había recibido a los garífunas que aún viven en el patio de atrás de ese parque de diversiones de ricachones. Desde allí, se habían distribuido por Belice, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Derrotados y deportados, los abuelos buscaron nuevas tierras: Labuga. En 1802, Don Marcos Sánchez Díaz comandaba un bergantín junto con 162 garífunas y encontraron ese lugar donde Ochún estrecha su mano con Yemanyá, la morada de Dambala y Agwe, camino a la residencia de Olokun. Ese lugar de los siete altares y los ríos que alimentan bananos, yucas y palmas hasta desembocar en el mar Caribe. Livingston, ese lugar donde ahora Blanca, orgullosa, contaba una y otra vez la historia de sus ancestros a turistas que miraban los tambores con desconfianza, temerosos de ser parte de un banquete caníbal, término mediante el cual los colonizadores denominaban a los caribes y por lo cual justificaban la necesidad de exterminarlos.

Un país, muchos lugares, muchas historias. «Hoy los garífunas se constituyen como grupo transnacional, distribuidos entre Nicaragua, Honduras, Guatemala, Belice y Estados Unidos, donde actualmente residen unos 120.000 garífunas, constituyendo el mayor conglomerado garínagu del continente», me dijo Don Alfonso Arrivillaga Cortés mientras tomábamos un café en el Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos y me maravillaba con su conocimiento experto sobre el tema, a la vez que me sorprendía con el dato demográfico que expresaba una movilidad migratoria en búsqueda del sueño americano de *play station* y zapatillas que fragmentaba familias y tradiciones. También me contaba que a Marcos Sánchez Díaz, el fundador

En algunas islas de las Antillas Menores, como en Roatán, se encuentran los restos de los garífunas que fueron deportados por los ingleses en 1797. Estos restos se encuentran en el patio de atrás de ese parque de diversiones de ricachones.

de Livingston, se le atribuían poderes sobrenaturales con los que había saneado el paraje de plagas y animales ponzoñosos para que los garífunas pudieran asentarse. También se decía que era *buyei* (sacerdote) y que había participado del Bosque Caimán, la increíble ceremonia en la que los cimarrones haitianos juraron morir por la libertad en el inicio de la única insurrección de esclavos que tomó el poder en América. Cierto es que Don Marcos es un héroe, uno de los «primeros padres», uno de los ancestros que es invocado y se hace presente como *ahari* protector y vigilante de la comunidad cuando retumba el garaon.

–He caminado por todo Belice y Honduras y encontré amigos garífunas -expresa sonriendo con sabiduría griot Juan Carlos Sánchez, que con su guitarra crea melodías y transmite el conocimiento de sus abuelos-. Pero ¿qué pasa con ese nieto que no quiere tocar el tambor? -pregunta en sus parrandas, provocando a los jóvenes que desprecian el legado cultural, abrazados a sueños que no son propios y que se amontonan en tristes suburbios de ciudades que prometen alegrías color verde alejadas del abrazo del mar caribe.

Un País, muchas historias. Muchos lugares. «¡Nosotros también somos guatemaltecos!», me decía El Chino con cierta indignación cuando me explicaba lo difícil que resultaba ir a la ciudad y sentirse fuera de la concepción de país en la propia Guatemala, donde los garífunas no son tenidos en cuenta.

## Ubatu

De repente escuché un sonido seco y otro y otro. Al mirar el pequeño escenario los vi. El Chino y Brandon afinaban los tambores. La primera vez que lo hicieron no podía salir de mi asombro. Acostumbrado a que la tarea de afinación o tensado de los cueros sea algo delicado, veía a esos músicos tomando dos listones inmensos de madera, posicionaban uno sobre el aro del tambor y con el otro golpeaban fuerte para bajarlo, generando mayor tensión en el cuero. Por eso escuchaba con entusiasmo esos golpes secos, seguidos del chirrido del cuero que, al estirarse, parecía reproducir el crepitar del tronco de caoba al caer, vencido por el

Arbio  
B

hacha impiadosa de quien descubrió en esa madera la forma del tambor que ahora despertaba para retumbar parrandas.

El sistema de tensión del garaon era muy particular y eficaz. Tanto, que en los cascos se iban surcando rajadas de punta a punta, como lacerantes heridas que se abrían en la madera, estigmas de luchas en la arena de Yorumein, donde los mosquetes silenciaban el zumbido de los arcos arawaks y los garaones retumbaban junto a sepulcros de cuerpos oscuros salpicados de pólvora. Heridas que sólo podían cicatrizar esos tambores en manos de esos jóvenes que sostenían la tradición y se comprometían con la historia.

Los turistas no resistieron la tentación de los tambores y pagaron dos quetzales cada uno, llenando el bar. El Chino comenzó con su despliegue de energía. Sonó la trompa caracol como lo sabe hacer él: no sólo le exprimía ese sonido melancólico, ese sonido de *saudade*, sino que con la potencia de sus labios la trompa escupía bandadas de notas que en ese contexto y a media luz se esparcían como murciélagos errantes en la boca de una cueva cimarrona del bosque.

El garaon segunda, ese inmenso tambor de al menos unos sesenta centímetros de diámetro, retumbaba en las manos de Brandon, que iniciaba la noche con un hüngühüngü, ritmo ternario y lento, de procesión, con el que siempre se inician las ceremonias Chugu y Dugu de culto a los ancestros. En este caso se trataba de un hüngühüngü de fiesta, ya que se realizaba fuera de contexto ritual. Estuardo «El Búho» Caballeros hacía repicar el garaon primera. Sus manos desafiaban el tiempo sostenido por Brandon. Mis manos transitaban ansiosas y rápidamente entre el grabador, la cámara y la libreta de notas. Garabateaba allí figuras musicales, pero lo que escuchaba no eran negras con puntillo y tripletes de corcheas contenidas en un compás. Eran múltiples sonidos condensándose dentro de nubes, dinámicas y flexibles, que creaban un sonido resultante en constante variación, desafiando cuentas, métricas, pulsos y acentos. Las manos del Búho eran *nimbus* cargadas de lanzas que, ante la vibración que generaban en el aire esas inmensas maracas, caían filosas sobre nosotros, rebotando sórdidamente en las paredes, sumergiéndonos en una tempestad rítmica que nos empapaba de en-

tusiasmo y demolía las estructuras occidentales con las que inútilmente pretendía transcribir lo que escuchaba.

La lluvia escampó unos segundos, en los que los aplausos de los turistas estallaron espasmódicos. El garaon segunda retumbó una parranda y el wadabague del Chino sopló un tridente de notas al que siguió una exclamación del público acompañando a Christie y Jessie, que se sumaron a la escena con sus vestidos blancos de volados negros y amarillos moviendo sus cuerpos al ritmo de la parranda, a la que se había incorporado Dinner con un toque fluido y continuo sobre las bugudura, caparazones de tortuga que sostenían la misma figuración que las maracas (¿Eran tresillos? No, corchea y dos semicorcheas... no).

Christie hizo unas figuras con sus brazos, que se abrían como alas, y giraba sobre sí misma, flotando bajo el aguacero rítmico. Luego se desplazó moviendo sus brazos como remos, en un vaivén sostenido por sus pies, cuyas puntas se afirmaban sobre el suelo como escarbándolo, y en cada paso suyo sentía que expulsaba puñados de arena sobre nosotros. Arena de sagrado costal. Dorada como las barbas del musgo que se enredaba entre hojas de palma, caracoles y piedra pómez en las playas del mar caribe.

Luego dio un tremendo giro y se quedó mirándonos, como una pantera negra al acecho. Con una mano sosteniendo su falda y la otra sobre su cintura, apuntaba su meneante cola al garaon primera, que en ese momento comenzó a repicar respondiendo a los movimientos trémulos de sus piernas, que temblaban hasta detenerse súbitamente con un gesto de picardía. Así iba retrocediendo, como imantada con el tambor, que retumbaba frases sólo entendibles cuando uno miraba los pies de la mujer, que llegó a poner su cuerpo a unos pocos centímetros del rostro del Búho, que se deleitaba golpeando el parche y riendo.

El rostro del Chino se deformaba conteniendo el aire con el cual soplaba el caracol, anunciando lo que vendría. Los músicos no se miran, pero saben lo que tienen que hacer, un repique del garaon primera y El Chino lidera el coro de la famosa parranda:

*Sagu weyu sagu weyu nafagu  
Nihen weyu nihen weyu huwatei  
Sun lia beigi nitu beigaya  
Mama nugunda bau uri*

*Na na na na nana...*

(Todos los días, todos los días lucho

Hay días, hay días que no hay

Tú acabas de comer hermana

Otra vez vas a comer

Igualmente me siento muy feliz contigo mujer)

Energía absoluta. En medio de la oscuridad del salón, donde las lámparas de aceite parecían funcionar como dínamo del retumbe de garaon, alternando su incandescencia con sus toques, los flashes de las cámaras de los turistas otorgaban a la performance un clima absolutamente mágico, ceremonial. Los pliegues de los rostros garífunas se aparecían repentinamente ante nosotros, expresivos, transpirados, inspirados. Azulados por la luz del flash y sonrientes por las aclamaciones del público, parecían hacerse más y más grandes, como gigantes que ocupaban el lugar. Todo crecía en intensidad. El tiempo volvía a detenerse, hasta que El Chino llamó con su wadabague, sonó una clave 3:2 y finalizaron.

Mientras los turistas aplaudían y se sacaban fotos junto a ellos, Brandon cedió su garaon a «Meme», un joven mestizo de brazos fibrosos. Tenía una boca y unas manos inmensas. Escuché cómo El Chino le gritaba: «¡Meme! ¡wanaragua... wanaragua!».

Entonces, el joven ladino comenzó a tocar ese ritmo, herencia ancestral de una danza que los hombres bailan enérgicamente disfrazados de mujeres. Según me contaron después, así lo hacían los abuelos en Yorumein, cansados de que los ingleses violaran a sus mujeres. Se disfrazaban con pelucas y vestidos, ocultaban sus armas y cuando se acercaban los demonios blancos vengaban su orgullo. «Wanaragua o yancunú. Nosotros preferimos llamarlo wanaragua, que es el nombre garífuna», me decía El Chino una de las tardes en las que me enseñaba a tocarlo.

Comienza como un vals que luego va mutando hasta parecerse a un reggaetón, con el ritmo absolutamente fluctuante y nebuloso de las maracas y el crepitar insidioso, indescriptible e impredecible del garaon primera. Esa noche, Meme hizo tronar las chapas con su garaon. No había oído nada igual. Una energía desplegada desde sus manos hacia el interior del tambor y, desde allí, un magma rítmico que eclosionaba en todas

Aviso Sp

direcciones. Cuando me acerqué para apreciar su ejecución, en su inmensa boca se dibujó una sonrisa que transmitía paz, plenitud y algo más...

Los ritmos fueron sucediéndose. En la chumba, las mujeres hacían una danza que representaba los quehaceres de la mujer garífuna (cosechar, cocinar etcétera), y cuando llegó el momento del ritmo punta el lugar pareció prenderse fuego con una danza a la que se sumaron hombres, con movimientos increíbles, en un despliegue de vitalidad asombroso.

El garaon segunda inició un tremendo galope. Nuevamente mi terca lapicera delineaba: negra con puntillo, tresillo, negra con puntillo... No. Negra, corchea, dos semicorcheas... Pero entraban los repiques del Búho y... ¡Uf! ¡Imposible! Las maracas aserraban el aire como chicharras y al ver los pies de Christie nuevamente entendí que el garaon no piensa ni en dos ni en tres, simplemente expresa la vida de la comunidad.

La noche era interminable y los músicos estaban entusiasmados por los aplausos de los turistas. Fiesta, alegría, tambor y algo más.

En ese contexto, El Chino miró fijamente a mis ojos y comenzó a hacerme señas para que me acercara. Pensé que quería que le sacara una foto. Pero no. Me hizo sentar a su lado y me preguntó qué ritmo quería tocar mientras con un movimiento rápido puso un garaon primera entre mis piernas. No podía creerlo, y quedé paralizado por unos instantes. «Parranda», dije timoratamente. Entonces Meme, El Chino, Brandon y El Búho se miraron sonrientes y largaron una parranda. No recuerdo qué fue lo que toqué en medio de esos gigantes. Tampoco importaba. Simplemente lo hice, compartiendo un momento mágico, sin dudas único en mi vida. Dialogaba con los otros tambores, que me contaban sus historias, las que intentaba repetir con mi acento rioplatense. Entonces ellos se reían y se interesaban en mis palabras y también las repetían con su acento caribeño. Nos conocíamos. Nos respetábamos. Sentía que iba creciendo en cada golpe. Animado por el encuentro, me fui soltando y, casi atrevidamente, repicaba algunas frases de las que habían quedado colgando de aquellas chapas. El Búho se reía y me las devolvía. Llegué a sentirme inmenso junto a ellos, gigantes de manos como usinas.



Fiesta, alegría, tambor, gratitud y algo más... A pesar de la insistencia del Chino, volví a mi lugar para continuar apreciándolos. Luego tendría oportunidad de tocar y aprender más. Pero esa noche fue única.

Nuevamente empuqueñecido, debajo de esos enormes músicos, continuaba con mi libreta y mis anotaciones. No quería perderme detalle, pero sentía que lo que ocurría allí era indescriptible. El mapa, las lámparas de aceite, los flashes, los gritos, los gigantes, las bailarinas, la lluvia de repiques, el hormigueo de mis manos luego de tocar.

En un momento, Doña Blanca subió al escenario, tomó dos garaones y empezó con un toque de parranda, algo más lento. Con sólo mirarlos, los músicos inmediatamente bajaron el volumen de sus instrumentos. Blanca se abrió paso entre los gigantes como un caimán entre los manglares. Lentamente, toda la energía del lugar quedó concentrada en su vestido color *funati*, y ella, con sus oscuros, profundos y enormes ojos negros, logró captar la atención de todos. Sin hablar, o, mejor dicho, hablando con sus ojos, generó un silencio absoluto entre el público, que ya no exclamaba, ni gritaba, ni sacaba fotos. Blanca había empezado a cantar parrandas y aquel aguacero rítmico que nos había empapado de energía se presentaba ahora como un plácido crepúsculo del que participábamos todos contemplativamente. *Ubaflu*. Poder, poder garífuna, energía. Ese «algo más» que sin dudas había sentido por primera vez y para siempre.

Luego de aquella noche, cuando expresé mi admiración por lo que había cantado Doña Blanca, El Chino me diría:

—Mhm. Tú deberías escuchar nuestras *gayuza*. Eso sí te gustaría. Esos cantos son increíbles. Y deberías conocer a mi tío y a otros grandes músicos del pueblo.

Sin embargo, en los días siguientes no pude avanzar mucho en ese sentido. Parecía haber encontrado un límite a mis pretensiones, aunque estaba muy conforme con la cantidad de información que tenía en mi primera experiencia de campo. Evidentemente, había allí en Livingston una riqueza cultural tan inmensa que sólo con los años tendría oportunidad de valorar.

Audio  
62

Alí oísteo bene Blanca, con me ubafu...  
? Me imbecible y me humore meoive kanye  
conuioit de ubafu... ..

## Garaon

El Chino me había ayudado a buscar y elegir un garaon. Buscando en el pueblo, dimos con un hermoso garaon primera, de tronco cavado de palo de San Juan, con bordonas de alambre y parche de cuero de venado que El Chino armó especialmente para mí. Tuvo su bautismo en una de aquellas noches de parrandas. Aún recuerdo cómo el gran Meme le despertó sonidos increíbles que luego en mi hogar intentaría rescatar infructuosamente.

Ese garaon me acompañó, enfundado en unas coloridas telas, en mi travesía por tierra hacia Mérida. Tuve que desenfundarlo para los controles migratorios y casi lo pierdo en manos de «la migra» de Belice, donde pasé un muy mal momento al sentir la discriminación que en esa instancia hacen con los argentinos, resabio de la estúpida guerra por nuestras islas Malvinas. Claro, Inglaterra dejó su marca en muchos lugares, incluyendo ese pequeño territorio entre Guatemala y México en el que sólo nos piden visa a los argentinos, lo cual no sería mayor inconveniente si no fuera por las horas de interrogatorio que tuve que soportar para que me permitieran pasar, mientras mis grandes amigos guatemaltecos, compañeros entrañables de viaje, me esperaban del otro lado, preocupados por mí.

Ese garaon me acompañó y resistió los embates de la mujer policía beliceña que al verlo pretendía incautarlo invocando «The ecological law» con su voz gruesa. Todavía hoy pienso el estado de inconsciencia en el que me encontraba, que hizo que se lo arrebatara de las manos y exigiera a los gritos la presencia de las autoridades, amenazando con una denuncia a los organismos internacionales y vaya a saber qué otros delirios, que podrían haber terminado con mi detención por desacato a la autoridad. Increíblemente, luego de mis gritos se generó un silencio al que siguió el gesto de un inmenso policía que hizo que el tambor volviera a mis manos.

Los días siguieron alegres y en compañía de colegas y amigos. Viajando, conociendo lugares, parajes, comidas beliceñas y mexicanas. Hasta tuve oportunidad de despuntar mi vicio de bucear en las aguas del Caribe y terminar el episodio en la

reposera de un hotel en Cancún. Las dádivas turísticas del *all inclusive* me hicieron vivir unos días étlicamente incomparables, practicando mi inglés en tierras hispanohablantes y lamentándome de recibir mejor atención hablándolo que dejando entrever mi argentinidad. Las *american girls* retozaban al sol como toninas y empuñaban su ron con cola desde las 10 am. La diversión pasatista estaba asegurada, aunque una y otra vez retornaba con mi mente a Livingston y corría a mi habitación para comprobar si aún estaba el garaon, prueba de que la experiencia había sido vivida y no soñada.

Ese garaon me acompañó y retumbo luego en el living de mi casa, animando reuniones en las que aburrí a colegas, familiares y amigos, intentando transmitir lo que había vivido, lo que había sentido, lo que había aprendido, comprobando el desconocimiento que en general existe sobre la música garífuna.

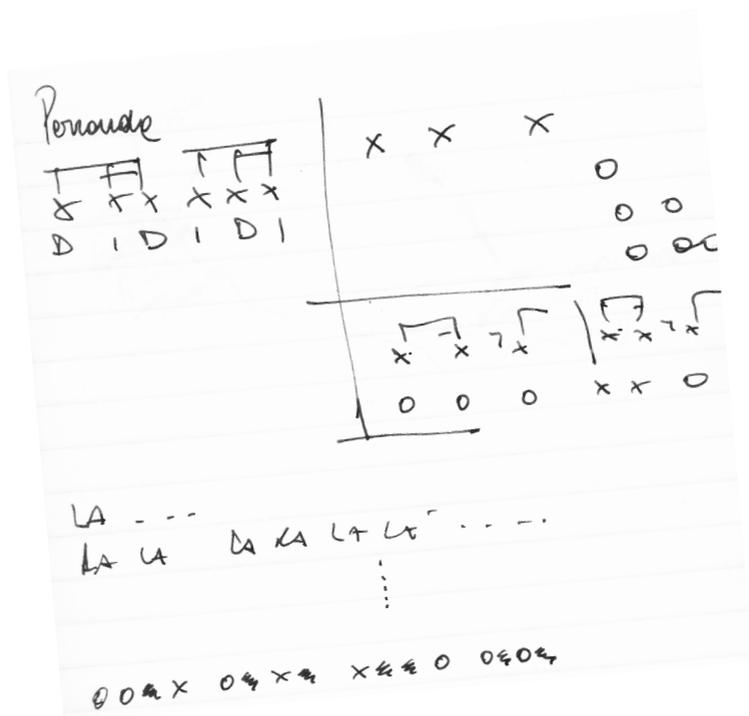
Finalmente fueron unos alumnos de un colegio secundario los que percibieron el *ubafu*. Recuerdo subir las escaleras del edificio amarillo ante la mirada exotizante de los *adultos responsables* que murmurarían «Ahí va ese loco otra vez... el muchacho de la murga», con el garaon colgando y el entusiasmo desbordante. Recuerdo entrar al aula. Los chicos dispuestos en perfecto círculo, desafiando las perimidadas filas, no paraban de preguntar por el viaje, el nombre del tambor, su procedencia, hasta que lo hice tronar. Vibraban los vidrios del aula y los chicos destellaban ese brillo genuino que alimenta mis pasos. Les conté la historia del *Ubou*, y luego de tocar una parranda sobre las mesas terminamos abrazados cantando *Sagu Weyu*. En ese círculo estaban presentes el garaon, las sisiras, las burugudas, las sonrisas de Meme y El Chino, los repiques del Búho y Brandon, los movimientos de Jessie y Christie, la voz de Doña Blanca y nosotros, sintiendo el *ubafu* e iniciando nuevas búsquedas y proyectos que me llevarían a hacer propuestas de inclusión de la música garífuna en las escuelas.

Escribí. Transcribí. Pensé. Reflexioné. Leí. Investigué. Pero a cada paso dado descubría nuevos interrogantes y la necesidad de indagar, de conocer, de reinterpretar lo que había aprendido y que me resultaba angustiosamente escaso. Mientras, participaba en congresos y encuentros de educación musical, en los que las parrandas garífunas generaban paz, unión, plenitud, *ubafu*. Qui-

La U  
 0 0 x  
 0 x  
 x x  
 x x  
 0 0  
 0 0

zás haya sido ese poder el que me permitió hacer tantos kilómetros con el peso del garaon a cuestas, señalando un camino que se había iniciado y del que no podría desviarme.

Ese garaon sería como Eleguá, como Legba, como San Pedro, abriendo caminos, promoviendo cambios y retumbando en mi ser, ávido por conocer más de esta maravillosa cultura. Pronto el camino me llevaría nuevamente a Livingston, en un viaje profundo al *Ubou*, donde aprendería mucho más que ritmos.





# II. GAYUZA



De noche solía aparecer  
en la cumbre bajo el peso  
de un cielo mejor con  
arcos en la cumbre.  
Un día sería la señal  
del gran levantamiento,  
y los Señores de Adá,  
encabezados por Dambella,  
por el Amor de la cumbre  
y por Ogún de la tierra,  
Trasaron el rayo y el Trueno,  
para desmenuar el ciclón  
que completaría la obra  
de los hombres. En esa  
gran hora - decía Ti Nuel -  
se rompió de los blancos  
coronó sobre los arroyos,  
batió los brazos, ebríos  
de júbilo, la bebenida  
de brucas, hasta  
desmenuar los fulminantes.  
[Alejo Carpentier]

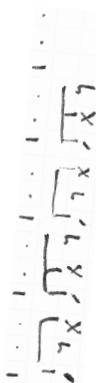
## Harabaganali (El temblor de bienvenida)

*Nunca se vuelve al mismo lugar*

Los meses habían transcurrido como mareas, a veces tempestuosas, grises y vertiginosas, a veces serenas, diáfanas y apacibles. Sin dudas, aquel océano fluía permanentemente hacia mí, unas veces oscuro e inexpugnable, otras veces brillante y acogedor. Cada mañana la marea traía a mi puerta palabras, ritmos, olores, sabores y sentires de aquel viaje que me hacían replantear muchas cosas en relación con lo que sabía, lo que estudiaba, lo que iría a hacer con esa información contenida en dos libretas de viaje y cientos de archivos de imágenes, audio y video en mi computadora.

Esa maravillosa marea negra inundaba mis caminos y hacía que mis pasos chapotearan firmes, salpicando muchas veces las arrogantes caras de quienes no entenderían jamás mis motivaciones. La presencia del garaon en el living de casa me permitía escapar mentalmente de las corridas, hechos y manifestaciones miserables a las que estaba expuesto como cualquier hormiga de ciudad, abriéndose paso entre multitudes de personas cuyas pretensiones de vidas plásticas colisionaban fuertemente con cada uno de mis pensamientos sobre el ser humano.

Las parrandas fluían constantemente a través de mis manos y esa misteriosa clave garífuna me inquietaba, toda vez que intentaba vanamente transcribirla. Era como una hermosa mujer im-



posible de retratar. Una de esas bellezas que se esfuman al ser descriptas. Coqueteaba conmigo un rato, se mostraba fácil; yo escribía «3:3:2» y al hacerlo mutaba nuevamente a un «3:3:3». Probaba con papel milimetrado, con notaciones alternativas, danzando, cantando, tocando. La imagen de la nube, dinámica y cambiante, venía una y otra vez a mi mente como un sosiego a mi necesidad de sistematizar esos toques. También encontraba en esa imagen la posibilidad de analizar otros ritmos de otros lugares en los que había estado percibiendo esa variación, pero en los toques del garaon garífuna, esa nube se presentaba inmensa, movediza y tempestuosa.

Había estado tocando los ritmos, descubriendo nuevas perspectivas dentro de ellos. Al tocar el cuero sentía la vibración de los pasos de los abuelos en las arenas de Yorumein y el tronar de las chapas de *ubafu* con el retumbe de Meme, El Chino, El Búho y Brandon. Recuerdo una tarde cuando escuchaba una chumba y me di cuenta de que había equivocado mi sistematización al ubicar el punto de inicio en el lugar erróneo. Una y otra vez me encontraba con esa fluidez, ese cambio, esa nube.

Haber vivenciado esa fluidez me posicionaba en un lugar muy incómodo, toda vez que encontraba la insensatez expresada en el empeño con el que en las escuelas de música se continuaba transmitiendo la cuadratura rítmica como una pandemia que hacía que alumnos, músicos y docentes confundieran permanentemente el ritmo y el metro.

Por otro lado, había vivenciado cómo el retumbe del garaon generaba a su paso una conexión con la historia sorprendente que haría inevitable mi regreso.

Nuevamente, Ethel estaba en el Aeropuerto La Aurora, con su calidez y predisposición inagotable. Sus hijos Analis y Jorge David estallaban de alegría. Ya hablaban de rock, sociedad, educación musical y se animaban a probar el mate. Como siempre, satisfacían mis necesidades instantáneamente: adaptadores para mis cargadores, CD vírgenes, abrigo extra, horarios de colectivos, un teléfono celular, una rica cena en familia y hasta una vianda para el viaje. Me sentía afortunado de recibir tanto afecto que no creía merecer. Ellos estaban orgullosos de que nuevamente incursionara en la música garífuna de su amada Guatemala.

Tenía un listado interminable de preguntas y lugares a los que ir. Había repasado manuales de etnografía y los trabajos etnomusicológicos de Pablo Cirio y Polo Vallejo, amigos que a la vez me animaban con sus consejos personalizados ante mis indagaciones inexpertas. Sentía que en este viaje no podría quedarme con dudas. Por ello, mi ansiedad por llegar a Livingston me hizo tomar el camino más corto: Puerto Barrios. Bajé de *La Litegua* –el ómnibus que cubre el trayecto–, caminé dos cuadras y me subí a la lancha colectiva. A mi lado, Alonso, un joven garífuna, soldador, del barrio San José, con su remera del rapero afroamericano asesinado Tupac, bermudas inmensas y brillantes cadenas, comenzaba a sufrir mis preguntas y me ubicaba en el lugar.

Llegar a Livingston desde Puerto Barrios es mucho más rápido que vía Río Dulce, pero no se compara en términos de paisaje. La lancha bordea al mar Caribe, por lo que sólo se aprecia la costa, con sus palmas y pequeños muelles donde ascienden y descienden pasajeros que realizan ese trayecto a diario. En poco menos de una hora, cerca de las tres de la tarde, mis pies estaban nuevamente caminando por el pueblo, rumbo al barrio Nevago, cerca del cementerio, donde me reuniría con Eduardo «Mega» Estero en su casa, identificada con un cartel: «Rasta Mesa». Él y su esposa llevaban adelante un proyecto de salvaguarda de la cultura garífuna con los niños del barrio y también ofrecían artesanías y cursos para turistas. Estuvimos conversando respecto a la música y fue acercándome sus tambores. Tomó uno de ellos y sus retumbes fueron lentamente ocupando el aire con el hüngühüngü, como bocanadas de humo de los labriegos aprisionadas por el techo de hojas de palma bajo el cual estábamos.

En el fondo de su casa había, barrancas abajo, otras casillas desde donde iban subiendo personas, como despertándose ante el retumbe de los tambores, escalando lentamente a ritmo del garaon que, con paso cansino y ternario, los convocaba. Llegaban, saludaban con un gesto y tomaban algún instrumento. Era un momento mágico de reencuentro.

Me costaba ocultar mi emoción por aquel reencuentro con gente tan lejana y cercana a la vez. Más aún cuando vi llegar al

Arvio  
37

Chino y a Meme, quienes no podían creer que hubiese vuelto. La alegría se expresaba en sus sonrisas, mezcladas con el asombro y el gesto de satisfacción del Chino cuando repetía, una y otra vez, «Yo sabía que ibas a volver. Lo supe desde el mismo día en que te fuiste. Lo sabía».

Con la ansiedad de mi reciente llegada y la magia de los reencuentros, me sumé al hüngühüngü con Mega y las otras personas, tocando tímidamente la base del garaon segunda. De a poco iba adentrándome en el ritmo, disfrutando de la energía grupal. Mega disparaba repiques, El Chino soplabla la trompa de caracol y un grupo de niños ensayaba pasos de baile dentro de la ronda. Yo iba mirando a los músicos, pensando en los toques. Cuando se sumaron las sisiras, el aire pareció inundarse de bandadas de golondrinas que atravesaban la densa nube propuesta por los garaones.

Me detuve en el movimiento que ese hombre hacía con las sisiras: una suave oscilación de sus muñecas, como dibujando en el aire un pequeño círculo dentro de otro, que devolvía un sonido continuo y a la vez acentuado, como un círculo con diéresis, como una letra «ö». Pensaba en ese movimiento y hasta en la relación entre música y lenguaje, cuando el hombre abrió los ojos enormemente, como dibujando en ellos el sonido de lo que estaba tocando, abrió sus brazos y, con un gesto mezcla de sorpresa, preocupación, miedo y excitación, hizo callar los tambores, dando enormes pasos y cubriendo los parches con sus manos.

—¡Harabaganali! ¡Hararabaganali! ¿Lo sientes? —me decía mientras yo intentaba comprender qué estaba pasando.

Los niños miraban a sus mayores con temor y en absoluto silencio. Un hombre que venía caminando desde atrás de la casa de Mega se había puesto contra una pared, como atajándola. Entonces lo sentí. Un temblor en la tierra que duró unos segundos y paralizó el pueblo.

Quedé perplejo. ¡La tierra había temblado! Ellos se reían de mi cara y Mega me decía:

—¿Nunca habías sentido un temblor? ¡Nosotros ya estamos acostumbrados! Por acá es muy común.

Esa tarde continuamos tocando y reencontrándonos. Contándonos nuestras vidas. Nos alcanzó la noche y cocinamos *hudutu*,

machacando plátanos, rayando coco para obtener leche y friendo unas barracudas. Los aromas se adueñaban del lugar y se entremezclaban con los toques de parranda que practicaban los niños sin parar. En cuanto saqué mi grabador, aquel hombre que había anticipado el temblor, llamado Ben S., se acercó y comenzó a hablarme:

–El trabajo para el garífuna es muy limitado. Nosotros somos guatemaltecos, pero a pesar de ser guatemaltecos, somos para Guatemala un cero a la izquierda. El problema acá es la sanidad. Nosotros no tenemos un hospital. En caso de una emergencia tenemos que ir hasta Puerto Barrios. No todos tenemos los fondos para trasladar a nuestros enfermos. Para trasladar a una persona de acá a Puerto Barrios se necesitan unos 300 o 400 quetzales para el combustible. Si no tenemos de dónde sacar, nuestros enfermos se mueren acá. Acá hay una salita, pero no hay equipo adecuado para atender una emergencia. Estamos mal. Sin embargo, nos ayudamos. Pero cuando tú lees un diario en la capital, ¿qué es lo que ves? Asaltos, muerte... Pero cuando tú llegas acá es como que la vibración cambia. Cuando tú pisas Livingston estás en otro mundo, en otra dimensión. ¡Hasta la tierra tembló cuando tú tocaste ese tambor!

Paso un tiempo hasta que pude darme cuenta de la importancia simbólica de aquel acontecimiento, que no sería el último y que anunciaba nuevos caminos en mi búsqueda.

La tierra tembló cuando volví a Livingston y toqué un tambor.

## Giribuba Hiñaru (Vuelve Mujer)

Meme llegaba rengueando, transpirando bajo el tibio sol recién amanecido en el centro de Livingston.

–Un clavo. Me hizo tronar de dolor –me dijo al saludarme, arrugando su cara, apretando sus dientes y mirando su pie derecho.

Le pedí que lo levantara y pude observar una braseante herida, como una radiante anémona, en su ya hinchado talón, apenas oculta detrás de un percutido y encogido vendaje que no la protegería siquiera del sol.

–Pero Meme, ¡tenés que curarte! Vamos, te acompaño a algún lugar. Tenés que desinfectarte y vendarte mejor –le decía mientras me daba cuenta de que mis palabras eran absolutamente innecesarias.

–Ya fui a lo de una abuela que cura. Me puso ron blanco, Santa María y otras plantas que ella conoce. Tengo que ir en tres días nuevamente. No te preocupes vos, ya me ha pasado antes. Me tengo que conseguir unos tenis para que no me pase de nuevo.

Meme cerraba así la conversación, con lógica. Es decir, era obvio que, andando descalzo por el pueblo, sus grandes pies (aunque endurecidos por el permanente contacto con el piso) estaban destinados a esos accidentes.

–Vamos. Ya me retrasé por este cabrón talón. No quiero que salgamos tarde, mira que tenemos mucho para caminar hasta llegar a los Siete Altares.

Me había prometido llevarme a ese lugar y estaba en el café a la hora convenida, viendo cómo el dueño cargaba mi termo de agua caliente para el mate. Y como todos allí en el pueblo, no podía dejar de observar con curiosidad la infusión que delataba mi argentinidad.

–¿No comes nada en el desayuno? ¿Sólo tomas ese té?

–No es té, se llama mate, y sí, a la mañana sólo tomo eso –contesté mientras chequeaba mi equipamiento para salir.

–Pues no sé cómo harás con tus fuerzas, mira que hoy caminaremos mucho vos –me increpó con cierto aire paternal que me resultó gracioso, ya que él tenía semejante herida en el talón del pie.

–Pero, Meme, no te preocupes. Lo dejamos para otro día. Para cuando estés mejor del pie.

–No, vamos. Ya estoy acostumbrado. Puedo caminar lo más bien. Al principio duele un poco, pero después ya lo olvido y camino normal.

Insistir en evitar lo que yo consideraba un martirio innecesario fue como hablarle a un niño para que desistiera de probar un chocolate en sus manos. Mientras Meme me hablaba y me recomendaba que llevara una gorra para el sol, una de las personas del centro de Livingston que lo miraba con desconfianza y me-

neando la cabeza se acercó y me dijo al oído: «Ten cuidado con ese *ladino*».

Ese *ladino*, de nombre Manuel Cayetano, había quedado huérfano de muy chico. «En la guerra mataron a su mamá», me había confiado una de las mujeres del pueblo, «por eso lo crió una familia garífuna. Él es nuestro». Me había llamado muchísimo la atención esa particularidad, esa afirmación de «lo nuestro», es decir, la cultura garífuna como una gran familia. De hecho, Meme, a quien había conocido en mi primer viaje, había llamado mi atención por su indescriptible e interminable energía para sostener los ritmos con su garaon segunda. *Garebu*. Así lo llamaban los garífunas: «Es un blanco que se cree negro. Habla nuestro idioma y come nuestras comidas». Tal concepto me recordaba a nuestros *ladinos*, aquellos esclavos que rápidamente aprendían la lengua del amo y de quienes los mayores debían cuidarse por el manejo de información que tenían.

De estatura baja y cuerpo fibroso, tenía inmensos pies. Al verlos se podía entender su tolerancia al dolor. Se hundían en el suelo como manglares en un espejo de agua, dando pasos seguros, firmes. Su enorme espalda cargaba el pesado garaon sin inmutarse, y en su omóplato izquierdo un tatuaje azul dibujaba una rosa de los vientos cuyos puntos cardinales eran: M.E.M.E.

Ese mestizo de sonrisa interminable era garífuna. No era de tez negra. Pero hablaba y cantaba en el idioma, tocaba el garaon como pocos y participaba de la vida social de la comunidad. Sin embargo, su color lo hacía renegar, pues cierta desconfianza se cernía sobre él. Desconfianza por su claridad de piel entre garífunas. Desconfianza por su oscuridad de ser entre kekchíes. Desconfianza de un lado y del otro. Y esa palabra: *ladino*. Y esos consejos: «Ten cuidado con ese *ladino*».

A pesar de ello, sonreía. Siempre sonreía. Y se ganaba el respeto de esa manera. Sonreía cuando tocaba el garaon segunda, al que le sacaba un sonido potente y firme como sus pasos, con ciertas pequeñas variaciones que eran de su autoría y que me mostraba orgulloso, revelando su dominio del lenguaje ancestral. Sonreía cuando me observaba tocando el garaon, intentando domar los bríos de ese inmenso *Bosque Caimán* que desafiaba todas mis estructuras y me hacía vivenciar la clave garífuna,

esa excepcional hibridez rítmica afroamericana. Sonreía cuando la herida recorría sus tendones desde la planta de su pie, calando sus huesos hasta hacer rechinar sus dientes, que se mostraban alegres, como masticando pan de coco recién horneado.

Meme resumía en su ser garífuna y su parecer kekchí el sentido profundo del mestizaje, que no es un dilema mendeliano, que no es una fórmula biológica, que no es un resultado genético. El sentido del más puro sincretismo en tanto fuerza subversiva que nos obliga a pensar y repensar nuestras categorizaciones y preconceptos sobre las «mezclas».

Nos habíamos hecho muy amigos. Siempre estaba dispuesto a ayudarme y me enseñaba los toques una y otra vez con paciencia y alegría. Él y Luis «El Chino» Baltazar eran mis mejores y más cercanos amigos. Me acompañaban todo el tiempo y me ayudaban a buscar información sobre todo lo que se relacionara con mi trabajo. Me aconsejaban, me cuidaban, me traducían, me preguntaban, me conducían, me llevaban, *meme*.

Meme, el *garebu*, era mi amigo. Por eso, el comentario que me hicieron para que me «cuidara» de él me molestó profundamente. Sentía el margen dentro del margen. Sentía el prejuicio de color entre los maldecidos cultural y corporalmente. Sentía la nausea provocada por las miradas clarividentes de un esquema epidérmico racial que colocaba a propios en lugar de extraños. Sentía con ese comentario la herida en el tobillo de la esclavitud de la apariencia, el chamuscado hedor de la carne ardiente de la carimba de la diferencia, la injusta condena de los condenados.

Meme vive en el Barrio San José, camino a la costa, junto al hotel King George, en una casilla con las ventanas tapiadas con chapas acanaladas y alambres herrumbrados. La puerta de madera, astillada, con un blanco descascarado, se dobla y tiembla al abrirse con el movimiento combinado del pie y el hombro de Meme. El piso es de tierra y apenas tiene una catrera con las sábanas revueltas, en las que cada día despierta con la necesidad de buscar qué comer. Por eso se dispone a formar parte de los combos musicales que espontáneamente se reúnen para limosnear entre los ocasionales turistas. Dinner, otro joven garífuna, rastrea los bares del centro a la hora del almuer-

zo y de la cena: en cuanto ve las mesas con turistas, pedalea haciendo zumbir su bicicleta, buscando a sus compañeros, que se disparan como enjambre de avispas rojas con tambores, sisiras y caparazones de tortugas colgando de sus alas. Se colocan como para la tapa de un *Long Play*, sonríen, tocan una parranda, una punta a un tempo exorbitantemente rápido y a cobrar. Pasan la gorra y reparten el botín entre todos: *bucaneros del tambor*. En sus caras se percibe la sonrisa ingenua de quien no termina de creer una paga por hacer algo tan sencillo, natural y disfrutable como tocar sus garaones. Una sonrisa que a la vez expresa que quizás no tengan mayor conciencia del inmenso valor, del preciado tesoro cultural que retumba en sus manos y que los hace ricos en un mundo asolado por la pobreza espiritual.

Con esas performances intentan ganarse sus quetzalitos para comer.

—Con estos quetzales me compro una bolsa de arroz y me puedo cocinar algo con hierbas y pescado. Así tengo para comer como dos días. Y si no, me doy el gusto y me compro una tortilla de maíz con pollo —me había dicho Meme la noche anterior, cuando me contaba cómo se las rebuscaba y cómo había días que no tenía nada y entonces acudía a la ayuda de las señoras que vendían *rice'n beans* en el puerto y que siempre le daban algún plato.

Ese día se había despertado bien temprano, con el primer albor de la mañana que nos regalaría una maravillosa travesía. Me lo había prometido y allí estaba, con su talón vendado, como Filoctetes presentándose en el campo de batalla, rehusando la retirada, dispuesto a caminar kilómetros para satisfacer mi curiosidad metropolitana por conocer los Siete Altares.

—No tengas pena, Augusto. Perdona si te hago quedar mal. Ese señor tiene mala onda conmigo. Vamos de una vez. Conocerás los Siete Altares y comerás el mejor pez rojo de Livingston. El que cocina mi amigo «El Carnal» —Meme cerraba así la posibilidad de un entredicho y me hacía caminar a su lado.

Bajamos a la playa por la calle principal y caminamos bajo el sol de la mañana, que iba tornando su amigable amarillo maíz en un abrasivo blanco ardiente. Niños de todas las edades

camaroneaban en la playa, con cubetas en las que se asomaban rojas barbas crustáceas y ojos negros hinchados, mientras correteaban tirándose bombas de arena.

Típicas casas de pescadores garífunas se disponían cada vez más separadas. Eran *budurus*, construcciones de fango y hojas de palma en las que había canoas de madera con nombres pintados en letras de imprenta: Engels, Virgencita, Esperanza, Doña Catatu, Porteña. En su interior, cabos, baldes, bidones y bloques de cemento atados a una soga como anclas se enmarañaban aguardando que las manos expertas de los pescadores despertaran del letargo a las redes una vez ubicado el lugar preciso.

Tres pescadores estaban saliendo en una de estas canoas, arrastrándola desde la casa hacia la costa, haciéndola rodar sobre pequeños troncos de palma que iban alternando hasta llegar al agua. Todos sabían qué hacer, en una armoniosa conjunción de labores que no admitía distracciones, como la que les proponía yo con mi libreta en la mano, haciendo preguntas de forastero. «Small barracudas» fue lo único que se escuchó por parte de uno de ellos, con la boca cerrada y voz gruesa, cuando entre otras cosas les pregunté qué iban a pescar.

Meme meneaba su cabeza, como pensando «Este blanquito es insoportable con sus preguntas». Y dándose vuelta sin detenerse, marchando hacia atrás y agitando su brazo, me explicaba:

–*Pin pin pich* es el nombre garífuno de las pequeñas barracudas. Vamos, aún falta mucho.

Ya no arrastraba su pie derecho y continuaba caminando. Yo lo miraba y no podía creer que sostuviera ese paso sin zapatillas. Piedras, caracoles, plantas, todo se hundía bajo sus pies sin perturbarlo. Su mirada estaba hacia el Norte, firme y convincente.

Las canoas continuaban cabalgando hacia el horizonte y a la distancia, los pescadores se iban posicionando como hojas de cilantro en la sopa de leche de coco y plátano, buscando el pescado que junto a ella forma el rico *tapou*. Los veía como sombras negras y laboriosas, arrojando sus redes en el aire, abriendo sus manos como estrellas que servían de guía a los pelícanos, que desplegaban su vuelo circular, paciente y hambriento de tripas, cabezas y deshechos. Casi podía percibir el pequeño movimiento de los labios del pescador invocando a los *aharis* del

agua para terminar pronto la jornada y volver al abrigo del *gadamaru*, donde la leña ya estaría encendida y el plátano machacado aguardaría la pesca.

Pronto llegamos al Río Quehueche. Otra boca del bosque exclamaba su grito tropical en el mar Caribe, zumbando palmas, juncos y piedras que escupían el salitre. Un puente colgante se balanceaba sobre nuestras cabezas, encima de un pequeño muelle, junto al que había un gran quincho con mesas y carteles publicitarios de cerveza. Meme hizo un gesto a una señora pidiendo permiso y ella asintió con su cabeza. Entonces estiró sus brazos a lo ancho, como desplegando sus alas, y abrazó un inmenso árbol de donde desenrolló la soga que sostenía un cayuco azul. Al mismo tiempo y con la soga en la mano, saltó con un pie sobre un tronco y cayó agazapado en el muelle, haciendo resonar las tablas. De repente, había dispuesto la embarcación de manera fácilmente accesible y me daba su mano para ayudarme a subir, con un gesto que en ese momento me hacía sentir intimidado en mi blanquitud.

—Este es el río Vuelve Mujer, es mi preferido. Siempre que puedo vengo a pescar. Este es un cayuco. *Güriara* le decimos en garífuna. Toma, un *fagayu* —me decía acercándome un remo.

Cuando me disponía a clavar mi *fagayu* en el agua, la canoa estaba ya dispuesta en el curso del río. Maravillado con la explosión de verdes que proponía el paisaje, tomé mi cámara y ensayé algunas fotos. El brillo del sol sobre el agua se interrumpía por momentos por las nubes blancas del humo de los labriegos. Estábamos en tierras de agricultores. Los haces de luz penetraban el agua y resplandecían en nuestros ojos. Meme hacía que el bote se moviera casi sin pestañar, como animándolo sólo con su sonrisa *kekchí*, que dibujaba grandes hoyuelos en sus mejillas curtidas por el sol caribeño, como el parche del garaon que tan fuerte hacía sonar por las noches. Sus brazos parecían estallar cada vez que hundía lentamente el remo, como buscando el fondo inalcanzable para impulsar la canoa hacia la eternidad.

Mientras me debatía entre sacar fotos, filmar, disfrutar y remar, Meme me iba indicando los nombres de algunas plantas y me señalaba los peces que podíamos ver desde allí. Los



y devolvían la soga que Meme había arrojado para varar la canoa, alcanzó.

—Hoy es 15 de enero. Están celebrando el día del Señor de Esquipulas. Les insistí pero no nos dejaron bajar. Te lo dije. No se puede.

Seguimos río arriba hasta llegar a un remanso donde Meme solía pescar. Intentaba distraerme con otras novedades: la inmensidad de los árboles, la cercanía de enormes peces, el exotismo de ciertas aves. Pero yo no podía dejar de pensar en lo cerca que había estado de registrar aquellos cantos. Meme me miró y me hizo nuevamente el gesto con el dedo índice en sus labios para que hiciera silencio. Abrió sus ojos, que brillaban enormes con el reflejo de las aguas verdes, y sus labios dibujaron una sonrisa que combinaba sorpresa, ansiedad y deseo. Mirando hacia el fondo del río, metió su mano derecha en el bolsillo de su pantalón y sacó una pequeña redcilla de hilo blanco que enganchó entre sus dedos, estiró lentamente sus manos hacía arriba y las abrió enteras en el aire, como si estuviera sanando con ellas a un enfermo. Luego, en un movimiento tan rápido como sorpresivo, hundió sus brazos en el agua y alzó un gran pez, que se le escurría enredado y resbaloso entre los manos y la redcilla, mientras me miraba sonriente, orgulloso de su pesca.

—¡Hey! ¿Qué tal? Este es un róbalo. ¡Hacía mucho no agarraba uno tan grande! Estos son ricos con aceite de coco y frijolitos. *Calua* le decimos en garífuna.

En el momento no fui capaz de considerar la particularidad de esa acción. No sé cómo hizo para atrapar ese gran pez sólo con sus manos. Sentía que todo era magia. Meme, el pez, el cayuco, los tambores retumbando en el aire, la garza blanca y presuntuosa que parecía dormitar bajo el sol, el aroma floral mezclado con el humo de los labriegos y el incienso del templo. Pero había algo que aun impactaba más: los haces del sol que abrían líneas rectas por entre las copas de los árboles y hacían estallar el río de verdes que emergían desde el mismísimo fondo.

—¡Impresionante, Meme! —exclamé—. ¿Cómo hiciste?

*Garebu* me miró sonriendo y no le di tiempo a contestar. Sentía que los tambores retumbaban en mis venas.

–Hagamos un nuevo intento. Vayamos al templo. Dejame hablar a mí. Explicarles. Por favor.

Meme no me contestó. Su sonrisa de mago pescador se convirtió rápidamente en la mueca de un padre que satisface el deseo de un hijo malcriado y caprichoso. Meneando la cabeza, arrojó al río al gran pez, que al caer al agua salió eyectado hacia la libertad, dejando una estela de piedras y lodo, testimonio de su potencia. Como imitando al pez, los músculos de Meme se tensaron y sus brazos sacaron el *güriara* de esa zona baja en dos remadas sobrenaturales, logrando en el mismo acto despegar la embarcación del fango y colocarla en el lecho del río.

Mientras el gran Meme hundía su remo en el agua haciendo inútiles mis esfuerzos por colaborar en la tarea, yo ensayaba las tontas palabras con las que intentaría convencer a las personas que comenzaba a divisar en el muelle del templo.

Me preparaba para explicar con entusiasmo mi admiración por la cultura garífuna, pero no hizo falta. Llegamos, amarramos la canoa y nos permitieron subir hacia el templo. Sentía que todos nos miraban, nos indagaban, nos ponían a prueba. No tuve registro hasta ese momento de que los cantos *gayuza* ya no sonaban.

–Ya han terminado Augusto. Lo siento. Por eso nos dejaron subir –se lamentaba Meme mientras observábamos un grupo de músicos armando instrumentos modernos. Una batería, un teclado, un equipo de sonido, bajo, guitarra, micrófonos.

Entonces comenzaron los acoples y busqué dentro de mi bolso el grabador. Cuando escuché al cantante, "Si tú quieres bailar: sopa de caracol. ¡Eh!" (una conocida canción de salsa, interpretada al mejor estilo comercial radiofónico), y vi la formación en vivo abandoné mis pretensiones de registro etnográfico tradicional.

Todo era perfecto, hasta el nombre del río Vuelve Mujer. Sin embargo, aquellos acordes, que por efecto de la globalización, la mediatización y el destino acoplaban los equipos llenos de tierra bajo el techo de paja del Templo Milinda, destrozaban mi ilusión de escuchar las riquísimas voces *gayuza*. Me detuve unos minutos a analizar la situación y aprendí otra gran lección, como un cachetazo a mis ambiciones. Comprendí que la música, como expresión identitaria, varía todo el tiem-

AUDIO 11

"El yo novil" Ver Simon FlexTH  
Preslo Cicero "de Euzimide e  
Bartoloo"

po. No podía yo situarme en posición de determinar qué era tradicional y qué no.

«Sopa de caracol» había sido originalmente compuesta en ritmo de punta garífuna antes de reeditarse en todo tipo de géneros y recorrer el circuito comercial hasta el hastío. En todo caso, más allá de los toques garífunas tradicionales, había otras manifestaciones que demostraban la apertura y el dinamismo de estas músicas, que había ya registrado en mi primer viaje con la anécdota de la canción de Palito Ortega, y referían a una manera de hacer música en la que todos participan proponiendo coros, canciones y melodías que se van sumando, transformando, mezclando. Recordaba el estilo rumba abierta con el que los *afroporteños* improvisan cantidades de tangos y todo tipo de melodías populares sobre el retumbe incesante de los tambores, y era lógico pensar en esta característica de apertura como algo común en todo afroamérica. Con ritmo de rumba, de parranda o de hip-hop, la comunidad se apropia de las canciones, las pone en su perspectiva y las disfruta, en una dinámica de cambio, de construcción permanente.

Más tarde iba yo a darme cuenta de que fue gracias a esa afortunada travesía con Meme que días después iba a registrar una de las experiencias musicales y humanas más importantes de mi vida, ya que las *gayuza* ya me habían mirado.

Subimos al cayuco y navegamos nuevamente río abajo, hacia la playa, para continuar caminando hacia los Siete Altares.

Mientras caminaba iba rumiando la experiencia y el nombre: Vuelve Mujer. El retorno, el eterno retorno, o el deseo de volver o de que vuelva. Aquel amor, aquella presencia, aquella esencia que nos completa, como el mismo río que abre su boca sagrada y sacerdotal e invoca al mar Caribe, exhalando vientos de selva que arrastran sueños, como un soplido en la trompa de caracol que insufla vida en el material inerte y escupe tríadas sonoras que despiertan parrandas.

Vuelve mujer. El sueño del regreso se proyectaba en cada uno de los afrodescendientes a lo largo de toda América. Esa mujer, inmensa y generosa, los esperaba con los brazos abiertos, como cualquier madre que desea algún día volver a abrazar a sus hijos. *Mama África* encendía la pasión por ese abrazo

CANTO P. "Vuelve Mujer"

"Meme de Caracol"

También con Carnal. Intención de tel  
 idrome ... de veridad. Agua platan por impen, otro  
 que también.

y hacía destellar el camino de vuelta. Pero en los sueños de los garífunas, el callejón de los regresos conducía antes a la Isla de Roatán, donde podían escuchar los gritos angustiantes de los sobrevivientes de la guerra, que un 14 de abril de 1796 habían llegado allí en once barcos. Luego, ese sueño los haría sobrevolar la Isla de Yorumein, donde todo se había iniciado en 1635 con la llegada del barco negrero y donde, en la dorada arena de los arrecifes, los *arawakos* ayudaban a los africanos a deshacerse de los grilletes, curando sus heridas con yuca, hojas de pina, hojas de aire y esas palabras tan parecidas a las de *Mama África*.

Aquel amor vuelve cuando lo invoca el retumbar de experiencias genuinas que hacen brillar los ojos en cada amanecer. Aquel amor vuelve, aun ante la insensata súplica de los reproches, que claman penas ególatras en noches azotadas por los bríos de una soledad inmensa. Aquel amor vuelve, porque no se ha ido, sólo fluye como la magia del río reflejándose en la sonrisa del mestizo, de ese *garebu* que, como la purpura línea de los arrecifes del Caribe, destella filosos brillos que destajan las penas del ser.

—¡Vamos Augusto! ¡Ya estamos llegando! Huele. Mmmmm, ahí está el Carnal cocinando y esperándonos...

Meme estaba extasiado con aquel encuentro. Don Héctor «Carnal» Baltazar Arzú nos recibió cándidamente. Un hombre robusto, con alguna dificultad al caminar pero con una vitalidad asombrosa. Hablaba con una voz potente y clara. Vivía al pie de los Siete Altares, en un bosque junto a la playa, donde el río, las piedras y el monte se habían conjugado en pozas de agua turquesa de diferentes tamaños, en un recorrido único.

Carnal me habló de su abuelo, uno de los primero pobladores del lugar, cuyo título de propiedad del terreno databa del año 1895, y se entusiasmó al percibir mi interés en la cultura garífuna, por lo que tuve la oportunidad de registrar su testimonio, un discurso encendido acompañado por sus enormes manos, que se alternaban en el uso del bastón de madera tallada.

—Acá llegaron los ancestros hace muchos años. Mi abuelito Agustín Baltazar Ávila era un *buyei*, un sacerdote muy reconocido. Según cuenta la gente más grande, como él no ha habido

otro. Vivía acá en los altares y usaba estas aguas para ver y curar a sus pacientes. Él sabía muchas cosas y encabezaba el *chugu*, un acto ceremonial que dura tres días, que hacemos a nuestros ancestros cuando ellos se nos presentan en los sueños. Se invita a familiares y personas aledañas, entonces cada uno trae su hamaca para pasar los tres días. Se hacen comidas y allí están los tamboreros y las *gayuza*, que son personas que trabajan a la par del *buyei*. Los tambores tienen una presencia muy importante, pero no cualquiera puede tocarlos. Son escogidos, al igual que la persona que va a matar al animal para la ofrenda. Esto es algo que hacemos desde nuestros orígenes. Me da lástima porque se están perdiendo muchos valores. La misma emigración y la clase de educación que dan hace que uno pierda la noción o la oportunidad de reconocerse tal y como es. Yo soy garífuna y me siento orgulloso de serlo y de hablarlo. Pero sin embargo, por falta de educación, los padres de familia cuando emigran ya no les dicen a sus hijos «Ustedes tienen que hablar el idioma de sus ancestros». Él no es garífuna – señala a Meme – y sin embargo cuando la gente lo oye hablar garífuna dice «¿Y este qué onda?» ¿Por qué no siendo él garífuna lo habla? Bueno, pues valga la redundancia, él se crió con una negra. ¡Él es garífuna! Él creció con la cultura. Él toca tambor. Yo soy garífuna y no toco tambor. Pero todo depende de con quién convivas, en qué *modus vivendis* vivas. Yo me siento orgulloso de serlo. Yo lo hablo.

–Hay gente a la que hasta le da vergüenza hablar el idioma. ¡Y son garífunas! –aportó Meme, sonriendo orgulloso ante cada intervención de Carnal, a quien miraba como a una figura paterna, quizás esa figura que no había tenido.

Carnal continuaba entusiasmándose y entusiasmándonos con sus conceptos:

–Y las comidas. Se pierde la gastronomía también. Es una cosa terrible verlos decir «Yo no como eso, yo como choumin». ¡Putá!, ¡acá no comemos choumin ni choufan! Aquí comemos pescado, machuca, *tapou*, *rice 'n beans*, aquellos *atoles* que hacían nuestros ancestros antes: *nagula*, *nipicui tri*, *sajl*, *letu*, *lalis*. Son atoles naturales, por eso los negros eran grandes. Ahora ni leche materna les dan, hay mucho negrito raquíco. ¿Por qué?

Ceñú ATOL. Dulce, hecho con Ceñú y maíz

Hasta eso se está perdiendo: la gastronomía. Y es una lástima cuando se pierde eso en una cultura. A mí no me parece muy bien. No necesitamos sólo aprender el «padre nuestro» o el abecedario. Hay muchas cosas muy importantes que hay que enseñarles a los niños en la casa, la educación. Yo sólo saqué sexto primaria. Mi maestro no sabía absolutamente nada. Lo que sé hoy en día lo aprendí en la calle y estoy orgulloso de eso. La vagancia instruye y el trabajo entorpece. En la escuela mi maestro me decía que no hablara mi idioma. Era más bruto que yo. Entonces, ¿para qué voy a estar yo escuchando a otro que no sabe nada? Yo hablo con alguien que tenga algo para decir que me interese, no con quien me dice que no hable mi idioma porque no lo entiende. Ese no es problema mío, es problema de él. Sí, hombre. El problema con nuestro idioma es que, al ser una lengua oral, es muy difícil de escribir y de enseñar en la escuela. He visto diccionarios que han sacado ahora, pero... ¡Putá! ¡Ni yo los entiendo! ¡Imagínate tú! Hay varios idiomas metidos en el idioma garífuna: el inglés, el francés, las lenguas arawakas, el español, el africano. Para poder aprender ese idioma tienes que estar, vivir, convivir. El inglés, el francés, el español son idiomas que se oyen en muchos lugares. El garífuna no lo vas a escuchar en muchos lugares, ni en las Naciones Unidas. Por eso es que se pierde y es una lástima. Habría que hacer algo para que no se pierda.

Carnal brindaba así una lección de cultura e identidad garífuna. Había muchos trabajos serios respecto de la construcción de valores culturales, la importancia del lenguaje y las tradiciones, sus fluctuaciones, la incidencia de la escolarización, pero en esos párrafos, Carnal había brindado unas raíces mucho más profundas a mis convicciones y, como siempre ocurre, me divertía pensar cómo desde nuestros escritorios nos encargamos de pensar y complicarnos tanto con ciertos temas que en el campo surgen tan claramente. La lógica del adentro es implacable. La manera de pensar el mundo, la cultura y la identidad surge con tanta claridad cuando es expresada por los protagonistas, que los esfuerzos por explicarlo desde afuera resultan confusos e intrascendentes.

—Bueno raza. ¿Vas a conocer las pozas y los altares o vamos a seguir hablando? Ven, te mostraré el camino. A la vuelta te espero con un rico *galari* con frijoles.

Carnal me acompañó hasta un despeñadero y me indicó un camino que atravesaba por un puente natural, que rugía rumbo al mar. Piedra tallada por los callos en los talones de promeseros que desde todos los rincones acuden a la paz de los altares. Seguí caminando y al saltar del puente sentí cómo el bosque se cerraba encima de mí generando un clima totalmente diferente. Estaba entrando en una dimensión oscura, con destellos lumínicos que perforaban la enmarañada cúpula de ramas y arbustos. El sonido que allí se generaba era la mismísima paz. Un arrullo permanente provenía del agua que no dejaba de correr sobre piedras de todo tamaño, entre las que se generaban cascadas, pozas, riachos y arroyuelos que variaban la intensidad de su verde turquesa de acuerdo a los haces con los que el sol inyectaba su luz.

Me senté en una piedra y me dediqué a contemplar esa maravilla por un rato. El tiempo me abrazaba y me daba tregua. Me emocioné con esos sonidos. Probé la temperatura del agua y estaba muy fría, pero no podía rehusar una inmersión. Frescura. Jugué con algunos insectos, toqué las piedras. En algunas pozas la profundidad era de más de tres metros, y estando solo preferí no indagar cuánto más. No había nadie alrededor. No se escuchaba más que los sonidos del bosque. Me preguntaba si alguna vez había estado inmerso en una experiencia así, sin más sonidos humanos que el de mi propia respiración, cada vez más calma, más fluida, más selvática.

Seguí cuesta arriba por ese maravilloso corredero. Allí estaban las siete pozas, coronadas por grandes piedras por las que fluía el agua incesante, formando cascadas que susurraban el aliento de los ancestros que allí habrían sido curados por el abuelo de Don Carnal. Todo tipo de formas vegetales rodeaban las piedras. Enormes y refulgentes hongos, centelleantes flores y las costillas de las hojas de palma se frotaban con los gigantes bananos.

El sendero estaba señalado por una sogá que se hundía como fagocitada por los troncos y permitía continuar escalando so-

bre las resbalosas piedras. La última poza, la más grande, recibía una cortina de agua que caía desde una inmensa piedra gris, alisada por el paso incesante del líquido que emitía un rugido cautivante como el sonido del *haba* al ser sacado del agua, moviendo sus aletas para salir volando de su mortal destino.

Tomé unas fotos, grabé esos sonidos y me sumergí en esa maravillosa ventana del *inframundo*. Nuevamente el tiempo fluía circularmente desde la inmensa piedra allí arriba hacia el espejo de agua, ida y vuelta, propulsando una sensación de tranquilidad poco habitual en mi ser cosmopolita. El agua se escurría lentamente entre mis manos cada vez que las alzaba y las contemplaba con el sol de Caribe de fondo, disfrutando del arco iris que se enroscaba en mis dedos. Caleidoscopio natural. Brillos. Pensaba en los baños sagrados y me conmovía. Tantos sueños, tantos deseos, tantas promesas, tantas enfermedades, tantos manos, tantos cuerpos. Sin dudas habitaba allí una gran energía, un espejo de agua que abrazaba. Sería mucho más tarde, en el tercer viaje, que entendería esa sensación del abrazo.

Sentí un pequeño escalofrío al salir. El sol no podía vencer la cortina de ramas y hojas que lo velaban. Me quedé un rato bajo uno de los rayos que había logrado penetrar la espesura del monte, trazando una columna por la que se podía apreciar el rocío proveniente de la cascada que parecía evanecerse dentro del túnel lumínico. Parado allí sobre una piedra, gané un poco de calor y decidí bajar. Había perdido noción del tiempo y temía que me estuvieran esperando con la comida.

A mitad de camino, mientras intentaba fotografiar una inmensa serpiente que pasó entre mis piernas y me dejó paralizado del miedo por unos segundos, apareció Meme:

–Dale vos. Ya está lista la comida. Se ve que te gustó el baño. ¡Pensé que no volvías más!

–Esto es increíble Meme. ¡Este lugar es pura magia!

–¡Ja ja! ¡Augusto está «fenómeno»! –A Meme le causaba mucha gracia esa expresión que yo solía utilizar–. Ahora vas a probar la comida del Carnal. ¡Eso sí que es increíble! –decía sin ocultar su entusiasmo por el almuerzo, anunciado por el aroma a leña que nos convocaba desde abajo, mezclado con la brisa del mar y el sahumero que brotaba del cuenco humeante.

—Aquí tienes raza. Un rojo con frijoles. *Garali*, le decimos en garífuna. Tú lo pruebas y luego me dices. Que lo disfrutes.

Meme desbordaba de felicidad con ese pescado cocinado entero a la sartén con aceite de coco. El rojo bermellón del *garali* había estallado por el calor de la sartén en un rojo cobrizo que crujía al contacto con los cubiertos y permitía ver una carne blanca y humeante. Tajadas de plátano crocantes por fuera y cremosas por dentro exigían ser probadas junto con los enormes frijoles rojos guisados, sabrosos. Carnal me acercó una taza con chile. «Despacito con este, es especial», me dijo con razón: el picante se había instalado en mi lengua y tuve que apurar la cerveza para sacarme la sensación de adormecimiento en el paladar. Aromas y sabores se mezclaban en mi boca mientras continuábamos disfrutando de la charla. Carnal nos contó su historia como jugador de fútbol profesional en Estados Unidos, ilustrando sus palabras con las fotos que colgaban dentro del *gadamaru*, que lo mostraban jovial, con sus equipos de fútbol y en plena acción esquivando adversarios.

—Carnal fue un gran jugador. Muy famoso. En serio —me susurraba Meme, que continuaba mirándolo con admiración.

La arena, las palmas, los almendros y el mar se unían en un sendero que nos conducía desde los Siete Altares hacia la playa céntrica de Livingston, iluminado por el crepúsculo y la sonrisa de Meme, que no había vuelto a renguear ni mencionar su herida en el talón. Los pelícanos parecían aprovechar ese virtuoso camino construido por el *garebu* para divisar sus presas y darse el último banquete del día. Nosotros, inspirados en ese plumaje refulgente, habíamos saltado sobre una charca y no habíamos vuelto a pisar la arena, hasta que divisamos el camino de la calle principal del pueblo.

## Buiti binafi (buenos días)

Los días en Livingston comienzan muy temprano. Ni bien despunta el sol que va despertando todo a su paso, el mar refulge púrpura en el puerto mezclándose con lancheros, pescadores y

gavilanes, pintando cuadros de excepción. Yo iniciaba allí mis rondas, tomando unos mates y planificando entrevistas.

Ese día, El Chino y Meme debían trabajar en un alambrado temprano y me habían sugerido hacer unas grabaciones por la tarde, por lo que debía aprovechar para continuar con mi agenda de entrevistas.

Me crucé con Misael, que iba pedaleando su bicicleta playera con prisa. Al verme frenó derrapando en el crujiente asfalto. Me llamó la atención lo que sobresalía de su mochila: la cola de un reptil.

–Es una iguana. La encontré recién, cerca de la playa. La llevo a un hostel donde tienen una jaula y las exhiben –me contestó de una manera un tanto evasiva. Unos días después me confesaría que pocas cosas había tan ricas como una iguana recién cocida, con cebolla, tomate y plátanos fritos, mientras se frotaba la panza y se relamía los labios.

Aquella mañana había decidido caminar hasta las escuelas de Livingston para entrevistarme con maestros y directivos. Habían estado realizando una huelga en reclamo por sus salarios y se estaban reuniendo para realizar una asamblea. En medio de esa situación llegué con mi grabador y mi libreta.

–¿Existen dentro de la escuela espacios o asignaturas donde se trabajen el idioma y la cultura garífuna? –Aún hoy lo recuerdo y me resulta increíble que en plena huelga se hayan dispuesto a atenderme tan bien.

–El año pasado tuvimos la oportunidad de que una maestra saliera beneficiada como maestra bilingüe. Esta maestra está atendiendo a niñas garífunas, kekchí y ladinas. Ella, al ser garífuna, imparte el idioma en una clase de cuarenta y cinco minutos, en la que se enseñan algunas cancioncitas, costumbres y saludos. «Buiti binafi», que quiere decir «Buenos días», «magadietibu», «¿Cómo estás?», etcétera –me contestaba la Sra. Telvia, Directora de la Escuela de Señoritas.

–¿Y esa clase es para todos los cursos?

–Ahorita no. Es una prueba piloto del Mineduc. Sólo en el curso donde atiende esa maestra.

Intentaba comprender la función de la escuela en ese lugar. Pensaba en los remanidos discursos de educación intercultural o

de atención a la diversidad con los que se adornaban congresos, conferencias y proyectos institucionales, pero una y otra vez re-  
tumbaban las palabras de Carnal: «No necesitamos sólo aprender el ‘Padre nuestro’ o el abecedario».

Era complicado. Hablando con los maestros comprobé que no había suficiente capacitación en el idioma garífuna como para que este pudiera ser trabajado en proyectos de largo plazo, ya que la gramática aún se estaba revisando.

Volvía a percibir esa brecha, esa diferencia entre la realidad y las aulas. La escuela de la domesticación se oponía a la escuela de la vida real. La *escuela del saludito* se oponía a la *escuela del abrazo*, esa costumbre garífuna del encuentro intergeneracional que terminaría por descubrir en mi siguiente viaje. La escuela del decir se oponía a la del hacer, y quizás esto era el primer salto entre el decir y el hacer. ¿Qué es la educación multicultural más allá del discurso? ¿Acaso la educación que se precia de integral y adopta discursos de apertura y dinamismo no sería en sí misma multicultural?

—Nosotros tenemos un grave problema aquí. El año pasado nos dieron un montón de libros en garífuna. ¡Pero yo no sé garífuna! ¿Qué voy a hacer con todos esos libros? Y los niños saben hablar garífuna pero no pueden leerlo. Aquí nos tendrían que enviar un maestro garífuna que hable y escriba en su idioma —me explicaba Karina, docente en la escuela de varones.

La enseñanza del idioma es de un nivel inicial y se limita a saludos, colores y no mucho más. Las escuelas reciben una diversidad de alumnos que incluye también a los kekchíes y las clases se imparten en español, idioma oficial del gobierno Guatemalteco.

—Los niños son adaptables. Tanto las niñas garífunas como las kekchí no tienen mayores problemas con el idioma, porque en sus casas también les enseñan el español —aportaba Señora Telvia.

Estaba muy interesado en conocer su perspectiva respecto de la importancia del aprendizaje del idioma, y cuando escuché «adaptables» sentí la voz de Franz Fanon que me repetía «Hablar una lengua es asumir un mundo, una cultura». Él sostenía que, como consecuencia directa del colonialismo y de la teoría de que el negro «es el lento pasaje del mono al hombre», este posee dos dimensiones: una con sus congéneres y

otra con el blanco. En relación con este último, el negro encuentra en el aprendizaje del lenguaje del blanco el desafío de acercarse al verdadero hombre, y por ende piensa que en la medida en que asimile valores culturales metropolitanos se alejará de la selva.

La lengua garífuna estaba recién siendo introducida en el sistema escolar como una prueba piloto, y faltaría mucho tiempo para avanzar en ese sentido. Telvia, a pesar de mi insistencia con lo del idioma, tenía la necesidad de revelarme lo que para los docentes era una mayor preocupación:

–Nosotros tenemos el problema de que aquí entre la etnia garífuna hay muchos padres que se van a Estados Unidos, entonces normalmente las niñas viven con sus tías o abuelitas y eso les crea un problema emocional. Hay niños que ni se preocupan por estudiar porque están pendientes de que se van a ir, de sus papeles. «Es que ya tengo mi pasaporte. Es que ya tengo mi papelería. Es que ya vino la primera cita». Y así pasan el ciclo escolar y no se preocupan por el estudio. Porque están pensando que ya les va a venir la cita de la embajada porque se van a ir. Y así pasan muchos niños toda la primaria. Es complicada la desintegración familiar –agregaba la maestra Agnes.

Nuevamente aquel sueño americano se presentaba como la sombra de un inmenso avión, esta vez acechando el patio de la escuela donde muchos niños correteaban soñando con crecer rápido para reencontrarse con su papá o su mamá, que hace años viven en Estados Unidos, desde donde los llaman por teléfono una vez por semana y les envían inmensas zapatillas, juguetos de video y algunos billetes verdes.

–Estamos tratando de trabajar para que nuestros niños se valoren y se superen aquí. Que sepan que con lo que ellos saben desde generaciones atrás pueden progresar –agregaban los docentes, con vocación esperanzadora.

Parecía muy complicado. De una u otra manera, un niño con su padre en el exterior seguiría su camino. Ya sea para reencontrarse con él o para seguir su modelo, esos senderos estaban abiertos y hacían correr la savia cultural con dirección Norte.

Tanto en la escuela de varones como en la de niñas, los docentes colaboraron pacientemente con mis insoportables pregun-

tas, a pesar de los magros sueldos que perciben para el desempeño de sus tareas. Comprobaba conversando con ellos que aún quedaba mucho camino por recorrer en pos de la valoración del patrimonio cultural garífuna.

Más tarde me pude reunir con uno de los profesores de música, Edelman Álvarez, que me sorprendió al contarme que estaba encargado de un pequeño ensamble orquestal.

–¿Con qué instrumentos practican? –pregunté intrigado.

–Trompetas, saxos, bombos, redoblantes... Tenemos de todo –me contestó orgulloso.

Abrió la puerta del aula de música y me mostró el botín musical mientras me señalaba una placa que decía: «Instrumentos donados por la Fundación Adentro –afinando sueños– al Aula Musical en Livingston, Izabal. Julio, 2008».

–Esto fue gracias a Ricardo, que nos hizo esta donación a través de su Fundación.

–¿Ricardo?

–Sí. Ricardo Arjona. ¿Lo conocés? –contestó Edelman con entusiasmo.

–Me estás cargando... ¿Ricardo Arjona? ¿El de la canción «Tu reputación son las primeras seis letras de esa palabra...», «Señora de las cuatro décadas»?

–Ja, ja, ja –Edelman se había tentado de risa con mi imitación y mi cara de perplejidad–. Sí, el mismo.

Entonces sacó su teléfono celular y me mostró las fotos del mediático cantante visitando la escuela el día de la donación, y (saliendo de mi asombro) pude valorar ese gesto del guatemalteco a pesar de lo poco que me gustaban sus canciones.

## Lirahugu Labuga (Hijos de Labuga)

La tarde se iba agotando. El Chino y Meme habían vuelto con el crepúsculo, preocupados por saber si yo había podido avanzar con mis tareas. Nos juntamos en el taller del Chino e hicimos unas grabaciones más. Teníamos registrados ya los ritmos principales, con sus instrumentos por separado, con y sin voces. Un trabajo impecable. El grupo que se había formado

era de primera: Chino, Meme, Búho y Brandon. Ocasionalmente se sumaba Minor. Ese grupo había superado las experiencias que teníamos. Allí comprendí cuando El Chino meneaba la cabeza al cabo de cada grabación en la que no participaba Búho. Ese era su grupo y había una conexión muy fuerte entre ellos. Sí que sonaban juntos. Chino soplabla el *wadabague* y Búho miraba el cielo y empezaba a reír, jugaba con los golpes desafiando al tiempo. Todos se reían y disfrutaban como nunca los había visto. Yo agradecía al destino poder haber presenciado y registrado esos momentos que serían irrepetibles e incunables.

Esa tarde, Búho había estado particularmente incisivo y preciso en sus toques. Sus enormes ojos parecían no parpadear y estallaban encima de su pequeño rostro, una imagen que fundamentaba su apodo. Las frases eran roedores correteando, saltando y escondiéndose de las garras de aquella ave de ojos inmensos que una vez lanzada a la cacería no se detenía hasta saciar su hambre.

—Es que este tambor sí que suena. ¡Me encanta! ¿Oyes? — me decía mientras continuaba subiendo y bajando sus manos en un movimiento que primero dibujaba en el aire, como concentrando en ellas las partículas de la energía que emitía al impactar luego el cuero y disparar los agudos en las más impredecibles situaciones rítmicas. Continuaba sin parpadear. Sonreía como saboreando las frases que apresaba y disfrutaba hincándoles sus dientes, sacudiendo la cabeza, desgarrando el mismísimo entramado rítmico, sabroso y esencial alimento espiritual, ambrosía de los abuelos. Las sisiras seguían revoloteando en círculos, picoteando los trozos desmenuzados por el vuelo del Búho, inmersos en esa atmósfera sostenida por el garron segunda.

Los gigantes se habían hecho presentes nuevamente allí jugando con el tiempo, pedaleándolo como a una de las bicicletas del taller, haciendo rodar la tarde que fluía en direcciones imprevistas, logrando que toda interpretación cuantitativa del debilitado sol que enrojecía las chapas agujereadas y oxidadas del techo carezca de sentido.

Audios  
39, 45,  
60, 56

Mi plan para los próximos días era bajar hacia La Ceiba, en Honduras, y de ahí tomar el ferry hacia la Isla de Roatán, uno de los sitios históricos más importantes para los garífunas. Luego daría talleres por Tegucigalpa, El Salvador, y retornaría a Guatemala para un taller en el Conservatorio de Música. Por ello había hablado con Ethel para ver si podía cumplir mi sueño de darlo junto con mis amigos músicos. Aprovechando la posible presencia de ellos en la ciudad, quizás también podríamos hacer alguna grabación de mayor calidad. Al menos podríamos grabar a puertas cerradas, sin ruido ambiente. Ella, como siempre, acompañó y organizó todo.

Por ello, esa tarde en el taller de bicicletas les comuniqué la idea y nos entusiasamos.

–Bueno, necesitamos presentarlos. Tienen que elegirse un nombre para el grupo. Saquemos unas fotos y vayan pensando en lo que van a tocar.

–«Lirahugu Labuga» (Hijos de Labuga) –dijo El Chino con voz grave y un gesto mezcla de seriedad, profesionalidad y entusiasmo.

–«Hijos de Livingston». ¿Qué te parece? –me preguntó ansioso.

–Genial. ¡Maravilloso nombre para que el mundo los conozca! ¿Qué opinan? –pregunté al resto.

Los gigantes se habían empequeñecido. Parecían niños. Se reían, se empujaban, chocaban sus manos y gritaban.

–Yeah, Man. «Lirahügü Labuga». Nuestro grupo –sentenció Búho.

–Yeah. Grabaremos un disco –afirmó Brandon.

–Mhm. Tocaremos en todos lados –dijo Meme.

Esa tarde sacamos las fotos junto a la planta de plátanos del patio del taller, que quedó immortalizada en la tapa del disco que finalmente grabamos en lo de Ethel con un técnico de grabación, lo que generó una de las alegrías más grandes de mi vida al ver las caras de felicidad de los músicos recibiendo esos discos en sus manos, mirándose unos a otros y abrazándose sorprendidos y felices. El mundo escucharía lo que tenían para decir.

Dos semanas después, el conservatorio se había colmado con 240 profesores y estudiantes de música convocados por el maravilloso Fladem-Guatemala. Comencé con un toque de parranda. La gente respondía enseguida. Entonces, luego de hacer la clave

3:3:2 y sostenerla con palmas y con todos los asistentes, hice una seña y por el costado entraron tocando los muchachos: Meme, Chino, Brandon y Búho.

Delante de ellos, Jessie y Christie escarbaban el suelo con su paso de *hüngühüngü*. Los asistentes a ese maravilloso espectáculo no podían creer lo que veían. Intentaban entender lo que cantaban y observaban sorprendidos. En sus rostros se dibujaba lo que pensaban e intentaban procesar: esos inmensos músicos eran guatemaltecos.

Los gigantes entraron altivos, con paso firme y la mirada al frente, machacando con sus manos esa increíble masa rítmica que levaban aún más con las palabras moduladas por sus labios, mientras la multitud intentaba cobijarlos bajo un manto de gritos, aplausos y sonrisas. El *hüngühüngü* de los gladiadores erizaba la piel de quienes nos mirábamos con complicidad sabiendo que ese era un momento histórico e intentábamos retenerlo en nuestras pupilas.

Las baldosas del patio principal vibraban bajo las zapatillas que Jorge David le había regalado a Meme para que pise la gran ciudad. El sismo sacudía las convicciones de quienes se miraban a sí mismos intentando reconocer su profunda ignorancia respecto de la música que allí se presentaba. La vibración dibujaba una inmensa sonrisa en la cara de Don Alfonso Arrivillaga, que luego de muchos años de viaje y trabajo con la comunidad observaba orgulloso a esos gigantes demoliendo las pretensiones de todo tipo de eurocentrismo. El temblor iluminaba la cara de Ethel Batres, por cuyas mejillas corrían pesadas lágrimas fruto de una emoción incontenible, expresión de la concreción de una utopía del abrazo guatemalteco superador de guerras, guerrillas, dictaduras y terremotos.

—Esta es mi Guatemala —repetía Ethel una y otra vez estrechando sus manos, de las que colgaba un interminable rosario de emociones formado por el brillo en los ojos de los asistentes, que, como cuentas cristalinas, enmarcaban resplandecientes la performance de los gigantes.

Cuando cerraron el primer ritmo, El Chino (que había inundado los pasillos del Conservatorio con los aires de renovación de su *wadabague*) dijo con voz gruesa: «Buenos días».

Entonces la gente estalló en un aplauso y un grito de reconocimiento que nos erizó la piel. Allí estaban los *Hijos de Labuga* demostrando al mundo que estaban vivos, que tenían mucho para decir, para contar, para tocar, para cantar. Nos decían a todos que esos barcos de velas blancas habían transportado mucho más que cuerpos. Que esos cuerpos habían resistido mucho más que guerras. Que esas guerras no habían podido apagar la llama del tambor. Que ese tambor estaba ahora en ese Conservatorio donde los docentes de música se acercaban a preguntarles en qué idioma cantaban y si eran guatemaltecos.

No me llamó la atención comprobar que la mayoría de los docentes desconocieran la cultura garífuna. Los conservatorios a lo largo de América se habían encargado de acompañar los procesos de invisibilización de las culturas afroamericanas y originarias mediante el silenciamiento y la desconsideración. Lo que al principio de mi carrera como educador musical me había preocupado y movilizado (la inclusión de las músicas populares en los sistemas educativos oficiales) había cobrado ahora una dimensión aún mayor, ya que había comprendido que los conservatorios, cuyo objetivo parecía ser preservar y difundir la música centroeuropea, constituían uno de los actos de etnocentrismo institucionalizado más evidente. Definitivamente, la inclusión de los tambores y el retumbar de sus historias harían soplar los vientos de cambio necesarios para derrumbar esas recalitrantes herencias del coloniaje.

## Machuca

Luego de la interminable tarde de grabación en el taller de bicicletas, volví caminando ya de noche y muy cansado. Me duché y le pedí a Roberto unos espaguetis a la bolognesa. Doña María, la cocinera del *Mc Tropic*, hacía una salsa maravillosa y yo moría de ganas de comer algo más vinculado con mis tradiciones.

Ese restaurant se había convertido en una especie de oficina, donde yo repasaba mi agenda al finalizar la jornada, ordenaba las grabaciones y organizaba mis labores. Con el correr de los días, muchos garífunas ya sabían ubicarme allí y se acercaban

para proponerme dar testimonios, grabar alguna canción o simplemente interiorizarse respecto de mi trabajo.

Esa noche estaba agotado y decidí sentarme en un rincón lejos de la puerta, en un sillón atrás, para no exponerme por un rato. Necesitaba descansar.

—¿Cómo te ha ido hoy? —preguntó Roberto como todas las noches.

Entonces le relaté los avances mientras la cerveza *Gallo* acompañaba mi relato.

—Hoy estoy muy cansado. ¡Haceme unos espaguetis y no me traigas más garifunas por un rato! —Mientras bromeaba con mi necesidad de descanso y me acomodaba en la mesa, los vi llegar apurados y transpirando. Meme y El Chino estacionaban tres bicicletas en la puerta del local y venían corriendo hacia mí.

—Augusto, hay fiesta en el bosque. Va a haber tambores. Trae tu cámara. Apresúrate —me indicó El Chino en una arenga que no podía rechazar.

—*Adio spaghetti* —le dije a Roberto, que quedó riéndose de la situación.

Me subí a la bicicleta que me habían traído y comenzamos a pedalear muy rápido. Doblamos en la calle de la escuela, pasamos por la iglesia, el cementerio y seguimos. Las subidas me costaban, pero sentía la adrenalina combustionando mis muslos, que ardían como brasas dentro de esa caldera que era mi cuerpo al pensar en el destino de aquella travesía. Poder. Íbamos cortando el aire en busca del tambor, nada podía detenernos. Plenitud. Despeinábamos a todos con nuestro vuelo rasante. No podrían imaginar hacia dónde íbamos y menos aún que el garaon que latía en la inmensidad del bosque nos estaba invocando a nosotros. *Ubafu*.

Las bicicletas conocían la ruta del tambor. El Chino las había armado rescatando sus partes de los basurales, curando sus heridas mientras les cantaba chumbas y parrandas. Los gigantes las habían montado en más de una oportunidad para remontar y desafiar los confines del tiempo.

Las bicicletas conocían la ruta del tambor. La cadena herrumbrada por el salitre frotaba contra el pequeñísimo piñón

que propulsaba ese isósceles de caños, dejando una estela color negro, amarillo y blanco, los colores de la bandera garífuna con las que El Chino pintaba orgullosamente sus creaciones.

Pronto llegamos al final de la calle, donde el camino dobla hacia el puente colgante junto al mar. El Chino hizo una seña con su mano para que nos detuviéramos mientras nos daba la espalda, tomando el mando de la misión. Nos agachamos como escapando de la mirada de la gente que habitaba las casillas dispersas por allí y nos fuimos adentrando en la espesura del bosque. Mis ojos comenzaron a habituarse a la oscuridad y mis oídos al sonido de las ranas, grillos e insectos que hacían vibrar hipnóticamente el ambiente.

Subimos una cuesta y allí pude divisar el *maburu*, una casa hecha con cañas y hojas de palma construida en la cumbre del pequeño monte. Mientras íbamos llegando, tanteando el suelo como remando en la profunda oscuridad, sólo se divisaban algunas sombras allí dentro, moviéndose lentamente alrededor de las candelas.

Ingresamos al lugar y el murmullo de los insectos del bosque mutó en un murmullo mucho más grave y persistente: el de las conversaciones en garífuna de los allí presentes, todos hombres que estaban haciendo la despedida de uno de ellos, que se iba a vivir a España.

Ni bien entré, me mezclé entre los asistentes y perdí a mis amigos. Me fui enredando en conversaciones que no entendía, hasta que uno de ellos se incorporó del tacho de pintura sobre el cual estaba sentado y me dijo con una voz imperativa: «¡Ñuruba!».

Me quedé mirándolo, abriendo mis ojos, tratando de entender lo que me decía.

–¡Ñuruba! ¡Ñuruba! –insistía.

No entendía lo que me indicaba gesticulando con sus brazos. Tampoco podía ver bien su rostro, debido a la tenue y amarillenta luz de las candelas y el humo proveniente de una fogata bajo un caldero. Abrí mis brazos para demostrarle que no entendía y entonces alguien se me acercó y me dijo:

–Tranquilo. Es el dueño de casa. Te está invitando a que te sientes. Siéntate allí.

Relajé el rostro, sonreí y le agradecí con un gesto que había adquirido: cerrando el puño derecho, golpeando mi pecho a la altura del corazón y haciendo una pequeña reverencia con la cabeza, que el hombre devolvió de la misma manera.

Me quedé allí sentado, observando y escuchando todo a mi alrededor. Las hojas de tabaco que se dejaban secar enrolladas al sol eran cuidadosamente seleccionadas y utilizadas por muchos de ellos para armar los cigarrillos de marihuana, siempre disponible para quien quisiera. El ambiente se iba cargando de olores, ya que el caldero hirviendo expedía un aroma entre dulce y especiado que no podía precisar, mezclado con el humo del *cannabis*. Intuí que habría alguna comida con leche de coco. Allí estaba Ufafu, el tío del Chino.

Cuando me hablaban de él, por el significado del nombre me imaginaba a un garífuna alto y corpulento. Sin embargo, era un hombre de estatura baja, de unos cincuenta años, extremadamente simpático y agradable.

—Eso es *ubafu*, el poder de la simpleza también —me enseñaría más adelante el *ounagülei*.

A pesar de la poca visibilidad, alcanzó a reconocermé y a la distancia cerró su puño derecho y me saludó, mientras con su otra mano continuaba revolviendo el caldero y probando lo que allí se cocía. Al rato cargó una calabaza con el preparado y se acercó hacia mí sonriendo. Sus ojos garífunas (grandes, oscuros, brillantes) expresaban el abrazo de la mirada.

—Es *machuca*, una comida que hacemos con leche de coco, pescado y plátanos verdes. Come despacio, te puede caer pesado al estómago —me indicó, mientras me explicaba su preparación—. Se machacan los plátanos formando una pasta en el mortero. Luego puedes freír pescado o ponerlo en la olla con agua y leche de coco, se va mezclando todo. Cada uno le agrega su toque especial. Yo le pongo mucho cilantro y otras hierbas que me enseñaron los abuelos —Ufafu se reía mientras ocultaba los secretos de la receta—. Lo más importante es dejarlo un buen tiempo cocinándose y agregar unos plátanos enteros para acompañar, como esos que tienes ahí.

La comida era sabrosísima, pero ciertamente pesada. Ufafu me había incluido en el recipiente dos de esos plátanos gigantes,

Ufafu me miró con los ojos grandes, oscuros, brillantes...  
 con un gesto de puño cerrado, golpeando mi pecho...

que me costó muchísimo terminar. Mientras comía, alternaba charlas con él, El Chino, Meme y circunstanciales personas que se acercaban. Al terminar le alcancé la calabaza al Chino, que se puso contento al ver que había comido todo. Entonces se incorporó y me dijo «Espera aquí». Al rato volvió con una pequeña botella de vidrio.

—Es *guifity*. Toma un poco. Te va a hacer bien.

Era una bebida a base de ron macerado con hierbas, principalmente palo de hombre, romero, anís, ajo, jengibre y raíz china. Ya la había probado antes y sabe como un aperitivo, aunque fuerte por el ron. En ese momento comprendí que funcionaba perfectamente como digestivo, pues a medida que fui tomando sentí cómo mi estómago iba relajándose, tolerando mejor la *machuca*.

El *guifity* circulaba entre todos y animaba la reunión. El Chino hizo unos gestos y al rato aparecieron dos tambores y unas maracas. El hüngühüngü comenzó a inundar el *maburu* mientras todos cantaban «Nati máximo», una canción muy popular.

Ya conocía el ritual y lo disfrutaba de otra manera. La filmación no iba a ser muy buena por la poca luz. Igualmente obtuve un buen registro de audio. Al hüngühüngü siguieron parrandas y puntas.

Tocaron parrandas tradicionales y otras de «estilo beliceño», un poco más rápidas y con una simplificación de la base del garaon segunda, que no seguía una clave 3:3:2, sino que marcaba un ritmo de negra-dos corcheas. Así se iban turnando: El Chino, Meme, Búho, Clarence, Winker. Estaban decididos a tocar por horas. No se detenían. Cuando tomaban el garaon parecían subidos a las bicicletas en las que habíamos sobrevolado el pueblo hasta llegar allí. Seguían cantando. En medio de una parranda comenzaron a bajar los volúmenes y nuevamente ocurrió la alquimia. Esa maravillosa, imprevisible, incalculable e indescriptible mezcla que llevó el ritmo binario y cadencioso de la parranda a una rápida y lacerante punta. El Chino se había encendido. Desde su boca emergían coros, frases y palabras que todos repetían, como conectados en una radiofrecuencia comunitaria, como sintonizando a través de sus cuerpos el gran ensayo en el cielo llevado adelante por los abuelos, liberando a través de sus cables siglos de expresiones.

Archie  
38

Por momentos se detenían para propulsar otro ritmo, entonces se mezclaban grillos, ranas y música de celulares de algunos que se habían internado en el bosque a fumar su mota. Los muchachos seguían cantando. *Chumba*. La gente estallaba en el coro:

*Lere duna guñaru ahurahali wadunari*

*Aie mauo ahurahali wadunari*

(El agua estaba fuerte ayer

Ya está hirviendo nuestra agua.)

AUDIO  
49

Los jóvenes demostraban con los ojos cerrados que también eran custodios del fuego sagrado de las tradiciones. Que con sólo mirarse podían insuflar una brisa de aire fresco y hacer arder el bosque de *ubafu*. Que a esa llama encendida que sentían propia podían arrojar todo tipo de elementos, por eso surgían frases de hip-hop, reggae, gritos, risas, inventos, creaciones. Era la construcción espontánea y continua de una identidad atravesada por el *gran allá*. Ese muchacho con la remera de Tupac, el rapero estadounidense muerto fuente de mitos urbanos, agregaba sus líricas quizás sin haber estudiado la maravillosa relación diaspórica de todas las comunidades afroamericanas. No le hacía falta, ya que era parte de eso. Lógica desde dentro. Lógica implacable.

*Wanaragua*. La noche se hacía interminable. Cada toque de tambor era un desafío al tiempo y al espacio. Las sisiras saturaban el aire del bosque, bandadas de golondrinas en cuyo vuelo nos subíamos todos, embriagados de tambor. Miraba a mi alrededor y sentía la inmovilidad del tiempo. Árboles, plantas, suelo: todo inmovilizado excepto los tambores. Meme se acercó y me entregó un par de sisiras. Apagué mis equipos y me puse a tocar. Cabalgábamos el tiempo junto con los garaones. Los bucaneros me miraban y asentían. El Chino y Meme se miraban con complicidad, orgullosos de mi aprendizaje. El resto se sorprendía con el blanquito propulsando la bandada de pájaros sobre la cual podían entregarse al vuelo por el bosque. Punta. Meme la largó a una velocidad casi imposible, yo encontré el movimiento unos instantes después y allí me quedé. Balbuceé algunos coros que ya me resultaban familiares, animado por la

AVISO  
04

energía que nos envolvía. El *wadabague* anunciaba el final. Soplabla fuerte y no hizo falta mirarnos. La *primera* disparó una llamada y terminamos. Nos reímos y nos abrazamos. El bosque había retumbado.

## Pulali

Era muy temprano. Como las 7 am. El Chino había venido a buscarme. Yo recién estaba preparando mi mate.

–¡Hola, Chino! ¿Cómo andás? ¿Qué hacés acá tan temprano? ¿Pasó algo?

El Chino no me respondía. Ni siquiera me miraba.

–¡Hey! ¿Qué paso? –insistí preocupado.

Él continuaba mirando hacia otro lado. Me quedé esperando su respuesta, hasta que me miró a los ojos y me preguntó:

–¿Por qué rechazaste mi comida anoche?

Luego de la fiesta en el bosque, El Chino me había llevado a su casa. Pasamos un grato momento con su familia y en medio de la conversación alrededor de fotos e historias de abuelos, El Chino me acercó una taza con arroz con leche. Entre las moscas que rondaban el preparado y la sensación estomacal que me había provocado la machuca, le había dicho que no quería comer ni tomar nada sin pensarlo. Jamás hubiese imaginado que la negativa hubiera podido generar esa reacción suya.

–Disculpame, Chino. No quise rechazar la comida. Sólo que después de la machuca no me sentía muy bien del estómago y preferí cuidarme.

–A nosotros no nos gusta que rechacen nuestras comidas. No nos gusta que rechacen lo que ofrecemos porque nos cuesta. No lo vuelvas a hacer.

Dicho esto, montó su bicicleta y se marchó.

Aún hoy reflexiono respecto de esa situación y del valor que los garífunas dan a la hospitalidad. Entendí la reacción del Chino y me sentí mal por no haberla evitado. Finalmente era tan sencillo como tomar una taza de arroz con leche. No fue sino hasta el otro día a la tarde que me volvió a dirigir la palabra: «Ven a mi casa. Mi hermana está haciendo *pulali*».

Era una tarde fresca de enero. El cielo estaba cubierto y cuando llegué todos se abalanzaron sobre mi mate. Querían probar. Juntamos unas monedas y los más pequeños salieron corriendo. Volvieron con pan de coco para acompañar el *pulali* o *atol*.

Claudia, la hermana del Chino, ataviada con un pañuelo rojo en su cabeza que resaltaba sus hermosos rasgos, revolvía la preparación de leche de coco, maíz y azúcar. Nos acercó una taza y un pan a cada uno. Yo aún estaba sensibilizado por el episodio del rechazo de la comida en esa misma casa. Por ello, apuré la taza y pregunté si podía tomar otra. El Chino sonrió y la llenó rápidamente. Entonces, los muchachos del barrio que compartían la reunión comenzaron a reproducir música en dos enormes parlantes allí dispuestos. Cada uno tenía su canción y su presentación: «Chapa Style», «Black China», «Mega», «Sopa» y muchos más.

Uno de ellos, Ibrahim, se me acercó y me dijo:

–Grabame un video. Tengo una canción que puede recorrer el mundo entero.

Yo le explique que no era productor de MTV y nada por el estilo. Que simplemente estaba haciendo un registro de la música del pueblo. Él insistió y aprontó todo.

–Ok –le dije incorporándome–. Decime dónde querés grabar.

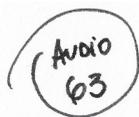
–Acá mismo, junto al parlante.

Entonces buscó entre sus pistas, puso «play» y comenzó a sonar un ritmo entre hip-hop y reggaetón. Ibrahim se puso una capucha y comenzó a gesticular mientras rapeaba. Aún me encanta ver ese video:

Ay, señorita como está. No lo puedo creer. Ay, que linda que estás

Muévelo para mí. Muévelo para mí. Muévelo lo que tú tienes. Muévelo para mí.

El sonido chirriante del sintetizador se mezclaba con baterías electrónicas, voces, suspiros y gemidos. Mientras Ibrahim llevaba adelante su performance, sus amigos lo arengaban detrás de cámara y se reían de sus poses de rockstar. Un niño que pasaba circunstancialmente por allí quedó envuelto en el ritmo



y se puso a bailar desprejuiciadamente mientras comía un paquete de snacks.

Todo quedó registrado en ese video que aún veo y descubro cuántas cosas más por registrar quedan en Labuga. La música de los jóvenes que, quizás atrapados por el sueño americano, buscan combinar en un rap las palabras y los ritmos que podrían catapultarlos a una vida materialmente mejor.

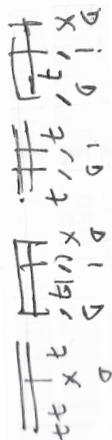
El *atol* seguía circulando entre nosotros. Ya íbamos por el segundo pan de coco. Esta vez Claudia había mandado conseguir *panbom*, un pan de coco enrollado y con anís, más dulce aún.

Así pasamos la tarde, conversando. Compartiendo esa crema dulce y divirtiéndonos. Cada uno iba demostrando sus capacidades musicales y no pude resistir la tentación de enseñarles algunos ritmos. Tocamos un sickyi de los Ashanti y unos candombes (porteños y uruguayos). El tambor nuevamente me permitía abrazarme con ellos, comunicarme y sentir el hormigueo del encuentro en mis manos.

## Kipula

La calle principal de Livingston tenía algunos pequeños hoteles, dos restaurantes y unas cuantas tiendas de artesanías. En la calle se amontonaban mesas y tolderías en las que se comerciaban telas, remeras, collares, frutas, pan de coco, etcétera. Allí, a la pesca de quetzales, se arremolinaban comerciantes, pulseras, aros, carteras y turistas recién llegados en busca de exotismo caribeño. Entre los comerciantes, algunos kekchíes tradicionalmente ataviados con sus prendas negras y sus telas en guardas de colores desesperanzaban a algunos turistas que buscaban supervivencias negras y caníbales. Había también un grupo de jóvenes mexicanos con un charango y un bongó destrozando canciones radiales con una desvergonzada facilidad, mientras un mochilero canadiense, pálido, de ojos claros, exhibía sus joyas con un cartel que simplemente decía «Jade», jugando al orfebre náufrago.

Carlos Gardel Flores, «el hondureño», exponía con esmero todo tipo de artesanías. Trabajaba el coco y las maderas en



general. Tenía pinturas, collares, dulces y tambores. Muchos tamborcitos turísticos: pequeños, casi de juguete, de esos que a la gente le gusta colgar en sus casas como recuerdo de viaje.

Para ese entonces había desarrollado yo una particular aversión a esos tamborcitos de juguete, que los comerciantes intentaban hacernos creer que sonaban maravillosamente bien. Me enojaba no encontrar tambores «de verdad» como los que tenía Doña Blanca y que circulaban generosamente de fiesta en fiesta, de casa en casa, de barrio en barrio, para todo el que quisiera tocarlos.

«El hondureño» me había dicho que me conseguiría un buen tambor.

–Pasa que los turistas no van a andar comprando uno grande –me decía abriendo mucho los ojos cuando escuchaba mis reproches. También me había mencionado el nombre del anciano que hacía un tiempo había escuchado y registrado en mi cuaderno de campo.

–Acá en el pueblo ya no quedan constructores de tambores. Sólo hay un viejito allá en el barrio Campoamor. Pero ya no los hace.

El nombre de aquel anciano aparecía en cada conversación en la que preguntaba por los instrumentos y retumbaba en mi cabeza como las parrandas que por las noches Meme impulsaba con su garaon.

Como tantas otras veces, comencé a buscar la manera de llegar a él. Sentía la imperiosa necesidad de conocerlo, pero no encontraba quién me acompañara. Grata fue mi sorpresa cuando Mega, aquel rasta de nombre artístico, se ofreció a llevarme. Así fue que finalmente fuimos hasta el barrio Campoamor, y en una pequeña calle, solitaria y elevada por sobre el resto de las casillas, lo encontramos.

Kipula estaba sentado en la puerta de su casa. Es muy anciano, y sus ojos son grandes, con esa expresión de bienvenida que sólo los abuelos dan a sus nietos. Su cabeza temblaba, mientras sus ojos se movían como buscando encontrar escritas en el cielo las palabras con las que Mega me presentaba. «Háblale fuerte, porque está muy mayor».

Nos invitó a pasar. Su voz temblaba, grave y áspera, como un viento estremeciendo la copa de un viejo árbol. Dudaba, pero entendíamos.

Estaba intentando entablar una conversación sobre su oficio, pero me costaba romper el ominoso silencio que seguía a cada contestación suya. El olor cloacal del barrio me distraía. Kipula estaba sentado mirando hacia afuera, acompasado por las caricias de un perro flaco contra su pierna, la sogá de la hamaca en la que se mecía un pequeño fuera de la cabaña y los pájaros revoloteando sobre el techo de madera y chapa de la casilla.

Dentro de ella, en típica disposición garífuna, había una pequeña habitación y un salón un tanto más amplio, un sillón, dos sillas remendadas con hojas de palma y clavos; contra la pared, algunos aros, sogas y cascós de pequeños tambores daban sentido a la inscripción irregular que en pequeñas letras rojas sobre el verde descascarado del frente de la casilla indicaba «Se venden tambores típicos».

Igualmente, yo (que buscaba algún garaon de tamaño real, de esos que retumban puntas y parrandas) no había imaginado encontrarme con ese viejo, mágico y maravilloso, que al preguntarle por los tambores me contestó:

–Yo ya no hago tanto. Estoy grande. Tengo como cien –Luego su nieta, Luciana, me contaría que su nombre era Leocadio Noralez y que había nacido el 9 de diciembre de 1911, que le decían Kipula por el Señor de Esquipulas y que sus amigos también lo apodaban Tirus.

Sus manos. No podía dejar de observarlas. Las venas de esas manos parecían intrincados y caudalosos ríos estallando por encima de las desérticas callosidades de sus palmas. Su dedo índice derecho estaba cortado a la altura de la primera falange, como testimonio de una vida dedicada a las herramientas, como un estigma que pocas personas podrían llevar tan orgullosamente como él.

Sus manos, que expresaban esa aspereza, se movían a la vez dinámicas y armónicas. Se acariciaban, se buscaban, se encontraban... todo el tiempo.

Sus manos, que tantas veces habían sostenido el hacha que me señalaba, mientras me contaba cómo con ella talaba el árbol de caoba que elegía en Ganga du wali, el monte donde los ancestros establecieron las primeras plantaciones junto a los Siete Altares.

Sus manos, que habían sostenido formones y martillos, no sólo eran mágicas por haber convertido aquellos troncos en tam-

bores. Sus manos, que le habían dado forma a las ramas del aro, que habían estirado el cuero de venado, que habían ataviado las sogas y tensado los torniquetes... Sus manos... habían retumbado sagrados tambores.

—Cuando hago los tambores, canto... pero ya no. Solamente las mujeres cantan. Yo toco. Yo toco chugu, yancunú. Ahora de vez en cuando. Despacio, porque el cuerpo está bajando —Kipula me contaba así su pasado como tamborero en las ceremonias *Chugu*, y en cada palabra, cada gesto, cada letra que sus labios emitían, sus ojos expresaban un océano de sensaciones, situaciones y remembranzas que los hacían brillar como el Río Dulce bajo el sol del mediodía.

Mientras me hablaba espaciado, siempre en la puerta de su casa y mirando hacia afuera, donde el calor acumulado en la calle distorsionaba las formas de las casillas linderas, yo no podía dejar de sentir esa presencia. Me esforzaba en no mirar hacia allí, mas no podía dejar de hacerlo. Había algo que distraía continuamente mi atención, como un rumor que hacía girar mi cabeza.

Yo continuaba preguntándole estupideces de «interés antropológico» que ahora (repasando la grabación de la entrevista) me avergüenzan:

—¿De qué árbol? ¿Cómo es el cuero? ¿Y los aros? ¿Y qué ritmos tocaba? ¿Y...?

Kipula contestaba pacientemente a todo:

—Caoba. Venado. Doblo baragade. Yancunú.

Pero yo no podía dejar de pensar en eso, tampoco encontraba las palabras para pedírselo, y cada vez que caía en la tentación de desviar la mirada, me sentía como un niño hurgando el armario de su abuelo en busca de tesoros escondidos.

En un momento, Kipula se puso de pie. No entendí muy bien ese movimiento rápido, pues hasta ese instante continuaba con sus achaques de anciano. Fue como aquel movimiento de Meme en el río *Vuelve Mujer*, como una ráfaga de vitalidad que insuflaba su cuerpo (apenas un enredo de huesos, piel y venas), enarbolándolo altivo sobre la puerta de su habitación, desde donde ahora me invitaba a pasar y me mostraba orgulloso sus herramientas.

Ahora me sentía empequeñecido a su lado. Ahora que Kipula iba pasándome una a una sus herramientas, sentía que ese viejito podría, en un solo movimiento, levantar la cabaña donde estábamos, depositarla en medio del mar Caribe y llevarme a navegar nuevos mares. Como si el contacto con esos metales lo dotara de energía vital, de *ubafu*.

Así, de la pequeña caja de madera emergían de uno en uno formones, cuñas y martillos que él tomaba lentamente, los alzaba, miraba hacia arriba y los contemplaba con admiración. Luego los acercaba a sus labios nombrándolos casi imperceptiblemente, como dándoles vida, y me los entregaba, mirándome firmemente a los ojos, transmitiéndome en esa mirada la seguridad de quien entrega un objeto preciado, frágil, delicado. Por momentos me confundía respecto a lo que me estaba entregando Kipula, arrodillado, extendiendo ceremonialmente sus manos hacia los costados y luego hacia arriba, con esos rústicos elementos de madera y hierro que finalmente llegaban cadenciosos y algodoados a mis manos.

Mis manos, que comenzaban a moverse armoniosamente sobre los formones como recorriendo superficies de placer.

Mis manos, que recibían en ese acto una energía difícilmente descriptible, una conjunción de calor, paz, colores y brillos que recorrían mi cuerpo y estallaban en mis ojos.

Mis manos, que, acostumbradas a retumbar tambores, sentían con sólo tomar esas herramientas el mismo hormigueo de aquellos momentos en los que, inmerso en la energía grupal de la percusión, uno siente estar en otra dimensión.

Mis manos, que habiendo transitado otras manos pulcras, perfumadas, asépticas, cuyos portadores no entenderían ni una sola de las sensaciones que intento transmitir, disfrutaban ese viaje a través de las palmas como el momento en el que el Río Dulce desemboca en el mar Caribe al abrazo del mismo Sol que reflejaba ahora una comunión de almas entre el Tambor, el Constructor y el Tamborero... una «Trinidad tambor».

No podía creer cómo el viejo Kipula, hasta hace unos minutos pequeño, sumergido en una silla y esquivando mis tontas preguntas, estaba ahora allí, enorme, sacando cantidades de herramientas de esa pequeña caja de madera donde no entrarían más que un par de martillos y unos clavos.

Los mangos de las herramientas estaban gastados y acostumbrados a las mágicas manos de Kipula, que continuaba sacándolas, brillando ante cada una de ellas como redescubriéndolas, una y otra vez. Iba a preguntarle algo respecto de su utilización, pero el ciclo que describo era tan perfecto que no podía romperlo con mis ansiosas inquietudes investigativas. ¿Preguntarle qué? ¿Para qué? ¿Acaso sus ojos no develaban todo lo que debía saber? ¿Acaso *debía* saber? ¿Merecería yo vivenciar la magia con la que Kipula daba vida a esas desgastadas herramientas, con las que finalmente retumbaría la caoba que retumbaría el cuero de venado que retumbaría el hüngühüngü que daría inicio al culto a los ancestros?

Aunque estaba maravillado con el momento que Kipula compartía conmigo, aún estaba aquello que distraía mi atención. No me refiero a la racionalización de lo que estaba sucediendo, lo cual ya había inhibido, junto con la necesidad de tomar notas, la de sacar fotos y filmar. Había renunciado en esos momentos a los apuntes, como embrujado por esa presencia, ese llamado que provenía desde el rincón contrario al que nos encontrábamos.

No. Sentía que sería un gesto impertinente, irrespetuoso, distraer la atención de Kipula. Esperé un rato, pensando que iría a mencionarlo, que me lo mostraría. «No. No le voy a preguntar, mejor espero a que me lo muestre. Sí, sí. Mejor espero», haciendo un tremendo esfuerzo por no girar la cabeza.

Sin embargo, luego de mostrarme sus herramientas, hizo otro de sus mágicos e inesperados movimientos y bajó de un armario un barco de madera hecho a escala, se sentó fuera de la habitación y se quedó allí, con el barco sobre su falda: «Ahora estoy fabricando este».

Sorprendido por tamaña omisión, me quedé observándolo durante un rato. Él miraba hacia afuera, hacia la calle. Pensé que era el momento de retirarme y dejar de molestar al anciano con preguntas inconvenientes.

«No. No puede ser», pensaba ya con desesperación mientras contenía el impulso de correr la sábana blanca con pintas rojas que oficiaba de cortina y volver a entrar a la habitación.

Se generó un silencio como el del inicio, aunque ya no estaba aquel niño en la hamaca. Kipula comenzó a utilizar su bastón

para sacar afuera algunas hojas del piso de su cabaña. Sentía que en cualquier momento lo utilizaría para expulsarme con uno de sus movimientos mágicos y dejarme caminando solo, lejos del barrio Campoamor, bajo el abrasivo sol caribeño.

De repente, como imbuido en esa magia repentina, como animado por ese *ubafu* recibido a través de los formones y martillos, mis labios rompieron el silencio y preguntaron:

–¿Y ese tambor?

El viejo no respondía.

–El que está allí colgado, en su habitación.

El viejo miraba aún hacia afuera.

–Encima de su cama.

El viejo no se movía.

No podría describir ahora aquel silencio que como una bruma parecía asfixiarme. Miré a mi alrededor y observé a Mega, a quien había olvidado momentáneamente. Estaba sentado con los ojos cerrados y meneando la cabeza como acompasado por un tema de Bob Marley.

Unos niños pasaron correteando alrededor de la cabaña donde retumbaba aquel silencio sepulcral. Las ruedas del carro que arrastraban rechinaban en mis oídos como una banda de pájaros expulsados hacia nuevos cielos. Sus risas, sus voces, sus gritos, inundaban aquella cabaña en la que Kipula, sentado en la puerta con su bastón y el barco en la falda, parecía capitanear lo que en ese momento yo sentía como un naufragio etnográfico.

De repente, y como siempre sucede en Livingston, de manera inesperada Kipula vociferó algo que no entendí.

–¿Cómo? –indagué ansioso.

–De mi suegro –repitió con su boca cerrada y su voz aguardentosa–. Ese tambor es de mi suegro.

–Es inmenso. Inmenso y maravilloso. Permiso. ¿Lo puedo observar mejor? –contesté.

Kipula asintió sin mirarme y, seguramente acostumbrado a los embates turísticos, sentenció:

–No está a la venta.

Mientras me acercaba lentamente a contemplar la maravillosa obra, Kipula hacía sentir su presencia a mis espaldas. El viejo

había dado otro de sus saltos y estaba ahora hablándome casi al oído, con una mano en su bastón y la otra sobre mi hombro, como un abuelo acompañando a su nieto maravillado ante el anaquel de una pieza museográfica.

–Yo lo fabriqué para mi suegro. Luego, cuando él murió, me lo dejó a mí.

El tambor estaba colgando sobre la cama del anciano, justo en el cenit de su descanso. Parecía flotar. Estaba hecho en una sola pieza de caoba y los tensores, el aro, el cuero y las bordonas conformaban una conjunción perfecta, como ninguna otra de las combinaciones que hasta ese momento había visto en un tambor. El casco transmitía con su color oscuro y su espesor una potencia inexplicable. Sin dudas, ese tambor debía tronar como pocos.

El viejo continuaba allí, con su mano sobre mi hombro. Fue entonces que, como animado por la confianza que Kipula me transmitía con ese gesto paternal, estiré mis brazos y acaricié la superficie del tambor. Sabía que al hacerlo estaría ingresando en una dimensión profunda, en un conocimiento privilegiado. No se trataba de un mueble, no era un objeto. Recorría las sogas tensadas como un músculo resistiendo un movimiento, la madera dispuesta a la vibración y el aro curvo suave, asentado. Nada estaba allí obligado, forzado. Todo ese tambor era una unidad, un organismo dispuesto a retumbar, a expresar, a ser el centro de la ceremonia, de la celebración, de la invocación. Y ese cuero... inmenso, suave, con la energía de todo un pueblo concentrada en un círculo.

Encantado en ese instante, sentía que Kipula me hacía escuchar su toque de *wanaragua*. Kum, ta tu ta. Kum, ta tu ta. Era el toque que había escuchado desde la canoa, con Meme, en el río Vuelve Mujer... el mismo.

–*Yancunú* –me dijo al oído.

Sin golpearlo, lo sentí. Sin golpearlo, lo escuché. Sin golpearlo, ese tambor había retumbado en mi ser.

No recuerdo cuánto tiempo habré estado recorriéndolo con mis manos. Entendí que justamente el tiempo, o al menos la concepción del tiempo que tenía, no existía, no valía la pena, no servía.

El sol ya no azotaba la oxidada chapa de la casilla. Los chicos ya no jugaban con aquel carro y el único sonido que interrumpió el mágico instante fue el de un equipo de música que desde lejos hizo sonar un reggaetón bien fuerte. Era de noche. Mega se incorporó del sillón donde había estado dormitando, ajeno a mi encuentro con el viejo, y me dijo:

–Oye, Augusto, debemos irnos ya. Es muy tarde.

Kipula estaba sentado en la puerta de su casa. Es muy anciano, y sus ojos son grandes, con esa expresión de bienvenida que sólo los abuelos dan a sus nietos.

## Agu (ojos)

Luego de insistir tanto, y, por cierto, bastante desesperanzado, estaba ya a punto de irme del pueblo, creyendo que no había más por registrar (es increíble cuánto cuesta despojarse de la omnipotencia etnocentrista que me llevó a pensar tan estúpidamente). Había pensado ese mismo día armar mis bolsos y partir en la madrugada. Sin embargo, algo hizo que intentara nuevamente.

A esa altura de mi estadía, los días se repetían unos a otros con una madrugada caribeña muy tempranera, y me mantenían ocupado entrevistando, documentando, recorriendo y disfrutando hasta pasada la medianoche. La adrenalina del conocimiento me llevó a múltiples lugares y quizás por ese motivo había ya perdido la noción del tiempo. Pero cuando inicié mi caminata matinal por el centro de Livingston y vi a las mujeres del pueblo, no lo dudé: era domingo y estaban volviendo de la misa. Fulgurantes colores ilustraban las calles con vestidos tradicionales que colgaban del increíble brillo de aquellas sonrisas.

Bastones, bicicletas, manos unidas, gestos amables y abanicos luchando contra el sopor de la mañana, mientras enjambres de niños con su pan de coco en la mano correteaban alrededor de las conversaciones de los adultos. Allí estaba Doña Blanca, con su vestido rosa impecable, sus trenzas ataviadas con pequeños lazos combinados, sus manos alhajadas, no sólo por anillos

y pulseras, sino por la hermosura de su sobrina Keniya, que, luciendo un vestido turquesa, la acompañaba caminando:

–Hola, Blanca. ¿Cómo está? –le dije intentando ocultar mi ansiedad por estar jugándome mi última chance de escuchar los cantos *gayusa*.

–Muy bien. ¿Como está usted este domingo? –me contestó con amable solemnidad.

–Muy bien, gracias. Disfrutando de los colores del pueblo. ¡Qué lindos vestidos! ¿Las puedo acompañar caminando?

–Sí, señor. Venga usted. ¿Cómo va su trabajo?

–Muy bien, muy contento. Le quería comentar que estuve escuchando las grabaciones que hicimos con usted la noche pasada y realmente continúo maravillado con su voz. Sería muy importante para mí poder escuchar más de esos cantos. ¿Se acuerda que me comentó que se juntaba con otras mujeres? No quiero insistirle, ni molestarla, pero sería un sueño para mí poder escucharlos.

–Ah. Sí, sí. Veo que usted realmente quiere escuchar a las *gayusa*... me doy cuenta –Blanca detuvo su caminata, tomó a su sobrina con ambas manos, quien se acurrucó en sus brazos, y luego de mirar hacia el cielo, en lo que interpreté era un gesto de cansancio ante mi insistencia, comenzó a mirarme. Sus ojos garífunas parecían ahora interminables ríos nocturnos coronados por el brillo de una luna que desde ese lugar remoto intentaban reflejarme. Blanca no me dijo lo que estaba haciendo. O, mejor dicho: Blanca no necesitó verbalizar lo que hacía. Sus ojos dialogaban, presentían, transmitían. Sentía como un desprendimiento entre mi cuerpo y mi ser, mientras el aroma a mirra del incienso se mezclaba en el aire con el humo de la pólvora que había quedado flotando luego de la ráfaga de pirotecnia que solía encenderse a manera de celebración al final de cada misa. Aunque aturdido, recuerdo perfectamente ese momento, como elevado por sobre nuestras cabezas, esperando el resultado de esa indagación entre sus ojos y los míos. Sentía que ella movía levemente su cabeza y yo, que había perdido control sobre mi gestualidad, asentía con una sonrisa o con un típico sonido garífuno «mhhh». Blanca no necesitó verbalizar lo que hacía. Sus ojos dialogaban, presentían, transmitían. En un principio,

Blanca  
su tipo de tonando e 2 Tambores  
una música importante.

aún absorto en mis pensamientos y en mí mismo, sentía que iba a recibir otra respuesta negativa. Luego, a medida que iba desprendiéndome de mi racionalización a partir de la mirada de Blanca, comencé a sentir que sus ojos recibían alegremente a los míos. Que sus ojos confiaban en lo que expresaban los míos. Que sus ojos habían logrado llegar a la esencia de mi ser. Que sus ojos chispeaban como la ráfaga de pirotecnia que me había aturdido, y que el humo de esa maravillosa pólvora espiritual llegaba a mis sentidos como el rico olor del pan de coco horneándose sobre la leña de palo blanco recién encendida.

Por ello, cuando Blanca habló, yo sabía qué era lo que iba a decir:

–Puede usted venir mañana... lunes... a las dos de la tarde.

–¿Sí? ¿Mañana? –No podía ocultar mi sorpresa– ¡Genial! ¡Muchas gracias! ¿Y a dónde voy?

–A la casa de la cultura, en el barrio París.

–Gracias Blanca, muchas gracias. Mañana estaré allí.

Y así nuevamente cambiaba mis planes, con la esperanza de registrar los cantos tradicionales que me habían cautivado en aquel paseo con Meme por el río y no había podido registrar.

Era una tarde muy calurosa. El sol hacía cada uno de mis pasos más lento, aunque no lo suficiente como para llamar la atención de pobladores y turistas que paseaban y comerciaban al amparo de la sombra de las tolderías. Todo era similar a otros días: Dinner y Minor corrían en sus bicicletas mirando los bares y evaluando si sería provechoso tocar unos ritmos y recaudar unos quetzales; Juan Carlos «el hondureño» exhibía sus artesanías; los turistas llevaban sus cámaras colgando como patentes identificatorias, no disimulaban su condición y con un inglés nasal exclamaban emocionados cada situación exótica que presenciaban, ataviados con equipos de aventura, pantalones plagados de cierres y mochilas cargadas de estereotipos de «niños exploradores».

Me crucé con El Chino, que iba luchando con su maraña de pelos rizados y una peineta que se había perdido allí dentro. Se puso contento cuando le conté que me habían invitado y me explicó cómo llegar a la Casa de la Cultura. En la esquina del cementerio doblé hacia la costa y luego de una calle curvada llegué.

Era una casa enorme, como un templo. El piso de mosaico y las columnas interminables anunciaban la situación iniciática en la que me estaba involucrando. Todo retumbaba, las voces, los pasos, las sillas al arrastrarse, componiendo un paisaje sonoro similar al de los minutos previos de una misa. Si bien vi rostros conocidos, no encontré a ninguno de mis referentes. Pregunté por Blanca, que aún no había llegado, entonces expliqué el motivo de mi visita. Fui hablando con la gente y percibiendo una doble sensación por parte de ellos, que ya estaban al tanto con detalle de quién era yo: por un lado se entusiasmaban con la idea de que pudiéramos registrar su cultura, se sentían halagados y valorizados; por otro, no podían dejar de ocultar su desconfianza en relación con mis intenciones y con la utilización que yo podría luego hacer de ese material.

Blanca llegó transpirada en su bicicleta. Bajó corriendo y con gesto de preocupación, disculpándose por su tardanza. Me miró y me sonrió, y sus ojos me dijeron que estaba feliz de verme allí. Ella comenzó a hablar en garífuna con el resto de los allí presentes y me pidió que les explicara quién era y qué era lo que pretendía hacer. Fue la mesa de evaluación más complicada de mi vida. Mientras les hablaba, me sentía un vendedor de seguros o de milagros. Mis convicciones temblaban, no por inseguras, sino por observadas.

Estábamos dispuestos en un círculo, sentados en sillas de plástico. Apenas girando mi cabeza unos centímetros podía recorrer la mirada de todos los presentes. Múltiples y caudalosos ríos nocturnos con esas lunas hacia el final, focalizando en el pálido fulgor de mi arroyuelo. Nuevamente sentía que me sumergía profundamente en mi ser y que dejaba fluir brillos en mis ojos y palabras en mis labios para contarles el motivo de mi visita, lo que estaba haciendo en el pueblo, los garífunas con los que estuvimos grabando, etcétera. Pero el tiempo parecía detenerse ante miradas absolutamente imperturbables e incrédulas. Esos ríos no hablaban, o, en todo caso, yo no quería atender a la desconfianza que claramente expresaban.

Una y otra vez les recalqué mi admiración por su cultura, mi particular interés en difundirla y mis experiencias como

docente en Argentina con los ritmos garífunas. Ellos sólo me miraban. Yo luchaba con mi propio ser para intentar escaparme de ese viaje en el que me había embarcado a través de mis ojos e intentaba racionalizar, pensar y encontrar las palabras adecuadas para que los suyos brillasen como lo habían hecho los de Blanca, los de Kipula, los de Meme. Pero, a cada palabra mía, sentía que la luna se empequeñecía en el fondo de aquellos ríos. Ellos sólo me miraban, y de alguna manera estaba aprendiendo que no tenía sentido hablar tal como estaba acostumbrado. Que no era una audiencia expectante de mis palabras. Que no eran personas que se fuesen a maravillar con lo que yo tenía para verbalizar. Las palabras estaban muy dentro de mí, en mi propio ser. Y se expresaban en mis ojos. Ellos sólo me miraban y me transmitían en ese sencillo acto que debían conocerme así. Todo lo que les decía retumbaba sórdidamente en las paredes de aquel gran salón, reverberando lo que hoy a la distancia podría calificar como un estado de absoluta ignorancia respecto de lo esencialmente humano. Acostumbrado a utilizar la palabra para el conocimiento de las personas, me resistía nuevamente a dejarme fluir a través de mis ojos y trascender hacia los suyos.

Ella estaba allí sentada. Una señora mayor, con su gran sombrero de ala ancha, su vestido cuadrillé y sus grandes sandalias de goma azul cuarteada por las que los dedos de sus pies sobresalían enormes, sedientas raíces de manglares buscando saciedad en el verde río del piso en el que ya no se sentían andares, pues nuevamente el tiempo fluía sin caminar.

Me atrevería a decir que ella no estaba en ese círculo hasta el momento en que la vi. Sólo apareció allí, como si hubiera estado plácidamente sentada por años, tejiendo la trama de las miradas en las que me sentía ahora reconfortantemente enredado, confundido, aturdido. Me costó tomar la decisión de mirarla, pues sentía que era ella a quien me debía dirigir para definir el trascendental momento. Cuando me sumergí en los brillos de esa enorme señora bajo el sombrero, sentí una cálida brasa anaranjada en mi interior, así como en el Caribe los mangos *enrojecen como carbones en un hoyo para asados*. Aquella mirada introducía en mi ser la tibia sensación del Sol curando sus heridas,

renaciendo y trepando decidido el horizonte, abandonando su rojo desvanecido en busca del naranja fulgurante, antesala de un blanco ardiente, presagio de un resplandor que disiparía cualquier tiniebla que osara callar el tambor.

Hizo una pequeña mueca con sus labios, como sonriendo. Dejó caer su cabeza hacia atrás, miró al cielo, y en un mismo movimiento, alzando sus hombros, agitando sus brazos y sacudiendo vitalmente su cansino cuerpo, me señaló, haciendo que todas las miradas se fijaran en ella, en lo que iba a decir, en lo que parecía haber recibido desde algún otro lugar, en lo que parecía haber caído como un rayo sobre su cuerpo, que luego de estremecerse lucía firme y sereno, en lo que por designio, señal o mensaje ancestral debía expresar. Al tener reunidas todas las lunas de todos los ojos en el océano de los suyos, los recorrió, manteniendo su brazo apuntándome y haciendo de esa confusa trama de miradas que se entrecruzaban un gran hato de hebras que fueron alineándose plateadas, rojas, fucsias y naranjas hasta formar una gran hamaca en la que me mecía plácidamente.

Entonces, su mirada se volvió a posar en la mía, con ese brillo de contención, orgullo, paz, serenidad y familiaridad con el que sólo las abuelas miran a sus nietos. Sólo cuando ella sintió que ese pálido fulgor se tornaba ahora incandescente en mi mirada y que ese arroyuelo fluía como un caudaloso río hacia su mar de abuela, noté cómo sus ojos, sin descuidarme, se dilataban y se transformaban junto con su rostro, en el que se operaron una serie de cambios desde aquel gesto de serena familiaridad a este que presagiaba un serio, convincente y quizás oscuro dictamen: «Yo le creo al joven».

Su voz parecía soplar los rostros de todos los presentes como una tormenta caribeña moviendo las palmeras de la costa. Sus cabellos, flexibles hojas cargadas de frutos amarillentos, se movían desordenadamente, aunque sus torsos permanecían inmutablemente enraizados en sus sillas.

–Él viene a ayudarnos a preservar nuestra cultura. Él es un ángel enviado por Dios. Vamos a hacer lo que nos pida.

Sentía cómo las hebras de mi hamaca se tensaban, y al reverberante aliento que había soplado sus palabras siguió el reman-

- yo le creo al joven

*y la comunidad abrir sus puertas...*

so silencioso de un pequeño valle en el que, luego de una tormenta, las plantas exhiben la más increíble gama de verdes. Casi podía oler a plátano, albahaca y cilantro recién cortados, exudantes de frescura del trópico.

Pronto un murmullo comenzó a crecer, primero como un lago que desde el piso iba desbordando hacia todos los rincones. Luego, trepando por las paredes hasta el techo, desde donde ahora llovían palabras como gotas. Una palabra, una gota. Otra palabra, otra gota. Y otra y otras. Una lluvia de murmullos nos empapaba mientras aquella señora continuaba meciéndome con la serenidad que sólo tienen los que están convencidos de quiénes son y qué es lo que hacen en este mundo.

Arrullado por el murmullo y la mirada de la abuela, sentí unas palabras que sonaban como truenos, emitidas por una de las mujeres que apretaba su puño y retorció su silla, sus piernas y su rostro en una misma mueca, descreída y desilusionada:

—Acá ya vinieron muchas veces. Nos grabaron y ni siquiera nos dieron las gracias. Después andan vendiendo nuestros discos. La otra vez los del Ministerio nos prometieron que nos iban a grabar el himno y todavía ni vinieron.

Yo sentía que la lluvia no me mojaba, pues el sombrero enorme de aquella mujer y su mirada de abuela protegían todo. Ella asintió con su cabeza y de alguna manera me animó a hablar:

—¿El himno? ¿Qué himno? —le pregunté intrigado.

—El himno a Guatemala pero en nuestro idioma garífuna —contestó levantando los hombros con orgullo, y en un movimiento se incorporó y proclamó: ¡Porque nosotros también somos guatemaltecos!

En la calma que siguió a la tormenta, límpidas miradas presagiaban lo que iría a suceder. Tomé impulso y me incorporé, sosteniendo mis equipos de audio en mis manos.

—¡Qué bueno! ¿Lo quieren grabar ahora? Yo se los puedo grabar ahora mismo y dárselos en un CD.

—¿Ahora? —me indagó mientras miraba a sus compañeros sonriendo.

—¡Sí! ¡Ya mismo! —contesté con el desbordante entusiasmo de estar a punto de lograr un registro único.

*AUDIO 65*

Un gran murmullo siguió a mi propuesta. La señora del sombrero me miró y me asintió con una sonrisa, con un gesto de aprobación y tranquilidad. Luego se me acercó Doña Blanca y me dijo:

–Puede usted venir mañana, porque estuvimos hablando y tenemos que ensayar.

–¿Puedo quedarme al ensayo? –pregunté mientras Doña Blanca se daba vuelta y todos asentían con un movimiento de cabeza.

La casa poseía una tarima de cemento a la que se subieron seis cantantes, cinco mujeres y un joven. Se dispusieron en un semicírculo. Yo encendí mi grabador digital y mi cámara. Mientras estaba chequeando el equipamiento, comenzaron a cantar.

No podría jamás encontrar las palabras que expresen todo lo que percibí en aquel momento de magia absoluta. Quedé maravillosamente paralizado, en medio del semicírculo de energía. Sentía todos los colores del arcoíris atravesando mi piel y una gran conmoción, como un hermoso escalofrío que recorría todo mi cuerpo, desde las plantas de mis pies hasta mi cabeza, en una caricia interminable que aún hoy siento al revivir ese encuentro. En un momento me percaté de haber instalado el grabador en el piso y comencé a buscar a mi alrededor algún objeto para elevarlo y así tomar mejor las voces. Vi una mesa que estaba debajo de la tarima. Entonces bajé corriendo mientras las voces continuaban inundando el mundo de colores, tomé la mesa y subí con ella para colocar el grabador allí. En ese momento, por una mezcla de ansiedad, torpeza y conmoción, resbalé, y la canilla de mi pierna derecha impactó de lleno contra el sólido borde de la tarima, con todo el peso de mi cuerpo encima. Fue como si algo me hubiese empujado, como si en ese instante el mismísimo cielo se hubiese precipitado sobre mi cabeza. Con un tremendo dolor me incorporé de un salto, mientras sentía que mi pierna no serviría más. Alguno de los cantantes me miró con preocupación y yo hice señas para que continuasen; no pensaba dejar de registrar esas maravillosas voces por una torpeza tan grande. Pero ellos dejaron de cantar mientras señalaban mis pies y se miraban preocupados. Miré hacia abajo y me sorprendí al ver la cantidad de sangre que brotaba de la herida.

Audio  
2

El golpe - La Srita - La Gansito

—No se preocupen. No me duele. Sigán, sigán —dije con ansiedad y voz temblorosa.

—No joven, tiene que curarse. Se va a poner feo eso —me dijo una de las mujeres.

Bajé de la tarima y me dirigí a un baño. Allí pude comprobar que el golpe me había abierto una herida en forma de semicírculo de unos siete centímetros, por el que podía ver mi hueso. Me limpié con agua mientras comenzaba a sentir un tremendo dolor que retumbaba desde la herida, irradiándose hacia toda mi pierna. Obstinado, con la adrenalina intacta y la convicción de estar haciendo el mejor registro etnomusicológico de mi vida, volví con los cantantes y dispuse los equipos nuevamente. No me importaba que luego debieran amputar mi pierna; pensaba que jamás volvería a tener esa oportunidad de registro.

—Quédense tranquilos, no es nada. Ya está, no me duele ¡Sigamos cantando!

Mientras aguantaba el dolor y temblaba por la ansiedad y los nervios de la situación, la señora del sombrero apareció a mi lado. Lentamente me tomó por los hombros y me abrazó. Pero no me refiero a los abrazos condescendientes y lastimosos. Me abrazó. Y entre sus brazos sentí cómo mis temblores se alejaban y comenzaba a relajarme. Cuando me entregué a ese inmenso gesto de amor, sentí que me susurraba al oído:

—Quédese tranquilo joven. Usted ya pagó con sangre la tierra de los abuelos. Vaya a curarse, nosotros lo vamos a estar esperando aquí mismo, sin movernos.

Sentí que todo estaba bien. Ya no temblaba. Percibía la presencia de la herida, pero ya no el insoportable dolor. Estaba entregado al fluir de aquella tarde de calor, y, como si lo hubiese pautado previamente, se acercaron dos jóvenes que sin mediar palabra me ayudaron a bajar de la tarima, me subieron a un auto y me llevaron a la salita de primeros auxilios de Livingston, donde no hay más infraestructura que una sala, un par de camillas y anaqueles con los medicamentos con que la médica y la enfermera deben solucionar todo tipo de problemas.

Los jóvenes me ingresaron y pidieron mi atención urgente, a pesar de mis intenciones de esperar mi turno. Me atendió una joven médica cubana, que me preguntó:

–¿Qué hizo usted para lastimarse así?

–Sólo escuché una canción y perdí control de mis movimientos –contesté recobrando mi entusiasmo, como despertándome a la realidad. Tal era la adrenalina que me había generado aquel momento con las *gayuza* que comencé a pedirle a la doctora que se apurase.

–Me están esperando para continuar grabando. ¡Me tengo que ir!

–No. Quédese tranquilo. Esta herida es muy grande. Debemos suturarlo y debe guardar reposo por 48 hs.

–¡No! ¡Usted no entiende! Vengo de muy lejos... ¡Me tengo que ir!

Así continué mi discusión con la médica, mezclándola con detalles de mi trabajo y también algunas indagaciones respecto del suyo, mientras ella, con habilidad, me aplicó diez puntos de sutura sobre la herida que había comenzado a inflamarse muchísimo. Me inyectó anestesia y un antiinflamatorio intravenoso. Le pedí que me aplicara más anestesia, puesto que debía seguir caminando, a pesar de sus recomendaciones.

Meneando la cabeza, me hizo también una orden para retirar unos antibióticos. Salí corriendo del lugar, mientras sentía que todos me miraban con incomprensión. Jessenia y Gregorio, mis jóvenes acompañantes, me miraban y me preguntaban cómo había sido la curación, me abrazaban y me recomendaban que no caminara.

–Compremos unos jugos de fruta para todos y volvamos a la casa de la cultura. ¡Hay mucho por hacer! –les dije. Entonces me acompañaron.

Al llegar, temía que los cantantes ya no estuvieran allí. Sin embargo, al verme regresar, sus rostros iluminaron mi entrada con una enorme sonrisa cargada de *ubafu*.

Ya no quedaba más que una tenue llovizna dentro de la inmensidad del salón. Mi sangre había escampado la tempestad de dudas respecto de mis intenciones. Sin mediar más palabras, Cosme, Luciana, Xiomara, Blanca, Berta y Elvira se dispusieron en un semicírculo (similar a la herida en mi pierna que aún latía) y cambiaron mi vida, pues simplemente cantaron.

## Hare muhania (ellos cantan)

Avolos  
1 y 2

No necesitan mirarse. No necesitan indicaciones... ni señas...  
Ni gestos.

No necesitan papeles... Ni símbolos... ni guías.

Están absolutamente unidos, cohesionados, abrazados desde el alma.

Algo los sostiene, los contiene, los entrelaza...

Algo que se puede sentir pero no se puede ver...

Algo que es presencia, fuerza, fe, unión, esperanza...

Algo que te hace vibrar... que estremece... que eriza la piel.

Algo que emociona...

Algo que los moviliza a cantar y a llenar el aire de voces...

Ellos simplemente cantan...

No son dos, ni tres... ni siquiera son los seis cantantes que allí veo...

Son más...

Son cientos... Son miles...

Son más...

Son las voces de los ancestros... Los que pelearon... los que huyeron...

Los que resistieron... los que murieron... los que se reinventaron...

Son más; muchos más de los que ves...

Escucha entre esas voces la de Marcos Sánchez Díaz, quien fundó el pueblo junto con un grupo de fieles seguidores, esperanzados en hacer de Labuga el lugar donde estar y trascender en paz...

Escucha el grito de guerra de Joseph Satoyé, el héroe garífuna insurrecto contra la Colonia Inglesa en Yorumein, quien muere heroicamente en 1797 y que continúa siendo recordado en aquel monumento de la Isla de Roatán y en el cartel de aquella calle del Bronx, donde miles de garífunas trabajan para enviar unos dólares a sus familias...

Escucha la voz de Elvira Álvarez, que con casi sesenta años transpira en la cocina para vender su comida en el puerto y alimentar orgullosa a sus seis nietos...

Escucha la voz de aquel ancestro que, raptado del África, perdió a su familia, soportó meses de travesía y logró escaparse, recreándose en América y soñando con su tierra natal...

Ellos simplemente cantan.

Avolo  
23

Audio 12

Escucha la voz de Luis Baltazar, que junta chatarra de metal y con su soldadora la convierte en bicicletas que pinta orgullosamente con el blanco, negro y amarillo de la bandera garífuna para darle de comer a Liricha y Mailin, sus hijitas...

Escucha la voz de aquella mujer que perdió a su marido en la guerra y fue desterrada de Yorumein en 1797, sin entender muy bien los motivos.

Escucha la voz de Kipula, el último constructor de tambores del pueblo, quien con casi cien años muestra orgullosamente las grietas en sus manos, que retumbaron sagrados tambores...

Audio 8 y 9

Escucha la voz de Juan Carlos Sánchez, el mensajero de los abuelos, que desde muy chico supo que había sido elegido para trabajar en la espiritualidad y que dedica sus días a promover la cultura garífuna...

Escucha la voz de Meme, un ladino huérfano criado por una familia garífuna que tocaba enérgicamente el garaon hasta que las balas de «un grupo de desconocidos que se dio rápidamente a la fuga» lo convirtieron en «el cadáver de un indigente quien en vida correspondía al nombre de Manuel Calletano, de 25 años de edad aproximadamente ya que no pudo ser reconocido plenamente por no hallar su documentación (datos proporcionados por vecinos que no quisieron brindar sus nombres por temor a represalias)», hecho que generó que sus compañeros del grupo Lirahügü Labuga tuvieran que enterrarlo bajo una cruz de palo haciendo retumbar los tambores...

Audio 13

Escucha la enérgica voz de Cosme, que iluminado por los ancestros paseó su talento por fiestas y ceremonias hasta que los mismos abuelos, necesitados de su voz, lo llamaron de regreso y allí está ahora, mirándonos con su único *agu*, su pañuelo amarillo y su elegante sombrero de paja, riendo, recostado sobre la rama del árbol más antiguo del pueblo...

Escucha la voz de Labuga, palabra garífuna para Livingston.

Labuga es el nombre con el que los abuelos garífunas intentaban imitar las palabras «la boca», como los españoles hacían referencia a «la boca del río». Y cuando les preguntaban dónde vivían, sencillamente contestaban «labuga»...

Labuga está abierta... es la boca de los ancestros... el lugar elegido por ellos para expresar este testimonio de lucha, resistencia, dolor, esperanza, orgullo...

Labuga es la boca abierta y ensangrentada de quienes gritan desde los márgenes y muerden los tímpanos de los que no quieren oír, de los que dicen que no existen, de los que los niegan, de los que intentan hacerlos invisibles... de los que construyen muros para no verlos... Labuga muerde sus tímpanos...

Labuga grita, aunque el grito se ahogue en la inmensidad de un océano de reclamos, protestas e injusticias en los que se inunda nuestra América...

Labuga grita, pero no hablamos de un grito cualquiera... No es un grito de ayuda, de auxilio. No.

Es otro grito.

Es un grito digno... No es un grito de guerra...

Es otro grito.

Es el grito de quienes fueron traídos forzosamente y obligados a trabajar para el enriquecimiento de los mayores...

Es el grito aborigen de quienes ya hacía años se habían organizado comunitariamente y no comprendían cómo esos seres pálidos osaban cambiar los nombres de sus lugares...

Es el grito de quienes sembraron, cosecharon, cocinaron, cuidaron a sus hijos y hasta lloraron por quienes se hacían llamar «dueños»...

Es el grito de quienes fueron tratados como mercancía, denigrados y maltratados...

Es el grito de quienes forjaron con sus espaldas, sus lágrimas y su sangre los cimientos de los actuales países americanos...

Es el grito de quienes escaparon, de quienes no se sometieron, de quienes lograron preservar sus tradiciones...

Es el grito de quienes hoy siguen siendo despreciados y desconsiderados...

El grito de quienes son obligados a seguir viviendo en el patio de atrás de un mundo que deshecha lo que considera inútil... lo que no sirve... lo que no vende...

Pero No.

No.

No es un grito de angustia, ni de impotencia, ni de dolor.

Porque saben... O intuyen... O sienten que nada hay que pueda conmover al mundo que los margina.

No. No es un grito de pedido de caridad.

*5 e  
Llorar el aire de Ven.*

No. Porque no necesitan nada.

Porque se han habituado a concentrar sus energías en ellos mismos, en su comunidad.

No necesitan nada. Son ricos: tienen ese brillo en los ojos que refleja la plenitud de quienes poseen un tesoro... Un tesoro ancestral que está en Labuga, en el aire, en la tierra... Un tesoro que Labuga obsequia a toda América, a través de sus cantos...

"Yo un monato en nombre de nadie:  
Yo no soy inglés, ni francés,  
ni español, ni quien sea moche  
de en t: Soy un caribe, un caribe,  
sin reflexión, no quien sea más,  
ni quien tener más."  
[Palabras de un Tol. Aek, 1797  
en LA GACETA, citadas por Akerivillak]



# III. CHUGU



Molinowski propone "abandonar su confortable posición en una hamaca, en el pecho de la misión, del fuerte gubernamental y del bungalow del planador donde, armado de un lápiz, un cuaderno y, a veces, de whisky y soda, se ha habituado a escribir las afirmaciones de informadores, e emitir hipótesis y a llenar hojas enteras de texto volapék. Debe ir a los aldeas, ver a los indígenas trabajando en los huertos, sobre la playa, en la selva; debe moverse con ellos hacia los lugares buenos de caza y las tribus extrañas; observar en la pesca, en la caza y en las expediciones ceremoniales en el mar. La información debe llegarle en toda su plenitud e través de sus propias observaciones sobre la vida indígena, en lugar de venir de informadores reticentes, y ser obtenida con cuestionarios en conversaciones."

[Koberry en GUBER, Roma]

## Ciudad sepulcral

Me encontré una vez más en la ciudad sepulcral, sin poder tolerar la contemplación de la gente que se apresuraba por las calles para extraer unos de otros un poco de dinero, para devorar su infame comida, para tragar su cerveza malsana, para soñar sus sueños insignificantes y torpes. Era una infracción a mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida constituía para mí una pretensión irritante, porque estaba seguro de que no era posible que supieran las cosas que yo sabía. Su comportamiento, que era sencillamente el comportamiento de los individuos comunes que iban a sus negocios con la afirmación de una seguridad perfecta, me resultaba tan ofensivo como las ultrajantes ostentaciones de insensatez ante un peligro que no se logra comprender. No sentía ningún deseo de demostrárselo, pero tenía a veces dificultades para contenerme y no reírme en sus caras, tan llenas de estúpida importancia. Me atrevería a decir que no estaba yo muy bien en aquella época. Vagaba por las calles (tenía algunos negocios que arreglar) haciendo muecas amargas ante personas respetables. Admito que mi conducta era inexcusable, pero en aquellos días mi temperatura rara vez era normal. Los esfuerzos de mi querida tía para restablecer «mis fuerzas» me parecían algo del todo inadecuado. No eran mis fuerzas las que necesitaban restablecerse, era mi imaginación la que necesitaba un sedante. Conservaba el paquete de papeles

que Kurtz me había entregado, sin saber exactamente qué debía hacer con ellos. (Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*)

Aquel segundo viaje había sido pura magia. Creía haber comenzado a comprender y sentir el significado más profundo del *ubafu*. Desbordaba de energía, alegría y entusiasmo por compartir todo ese material, aunque no sabía muy bien qué era lo que iba a hacer con él. Fotos, videos, audios. Todo en cantidades impresionantes. Debía abocarme a la tarea de «dar inicio a los procedimientos de ordenamiento, clasificación, sistematización y edición de la información registrada». Así había escrito en el informe sobre mi viaje de estudios que presentaría a las autoridades de la institución en la que trabajaba.

Entusiasmado con la idea de tener al fin material suficiente para trabajar en las aulas, para investigar, para editar y para difundir el patrimonio cultural garífuna, me senté en una mesa redonda, junto a las mujeres encargadas del lugar, y les conté desordenadamente todo lo que había logrado hacer durante mi viaje. Ellas se miraban e intentaban interrumpir mi alocución, ya que tenían algo muy importante para comunicarme. De hecho, lo hicieron.

A diferencia del semicírculo mágico de mujeres *gayuza* que me había cargado de *ubafu* apenas unos días antes, estas señoras nada tenían que ver con el canto. Sus miradas resultaban vacías e inocuas. Eran inmensos y desérticos espacios apenas poblados por desechos de sueños truncados que, ante el destello de mis ojos cargados de vívidos brillos que sólo las experiencias genuinas otorgan, se iban cubriendo de atemorizantes tinieblas. Pues no sólo se trataba de gente de vida gris, sino que casualmente la fortuna había depositado en sus manos el cetro de poder con el que ahora parecían divertirse comunicándome aquella oscura decisión.

Me informaron que a partir de ese momento debía yo cumplir tareas administrativas en una oficina, ya que «la falta de personal» y algunos otros «inconvenientes» laborales y gremiales las obligaba a tomar esa decisión.

Intenté explicarles la necesidad de proseguir con mis tareas investigativas, los beneficios pedagógicos, las implicancias didácticas de mi trabajo, apelando a encontrar coherencia entre

lo que discursivamente se planteaba en su proyecto institucional respecto de la necesidad del diálogo y lo que en ese momento me imponían con cierta perversidad, expresada en los gestos y la frase de una de esas personas que, frunciendo el ceño y con cierta histeria, me expresó:

–¿Vos qué te pensás? ¿Que tenés coronita? ¿Que podés hacer lo que se te ocurra? A mí también me gustaría investigar, viajar y que me paguen por ello.

Ante este panorama, miré al resto de las allí presentes, buscando algún anclaje racional que me permitiese comprender la situación. Sin embargo, algunas miraban hacia los costados y otros me miraban con firmeza marcial, como si fueran las máximas autoridades de un cuartel enjuiciando a un conscripto.

–Yo no tengo coronita. Tengo un privilegio. El de dedicarme a lo que amo con pasión. Y en este último viaje sumé un compromiso con una comunidad al que no pienso renunciar. No me voy a quedar de brazos cruzados aceptando esta decisión. Voy a continuar luchando.

Me fui caminando, sintiendo el vértigo interior de la bronca, que se materializaba en mis gestos, mis gritos y mis insultos al aire.

–Tranquilo. Presentate en el lugar y la hora indicada. Hacé lo que te dicen y dejá pasar unos días. Seguramente podrás continuar con lo tuyo más adelante. Dejá que se aquieten las cosas – me aconsejaban Vera, Ruth y Ángel, mi bureau de abogados, mi infaltable familia.

–Papá, mamá y hermana abogados... ¿Y me tengo que bancar este atropello?

–Tranquilo hijo. Así es la gente gris. Ya todo se va a solucionar, pero armate de paciencia.

Ellos, como siempre, me contenían a la vez que se indignaban con lo ocurrido.

Aquella mañana sentí un hormigueo en mi ser distinto al que se siente luego de tocar tambores. Sentí la vibración de esos golpes certeros asestados a lo más profundo del ser, ya que evidentemente los burócratas no permitirían que continuase mi proyecto.

Caminé hacia la puerta de aquella oficina gris. Allí estaba. Una señora con mayor peso físico que intelectual que con insis-

tencia revocaba su rostro con cosméticos que profundizaban sus gestos poco felices. Comenzó a hablarme con un tono de arenga militar mientras estiraba sus brazos y bajaba de un armario de chapa una máquina de escribir Lexington 80. Con una mueca, mientras sacudía el polvo encima de esta, me miró y me dijo:

–Mirá, de la puerta para afuera vos hacé lo que quieras. Da clases, salí en el diario, escribí tus libros... Pero acá dentro vos sos uno más. Ahora vas a ver lo que es trabajar. Tomá. Usala porque necesito que completes unas planillas.

No vale la pena brindar mayores detalles del momento en el cual la envidia, la hipocresía y la mediocridad se habían transformado en un monstruo que buscaba aplastar mis pretensiones. Me llevó mucho tiempo solucionar ese tema y encontrar un ámbito en el cual poder continuar mi trabajo, pero lo logré, gracias a la excelente receptividad de otras autoridades, que percibieron la energía de los tambores y confiaron en mis propuestas.

Mientras tanto, con la cabeza ocupada en aquella lucha contra los burócratas, igualmente continué trabajando con los audios, escribiendo, indagando. Había quedado hipnotizado con el *wanaragua* y por ese motivo escribí un artículo con la propuesta de denominación de clave garífuna para describirlo, ya que había estado meses intentando encontrar una manera de transcribir esa increíble fusión entre rítmicas binarias y ternarias, sin mayores resultados. No era binario. No era ternario. O, en todo caso, era las dos cosas. O empezaba ternario y continuaba binario. O... ¡Era garífuna! Y al entenderlo así también comencé a encontrar en ese formato y esa denominación la manera de comprender gran parte de los ritmos afroamericanos.

Pero había tantas otras cosas relacionadas con las vivencias que sentía que debía incluir en los artículos, y de a poco fueron surgiendo estas crónicas que me fueron entusiasmando al punto de pretender editarlas.

Tenía mis dos garaones en casa. Y había llevado uno de ellos, un garaon segunda elegido por Meme para mí, a un asado en Ciudad Evita para tocarlo con mis amigos afroargentinos en un *candombe porteño*.

Desde que se inició el conflicto laboral, no dudé que el *ubafu* me ayudaría a solucionarlo. Por eso, cuando llegó el momento

de comenzar en un nuevo lugar, me dediqué de lleno a los garífunas. En medio de mis dudas respecto de qué escribir, me animé a narrar historias sobre los viajes, mis percepciones, las historias de vida tras los tambores y los cantos, etcétera. Para ello, repasé archivos y encontré un video de la jornada con Meme en el río Vuelve mujer. Duraba apenas un minuto y medio, pero se veía la cámara moviéndose arriba de la canoa buscando entre la maleza el lugar del cual provenían esos tambores que se escuchaban claramente de fondo.

Esa secuencia me animó a escribir el capítulo «Vuelve Mujer» como una excusa para contar la historia de Meme. Ese ladin culturalmente garífuna que me gustaba poner de ejemplo en mis cursos cuando aparecía la estúpida frase: «Tocan los tambores así porque son negros. Lo llevan en la sangre».

Recuerdo que envié un mail a mi amiga Dulcinea, revelándole mis dudas respecto a qué escribir y para que me diera su opinión. «¡Ese es el camino! ¡Escribí esas historias!», me había contestado, y me había entusiasmado.

Era domingo por la noche en mi casa y habíamos comido un rico asado. Mi hijo y unos amigos se habían ido a buscar helado. Mientras levantaba los platos y el desorden de la sobremesa, me crucé con el garaon y me quedé un rato contemplándolo. La imagen del río Vuelve mujer volvía a proyectarse en mi mente. Sin pensarlo, tomé el teléfono y marqué el número del Chino.

Había ya intentado hablar con él para Navidad y Año Nuevo sin éxito. Pero esa noche el teléfono sonó inmediatamente, como si se tratara de una llamada local. Sonó tres o cuatro veces que percibí como cientos, como miles, ya que una ansiedad por escucharlo embargó mi ser. Quería contarle que había solucionado mi problema laboral y que ahora sí podría trabajar para editar un disco con sus grabaciones y muchas cosas más.

—¿Chino? ¡Habla Augusto de Argentina! ¿Cómo estás?

—¡Hola, Augusto! ¿Cómo estás? Tanto tiempo.

—Bien, bien. Al fin logro comunicarme. Hace tiempo que intento hablarte y no puedo.

—Qué bueno que llamaste. Acá estamos todos tristes. Mataron a Meme el viernes.

—¿Qué? ¿Meme? ¿Qué pasó? ¡¿Cómo que lo mataron?!

—Sí. Unos tipos. Le dispararon como cinco tiros y lo dejaron tirado en la calle. Hoy lo enterramos. Estamos tristes.

—¡Pará, pará! ¿Cómo fue? ¿Quiénes lo mataron? ¿Por qué? ¡Por favor, contame!

—No sabemos nada más. A mí me avisaron ayer y es todo lo que sabemos. Parece que hubo una riña en la playa y aquel andaba por ahí. Creo que lo confundieron. No sé. Se nos fue Meme.

El Chino no podía darme mayor información. Tan sólo eso: mataron a Meme.

No podía creerlo y no recuerdo cuantas veces le pregunté y repregunté lo mismo. Pero hubo un detalle que luego me llamó la atención:

—Lo mataron el viernes —me repetía.

Claro. Luego, repasando mis últimas horas, me di cuenta. Había ocurrido una inesperada y terrible coincidencia. El viernes, mientras yo recuperaba mi espacio y me dedicaba a revisar imágenes coloridas de mis viajes. El viernes, mientras yo escribía la historia de Meme. El viernes, cinco disparos impactaban en el cuerpo de ese ladino. El viernes, cinco balas estremecían la piel de *garebu*. El viernes, cinco fognazos extinguían el latido de Meme.

Fue un tremendo e inesperado golpe. Me comuniqué con Ethel en Guatemala para darle la mala noticia y para que se comunicara con El Chino, en un intento de estar donde quería y no podía: Labuga. Me imaginaba la tristeza de sus amigos. Meme tenía veinticinco años, hablaba garífuna y tocaba el garaon. Las chapas del Ubafu ya no volverían a tronar como con él. Me imaginaba la tristeza de Doña Blanca, que lo miraba y le hablaba como a un hijo.

Me imaginaba. Me imaginaba. Me imaginaba y me embargaba la impotencia, el dolor, la bronca.

Me imaginaba y no hacía más que mirar el garaon en el living de mi casa y pensar en él y en tantos jóvenes de nuestra América, sepultados bajo una cruz de palo, masacrados impunemente en las mismas calles donde otrora correteaban felices con un pan de coco en la mano.

Me imaginaba y no podía creer cómo los músculos de ese mágico ser no fueron capaces de tensarse lo suficiente como

para atrapar las balas de la misma manera en la que atrapaban peces en el río.

Me imaginaba y no podía entender cómo esas manos que se agigantaban con el retumbe de las parrandas haciendo tronar las chapas del Ubafo Bar no habían podido protegerlo de la sórdida y cobarde estampida que lo dejó tendido en el piso, boca abajo, como intentando pescar la ilusión de revivir en los ríos subterráneos del *inframundo*.

Mis manos acariciaban el *urou atilounpu* (cuero de venado) del tambor y se conectaban con esa historia. La de Meme. La de tantos hombres, mujeres y niños que se van antes. Que nos dejen. Hombres, mujeres y niños que no son noticia en el diario y que quizás ni siquiera sean un número en el siniestro conteo estadístico de la criminología.

Hombres, mujeres y niños que quizás no llegaron siquiera a pensar en un futuro, ya que el día los tenía ocupados en la necesidad, de comer, de juntar, de buscar. Es imposible pensar en un futuro cuando la necesidad azota las puertas de cada amanecer con inmensas olas que pegan de lleno en la boca del estómago. América es todo eso. Un pasado que por momentos genera un presente que no permite pensar en un futuro. América es todo eso. Templo, iglesia, altar, policía, carabineros, chepos, la bonaerense, la jura, rati, yuta, cobani, candomblé, vudú, santería, macumba, santo, cataratas, ríos, mares, candombes, parranda, punta, rumba, misibamba, son, congo, zemba, murga, merengue, festejo, bomba, yoruba, kekchí, maya, azteca, inca, mandinga, guaraní, mocoví, ona, arawako, taíno, zambo, papaya, maíz, papa, caña, bejuco, algodón, mango, naranjo, trigo, yuca, vaca, quetzal, garza, papagayo, gaviota, avestruz, cruz, amarre.

¡Eh! ¡Eh! Mbumba (=Serpiente o "espíritu del arcoíris".)

Amarra a los BaFioti (=pueblo traficante de esclavos de la costa africana)

Amarra a los blancos

Amarra a las brujas

Amárralos

(Canto litúrgico Vodú, Smart Bell citado por Eduardo Grüner *La Oscuridad y las luces*)

América amputa, destaja, rompe, estalla, une, festeja, celebra, llora, ríe, camina, se agacha, se mueve, se arrastra, se sacude, se despierta.

Así fue como sentía el velo de la frustración acariciando mi rostro, a través del cual me esforzaba por encontrar los colores de las frías mañanas en las que me embarcaba. Tempestuosas mareas de realidad me mantenían con la mirada firme, erosionando mi rostro con situaciones nuevas para mí, aunque conocidas para quienes han transitado esos mares y lo transmiten con sabiduría.

La ciudad se había vuelto un sepulcro para mis ambiciones y sentía que también para las de Meme. Me culpaba por no haber podido siquiera editar alguna de sus grabaciones antes de su muerte; tan joven, tan estúpidamente. Sin embargo, empezarán a suceder cosas que convertirían esos mares oscuros e inexpugnables en océanos azules y navegables.

Definitivamente, aquel acontecimiento terminaría sellando el pacto que se me había presentado desde el primer momento en que pisé Livingston y recién ahora veía tan explícitamente. El mismo que había sido suscripto con mi sangre la tarde en la que el semicírculo *gayuza* se había tatuado de manera lacerante en mi pierna. Aún latía, reverberando el retumbe de los garrones y la vibración de las voces que ese día habían sido la llave de entrada a la dimensión más profunda del conocimiento comunitario.

Ellos querían contar su historia. Ellos querían que el mundo los conociera. Pero no necesitaban hacerlo como autoafirmación; tampoco como reivindicación. No era una cuestión de militancia, mucho menos de «política cultural». Se trataba de una ofrenda. Ellos ofrendaban su historia para que fuera conocida y para que el mundo recibiera de una vez este aporte, pues nosotros, tan particularmente afectados por nuestras miserias humanas, poco sabíamos de la historia de un barco cargado de negros esclavizados y su encuentro con habitantes originarios americanos. La historia de un barco cargado de vidas que habían burlado el destino de opresión que los demonios blancos habían trazado en forma de cruz, marcándolo a fuego con una *flor de lis*.

La historia de un barco que, como tantos, surcó el océano y alimentó la hoguera de las vanidades occidentales, convirtiendo esos mares en *kalunga*, inevitable sepulcro.

La historia de un barco que, en lugar de amarrar en puertos de dispendio mercantil, encalló en una isla que se convertiría en el vientre garífuna, esperanzador comienzo.

La historia de un barco que, como los toques de garaon, desafiaba las dimensiones del tiempo lineal, los conceptos puristas, la racialización y el sentido más profundo de la construcción identitaria americana.

La historia de un barco que, como tantas otras historias de la esclavitud, increíblemente no se cuenta en las escuelas.

Fue a partir de entonces que disipé mis dudas y retomé el camino que había iniciado y titulado como «Notas de Campo». En un principio creí que mi función debía ser la de registrar, transcribir, analizar y comprender la música de los garífunas. Por ello, todo lo concerniente a las experiencias humanas lo apuntaba aparte. Pero sentí que podía invertir mi lógica de pensamiento y hacer exactamente lo contrario, relatando mis experiencias de campo y que a partir de estas se construyera el conocimiento.

Sin pensarlo, y en medio de una profunda crisis económica personal, luego de haber tenido que llevar adelante el cierre de las carreras oficiales de música popular dictadas por mi escuela (el Centro de Estudios Musicales de La Plata, Argentina) por la no concreción del apoyo económico prometido por las autoridades provinciales a la única institución de sus características, programé un viaje a Livingston con casi un año de anticipación, para darme tiempo de pagarlo y de escribir este libro.

«El Africano», de María Isabel Platero<sup>3</sup>

Uno, dos, cien barcos.

Más barcos, flotas de barcos negreros.

El albatros, en el mar.

Y el contrabando, a los sótanos.

<sup>3</sup> Registrado durante la entrevista realizada en la ciudad de La Plata el 15 de julio de 2010 junto a Pablo Cirio.

Los barcos...  
 ¿Avanzan o reculan?  
 Y eso... ¿A quién le importa ahora?  
 ¿Entonces cuento?  
 –Cuenta–  
 En el primer desembarco descienden los esclavos.  
 Vivos y moribundos.  
 Desnudos y descalzos.  
 Maltrechos y maltratados.  
 Huérfanos.  
 En el primer desembarco descienden los esclavos.  
 ¿Esclavos?  
 Por fuera.  
 Por dentro, más libres que la libertad y los pájaros.  
 Para ellos hoy, música y letras.  
 Letra y música.  
 Un tango.  
 Clásico, negro y anaranjado.  
 En clave de Fa.  
 Un tango.  
 «El africano»

## Copán

–¡Qué lindas las mañanas cuando son del Señor!–

Así me cantaba con terrible aliento a guaro un personaje que tuve que conocer obligadamente arriba del bus con el que me dirigía desde las ruinas de Copán hacia El Florido, la frontera entre Honduras y Guatemala.

–Vamos... si no se abrazan no entran –sentenció el chofer.

Entonces quedé abrazado a mi derecha con un hombre de unos cincuenta años, vestido como un cowboy, con jeans, botas de cuero, camisa cuadrillé negra y roja, sombrero de ala ancha, cuero blanco y ese olor que formaba parte de su vestimenta. A mi izquierda, una señora corpulenta, con un balde lleno de ajos y ataviada con un exquisito olor a trabajo rural. Claro, si no nos abrazábamos no entrábamos. Seguían subiendo hombres, mujeres, niños, cerdos, gallos. Hombres con machetes que debían

maniobrar peligrosamente entre nosotros para colocarlos en el piso hasta la próxima parada; mujeres amamantando, contorsionando sus pechos y sus bebés en complicadas posturas; un abuelo con su nieto, a quien había confiado la misión de mantener un gallo entre sus piernas; esa señora que se divertía intentando sostener el cochinito parado en sus patas traseras, llevándolo como un bebé que comienza a caminar; tres niños que se pegoteaban entre sí y a la gente a su alrededor al chorrear cremas heladas que chupaban de bolsas de plástico, empujándose y riendo a carcajadas en cada una de las curvas que presentaba el sendero montañoso por el que íbamos.

Me puse a hablar con mi nuevo e íntimo amigo, que luego de una curva volvía a fallar en su intento por empinar su petaca de *guaro*, cubierta por una bolsa de papel marrón, que oscilaba entre sus labios como el pecho en la boca del bebé que lloraba por no lograr succionar su alimento.

–*Were are you from?* –me había preguntado el cowboy.

–Soy argentino. Hablo español –repetía casi cotidianamente. Evidentemente mi color de piel y mi vestimenta hacían que me viera siempre como un «gringo».

–¿Y allá en la Argentina creen en Dios? –me preguntó casi gritando.

He horneado el oro de sus cuerpos en esa aleación;  
decidle a los evangelistas que el paraíso huele a sulfuro,  
que he sentido las cuentas del rosario en mi erupción  
sanguínea  
mientras mi pincel les daba en la espalda, la cerviz  
de un jesuita secularizado llevándole el rosario.  
Coloqué una mascarilla mortuoria azul en mi Libro de  
Horas  
para que aquellos que sueñan con un paraíso terrenal  
puedan leerlo  
en tanto que hombres. Mis frescos en arpillera a la dio-  
sa Maya.  
Los mangos enrojecen como carbones en un hoyo para  
asados,  
paciente como las palmeras del Atlas, la papaya.  
(Derek Walcott, «Nunca he pretendido que el verano  
fuese el Paraíso»)

Yo acababa de estar en las ruinas de Copán. Un sitio mágico donde podía sentirse y observarse la majestuosidad de la cultura maya. La *gran plaza* se nos presentaba allí, rodeada del verde emergente de aquel valle trabajado con tanto esmero, testigo de la sabiduría ancestral de esa cautivante cultura. Los templos, testigos de ceremonias, de encuentros, de búsquedas, de la dinastía de Yax Kuk Mo, fundadora de esa inmensa ciudad plagada de *estelas*, testigos tallados en piedra de pirámides, jeroglíficos, túneles, canales de riego. Los quetzales sobresalían majestuosamente y jugaban en las piedras con su plumaje, que se estremecía al cantar. El canto sagrado del quetzal rebotaba ante cada paso sobre las pirámides y se distribuía por todos los rincones de la ciudad como un aguacero que saciaba aquel calor insoportable.

Los aros del juego de pelota desafiaban toda vivencia deportiva. Me paré en el centro del campo y al girar mi cabeza comprendí la presencia de las pirámides, diseñadas para albergar miles de almas que se congregaban para disfrutar del espectáculo. Cerré mis ojos y me sumergí en la turba. Sentía el sudor regando las angulosas piedras sobre las que se pisoteaban para observar a los gigantes saltar heroicamente haciendo trillar las canillas de sus adversarios, elevándose hacia los inalcanzables aros por donde debían hacer pasar la esfera caliza. El clamor soplaba desde las pirámides y rebotaba en los cuatro rincones del campo, que continuaba libándose con la sangre de esos inagotables guerreros, que galopaban la planicie haciendo temblar los templos aledaños.

Mis pensamientos se interrumpían con los pasos y los gritos de los chicos del Ensamble de Percusión Acrópolis, con quienes visitaba el lugar. Mi amigo Cristóbal, el creador del grupo, se había inspirado en esas ruinas para sus creaciones, por ello insistía en tomar fotos grupales allí.

Volví a quedar solo y esta vez no sentí ni galopes, ni gritos, ni a la turba. Me detuve mirándola. Allí estaba, realizando su rutina de yoga, como absorbiendo en sus trabajados músculos la energía del *inframundo*. Olga era una de esas bailarinas que conmueven con cada movimiento. En uno de los pasajes del show personificaba al jaguar, y había decidido llevar su vestuario a las ruinas para las fotos. Me acerqué a hablarle pero sólo nos miramos. En

sus ojos percibía la sagacidad, la sabiduría, la fuerza, la agilidad, la cautela y el instinto cazador del felino que acecha a su presa.

Olga no hablaba, o, mejor dicho, era su mirada la que expresaba su necesidad de trepar a lo más alto de la pirámide de los jeroglíficos. Así, desafiando el insoportable calor, subió lentamente, trepando los escalones como si los acariciara. No paró hasta llegar a la cumbre, donde se detuvo, mirando la inmensidad de la ciudad a sus pies, contemplando estelas, pirámides y templos que parecían enaltecer a ese hermoso jaguar que podría con sólo un rugido generar un tornado y arrasar a los turistas que caminaban por allí como hormigas.

Así estuvo un rato, en el que el tiempo nuevamente parecía fluir en otras direcciones. Sus ojos parpadeaban con un ritmo ceremonial; lento y cadencioso. Los rostros tallados en piedra de las altivas *estelas*, que aún conservaban el tizne rojo original desde su confección (700 a.C.), parecían imitar el parpadeo del felino, que ahora cerraba sus ojos, dormitándose bajo el abrasivo sol del mediodía.

De repente, algo pareció sobresaltarlo. Abrió sus ojos enormes y la mirada presuntuosa en su rostro languideció, transformándose en la pálida expresión de sorpresa de una persona acauchada por el miedo.

Olga me miró y me llamó. Cuando llegué a su lado me abrazó y me pidió que la ayudara a bajar. Su piel estaba hirviendo y el sudor la bañaba entera. Al llegar al pie de la pirámide, se desplomó sobre el césped. Respiró profundo y comenzó a hablarme con un acento que aún revelaba su origen ruso-gitano:

—Vi un hombre maya subiendo la pirámide. Sólo llevaba un taparrabo; caminaba... como con paz... Miraba a su alrededor con desconfianza, con cierto temor, como si la presencia de tanta gente aquí le incomodara. Se me acercó y arrojó sobre mi rostro una bocanada de humo blanco. Se fue rápido, como si algo malo estuviera por suceder. Más abajo había alguien tocando esa flauta de caña. Se escuchaba muy claramente, un sonido dulce y constante. ¿Sentiste el olor a incienso? Fue muy fuerte.

Agitada, con ganas de contar todo lo que había sentido una y otra vez, fue serenándose hasta quedar adormecida sobre mi hombro. Las ruinas habían generado una experiencia muy fuerte

en Olga y su indómito jaguar. Una experiencia que no olvidaríamos jamás y que se vinculaba con la presencia de energías en ese maravilloso lugar.

Me había abstraído rememorando la experiencia, pero pronto tomé conciencia que quien se apoyaba ahora en mi hombro no era la bailarina, sino mi nuevo amigo, el cowboy, que me anesthesiaba con su aliento e insistía con su pregunta:

–¿Entonces? ¿No creen en Dios?

–No, sólo creemos en el jaguar –contesté estúpidamente, tratando de divertirme con esa situación de cercanía obligada.

Se sonrió, tomó otro trago que salpicó sobre su rostro luego de una frenada del bus y empezó a recitarme pasajes bíblicos, convencido de mi necesidad de escuchar la palabra del Señor. Con una maniobra que desafiaba el pequeño espacio en el bus en el que continuaba abrazado a dos personas, extraje mi grabador y registré a ese personaje que cantaba canciones de iglesia.

Las paradas se fueron sucediendo. En El Florido tomé otro bus hacia Chiquimula y allí otro hasta Ciudad de Guatemala. Fue en ese último que mi teléfono celular comenzó a recibir mensajes con una triste noticia: «Mataron a Facundo Cabral en Guatemala. ¿Dónde estás?», «¿Viste lo de Cabral? ¿Vos estás allá? Cuidate mucho», «Oye, hermano, lamento lo de Facundo. Comunícate cuando estés por aquí».

La lluvia caía a montones y despintaba las paredes. La Litegua tenía una pequeña terminal que bajó sus persianas dejándome literalmente en la calle, mientras esperaba a Ethel, que llegó rápidamente. El ritual del encuentro se repetía: la cena, los frijoles, las interminables charlas hasta la madrugada y esa capacidad de Ethel de organizar horarios, reuniones, actividades.

El lunes a la mañana me reuní con Alfonso Arrivillaga en el Centro de Estudios Folklóricos (CEFOL) de la Universidad San Carlos. Nos poníamos a hablar sobre los garífunas y se generaba un torbellino de datos, fechas, autores, nombres de músicos, vivencias, etcétera. Alfonso desplegaba todo su conocimiento y generosidad, ofreciéndome copias de registros, documentos y datos de campo de sus más de veinte años de trabajo con la comunidad. Se sorprendía con algunas de mis anécdotas y me decía:

—Tú ya estás allí, con ellos. Has llegado bien profundo. Muy bien, cuate. Eres parte.

Le mostré la nota del diario *El Día* que publicó fotos de Livingston y contó la historia garífuna. A todo color, en cinco páginas, nota de tapa. Alfonso estaba orgulloso. Hicimos unas copias.

Esa mañana ocurrió algo que me llegó mucho. Habían pasado apenas dos días del asesinato de Facundo Cabral, ocurrido camino al aeropuerto por una ráfaga de balas disparadas por sicarios mafiosos. El pueblo guatemalteco estaba consternado. La angustia cubría la ciudad con un tenue color sepia. El velo de la melancolía parecía dilatar el tiempo, que goteaba lentamente en los pasos del grupo de personas que se acercaban por los pasillos preguntando por «el argentino». Necesitaban expresar su dolor estrechando la mano de quien consideraban cercano al desgraciado cantautor fusilado.

—Te pedimos disculpas en nombre de todo el pueblo guatemalteco. Facundo era como un hermano para nosotros.

—Estamos indignados por lo que pasa en nuestro país. Ojalá esto nos sirva a todos.

—Por favor, lleva este mensaje de paz a toda tu gente allí en Argentina. No podemos creer que haya ocurrido esto. Guatemala odia la violencia, pero lamentablemente convivimos con ella a diario.

Pude percibir la más absoluta sinceridad en sus rostros, y allí tomé dimensión del enorme afecto que había sabido cosechar Facundo Cabral por esas tierras, donde irónicamente había dejado de respirar.

## Nubes

Estábamos en el mes de julio, época de lluvias. Sin embargo, el sol resplandecía sobre la ventanilla del ómnibus y auguraba buenas fotos para aquel conocido viaje ritual.

Caminé dos cuadras por las calles de Río Dulce y me subí a la lancha. El cerro Carchi volvía a contemplar mi incursión por ese mágico y serpenteante río hacia el lugar en el que desemboca en el mar Caribe.

Los verdes se sucedían, intercalándose con las nubes que dibujaban imágenes y comenzaban a cubrir el cielo, oscureciendo la superficie del río.

Allí estaban nuevamente desfilando ante mis ojos cayucos, garzas, ceibas, turistas, cañones, hoteles, lanchas, pescadores, redes.

El lanchero detuvo su marcha y me arrojó un cobertor de nylon, mientras me señalaba el frente. Era increíble ver esa nube flotando allí, en medio del río, como un inmenso pelícano al acecho de sus presas.

Me cubrí entero con el nylon, cuidando especialmente mi equipamiento. El lanchero asintió con su cabeza y giró su puño en el acelerador. El motor fuera de borda escupió una mezcla de humo blanco, gasoil y vapor, seguido por un estruendo. La parte trasera de la embarcación se hundió en el río y la quilla apuntó al pelícano como una filosa daga, cortando el agua hacia él, que nos esperaba con el pico abierto.

Las gotas de lluvia caían cada vez más fuerte, hasta convertir nuestro sendero en un túnel cristalino con aquel nebuloso pelícano hacia el final. El agua acariciaba mi rostro y me impedía ver más allá de mis manos, que sostenían firmemente el nylon, luchando contra el aliento de ese pajarraco cuyas ráfagas hacían flamear toda la embarcación.

Luego de interminables minutos de movimiento continuo, sacudidas y temblores en el interior de la nebulosa, el ave pareció escupirnos, y de repente aparecimos frente al gran cañón, bajo un inmenso sol que evaporaba el agua de nuestras cabezas.

La nube se había presentado allí rumbo a Livingston, presagiando las innumerables formas que continuaría descubriendo en la música y la cultura garífuna, desafiando mi intención de compilar ese increíble tesoro en estos párrafos de los que no me quería desprender, aunque ya era momento de ir cerrando.

Con esa intención, había hecho una agenda de entrevistas y consultas que pretendía evacuar en unos pocos días, cuatro o cinco, para luego volver a bajar hacia Honduras con la idea de recorrer otras tantas comunidades garífunas: Tela, La Ceiba, Trujillo, Sambo Creek... hasta el Cabo Gracias a Dios.

Recién llegado al pueblo, me fundí en un abrazo con Blanca. Sus ojos se abrieron de par en par, como las puertas de un

templo ante la presencia de un peregrino con buenas nuevas. Ella estaba allí con sus hijas y sus nietas, fregando la ropa que colgaría luego al sol. Shajyra estaba cortando rebanadas de mazapán que freía para acompañar el sábalo. Tomé unas fotos de esa llamativa fruta que, según me habían contado, se había ido trasplantando desde las Antillas y habían utilizado los esclavólatras para alimentar su carga durante las travesías entre África y América. Era inmensa, con una cáscara color verde, texturada como una piña. Su interior era blanco, carnoso y casi sin sabor.

Kenyscha colgaba la ropa. El sol acariciaba su hermoso rostro y ella sonreía avergonzada ante cada foto, aunque le gustara luego correr a mi lado para quitarme la cámara y verse retratada. Blanca me fue contando las tristes noticias desde mi partida. Cosme, aquel increíble cantante que erizara mi piel con su voz el día de mi caída, había fallecido en noviembre de 2010. Había estado muy enfermo y su muerte causó muchísimo dolor. El semicírculo *gayuza*, ese virtuoso e incandescente faro cultural garífuna, estaría incompleto.

—Su pérdida ha sido muy fuerte para nosotros. Nos ha costado muchísimo volver a cantar. Se siente su ausencia. Él tenía una voz increíble. Tú lo has escuchado. Imagínate. Ha sido muy duro.

Cosme «Pisi» Noralez había animado desde niño ceremonias, fiestas y encuentros de la comunidad. Como elegido de los abuelos, era en su momento el único *gayuza* hombre de Livingston; un destino inevitable para esa voz proveniente del *gran allá*, esa línea directa con el cosmos, esa vibración en el aire que abre las puertas para el encuentro con la eternidad.

Su interpretación de los cantos era única y despertaba admiración en cada ronda en la que participaba. Pero no sólo era admirado por la potencia y la energía desplegada por sus cuerdas vocales, sino por la increíble memoria que tenía.

—Yo ya vine con eso. Puedo cantar una misa desde el principio hasta el final. Así me sale.

Cosme me había narrado su historia, que, como todas las de las *gayuza*, tenía como imagen común la de una abuela que les cantaba.

Añosos  
2012

—Yo recuerdo que mi abuelita me mecía en la hamaca y me cantaba. Yo apenas saqué sexto grado de la primaria. Lo mío era cantar. Fui elegido por los abuelos. Un *buyei* me soñó y me lo dijo. Así que de ahí en más sólo me dediqué a cantar.

Así, con esa simpleza y esa determinación narraba su historia. Tenía apenas veintisiete años. Era delgado, caminaba con pasos cortos y la mirada al frente con mucha prestancia. Llevaba un pañuelo amarillo en su cabeza y sobre este un sombrero de paja. Vestía siempre esas camisas tradicionales garífunas con cuello redondo y telas cuadrillé, las mismas que se usan en las ceremonias, ya que él estaba siempre dispuesto a cantar. Su vida fue una ceremonia permanente, una dedicación absoluta para servir como custodio de las puertas ancestrales, como gestor de los abrazos cósmicos.

—Mi abuelita Agnes me enseñó muchas canciones y también muchas cosas sobre la religión, el *Dugu*, el *Chugu*. Yo hace tiempo que canto en esas ceremonias aquí en el pueblo y también me llaman de otros lugares.

Su voz había insuflado la energía de las ceremonias de la región. Era distinto hacerlo con él, ya que evidentemente los abuelos disfrutaban tanto de escucharlo que se descolgaban rápido de las nubes y corrían al abrazo de todos, entregándose a la danza mientras Pisi tejía con sus melodías el colchón sobre el cual se balanceaban, generando el oleaje *gayuza* que permitía navegar el océano de la espiritualidad.

Blanca no podía contener sus lágrimas recordándolo.

—Pobrecito... nuestro Pisi. Y también sabías lo de Meme, ¿no?

—Sí, Blanca. Me enteré de Meme casi el mismo día porque justo había hablado con El Chino.

Entonces le conté aquella coincidencia entre mi escritura y su muerte, lo que me había movilizadado tanto a escribir el libro y mi intención de homenajearlo.

—¿Usted sabe que yo fui la última que estuvo con él antes de su muerte?

Blanca miraba hacia uno de los rincones del bar, agitando su cabeza como sacudiéndose la angustia que se le pegaba como una fina telaraña en los huecos de su ser, librando una incesante batalla contra ese incontenible río de lágrimas que azotaba el portal de sus ojos.

—Allí estuvimos. Él estaba sentadito al lado mío. Siempre venía aquí a tocar. Esa noche estábamos solos. No había turistas. El pueblo estaba muy tranquilo. Y él comenzó a contarme que quería regresar a la escuela porque necesitaba conseguir un buen trabajo. Que estaba cansado de la calle, que quería tener su casa. Yo le dije muchas veces que se quede aquí conmigo, pero él quería su lugar. Y en ese momento su lugar era la calle. Pobrecito.

Había caído el sol y los grillos acompañaban su relato. Blanca estaba conectada con su historia y desoía las preguntas de sus hijas, que al verla mirando el rincón del bar donde, intuyo, aún podía ver la imagen de Meme, dieron la vuelta y no volvieron a interrumpir.

—Imagínese. Él me dijo «Kanka, tengo ganas de tocar. ¿Podemos? ¿Me acompaña?». «Sí, claro», le contesté. Esa noche no íbamos a tocar para nadie, pero yo siempre tengo ganas. Entonces él arrancó con la segunda y tocamos unas parrandas. Y cantamos.

Blanca había estirado temblorosamente su brazo para agarrar el garaon. Se detuvo. Ya no podía sostener más su angustia. Dos enormes lágrimas emergieron de sus inmensos ojos, rodaron por sus mejillas y cayeron sobre el cuero del tambor, retumbando ecos de una melancolía interminable. No pude evitar conmovirme y llorar junto con ella. Nos abrazamos y nos sumimos en esa angustia ensordecedora, como si el mismo Meme, recostado en las nubes, estuviese raspando las alas de los grillos. Pero Blanca persistía en su lucha. Volvió a sacudir su cabeza e intentaba cantarme una parranda.

—Cantamos esa parranda que dice: «Demele nouwe lauba banda nabunuwua». «Cuando yo me muera quiero que toquen tambores».

No podía más. Estaba haciendo un tremendo esfuerzo por continuar, pero yo la detuve.

—Está bien, Blanca, no se preocupe.

—No, es que quiero contarle, porque usted lo conocía y lo apreciaba. Usted tiene que saberlo. Yo creo que él ya sentía que era su hora. Cantamos esa parranda... —las lágrimas volvían a retumbar en el piso—. Y allí fue... solito... caminando hacia su destino... Al rato nomás sentí los disparos. Lo mataron aquí a dos cuadras. Y cuando lo enterramos tocamos tambores...

Agosto  
10

Fue un momento muy duro. Si bien ya había pasado un tiempo desde que había recibido la triste noticia, el relato de Blanca me había conmovido y a la vez nos había unido. Ella insistía en grabar esa parranda que tanto le costaba volver a cantar. Fue luego de muchos días que hicimos algunos registros de esa canción, una noche de aguacero, junto al Chino y Brandon.

La lluvia generaba un sonido persistente sobre las chapas y debíamos esperar a que aflojara para grabar. Sólo nos mirábamos. Blanca no había dicho nada, pero nos había dispuesto en el mismo rincón en el que solía tocar con Meme. La única lámpara que funcionaba dentro del local iluminaba sus rostros con color sepia y hacía brillar el diente de oro de Brandon, y junto con el aguacero daba a las parrandas un clima de letanía. Así fue. Blanca no paraba de cantar. Una atrás de otra, como en un desahogo espiritual que necesitaba. Cuando llegó el momento de aquella canción (que desde ese entonces es para nosotros «la de Meme»), sólo me miró y asintió.

La grabación la guardo para nosotros, como registro de ese momento de intimidad y abrazo conmovedor, sellado por el poema que Blanca me pidió recitar y transcribir.

–Este poema me lo enseñó mi ya finada abuelita, Francisca Colón Ávila. Espero que les guste –Entonces, con sus inmensos ojos cargados de emoción, miró a la cámara y exhaló estas palabras con belleza incomparable:

Pasaste una mañana por mi huerto y en él  
 brotaste flores de pureza.  
 ¿Qué hago entre las espinas de la maleza en que estaba  
 cubierto?  
 Sentado en el umbral de mi cabaña te vi pasar...  
 Oh, víctima inocente, con corona de espinas en la frente  
 y en la mano una caña...  
 «En el huerto brotaron» –me dijiste,  
 señalando la caña y los abrojos.  
 Volviendo hacia mí tus tiernos ojos  
 caminando seguiste.

## Figí (Ceiba matapalo)

Bajé por la calle principal hasta la escuela de señoritas. Caminé lentamente por esa esquina, intentando quitar de mi vista a los comerciantes que durante el día la poblaban. El Chino me había indicado el lugar donde Meme había yacido boca abajo aquella maldita noche.

Doblé hacia la izquierda y me dirigí hacia el cementerio, que en Livingston forma parte del paisaje cotidiano. No está enclavado entre paredones como los de las grandes ciudades, sino que el acceso es directo desde la calle. No es algo que se oculte ni se aleje. Por el contrario, está allí presente, de una manera natural, como parte del ciclo vital, como un paraje necesario, como una estación más del viaje. Desde lejos pueden observarse los llamativos colores de las lápidas, monumentos, cruces, coronas de flores, árboles y plantas.

Pasé por el arco principal, aunque podía accederse desde cualquier lugar del perímetro, pues no poseía ningún tipo de barrera, alambrado ni pared. Transité esos pequeños caminos entre las tumbas, que se amontonaban unas a otras incluso interrumpiendo el paso de los senderos. No era un lugar lúgubre ni oscuro. Las coronas de flores blancas, rojas, celestes y violetas adornaban las cruces de las cuales pendían. Muchas lápidas tenían fotos de los difuntos, que parecían dialogar unos con otros.

Llegué al centro del cementerio y quedé maravillado con el enorme árbol cuyas raíces externas parecían columnas talladas en mármol. Parecía conectar con ellas todos los sepulcros con el *gran allá*. Parecía el puerto a través del cual pasaban los hombres a ser *aharis*, el muelle desde el cual arribaban y partían los abuelos hacia el cosmos. Parecía ser la desembocadura de todos los ríos de todas las lunas de todos los brillos de todos los ojos de todos los *garinagu* del pueblo. Parecía resumir en su sabia todo el *ubafu* de todas las manos de todos los brazos de todos los tamboreros de todos los templos del pueblo. Parecía entrelazar en sus ramas todas las palabras de todas las canciones de todas las voces de todas las *gayusa* del pueblo.

—*Figí* es su nombre en garífuna. Es una ceiba matapalo —me había explicado Juan Carlos, quien durante las extensas charlas

que yo disfrutaba siempre acudía a relacionar la vida espiritual con la naturaleza.

—Nuestro culto a los ancestros representa nuestra fe en la vida después de la vida. Creemos en un cambio corporal físico que nos permite revivir, volviendo a retoñar. Un cambio que da fruto. Igual que cuando nace un niño nos preguntaríamos «¿En dónde estuvo los nueve meses antes de nacer?». Luego sale, se le recibe con un par de nalgadas y así pasa al otro lado de la vida. Es lo mismo al morir, alguien nos recibe del otro lado: parientes y amigos.

Esto nos llena de esperanza y es una herencia africana y amerindia que proviene de la naturaleza. Es un conocimiento que se ramifica y se preserva de generación en generación como las raíces de los árboles, gracias a las enseñanzas que nos dejaron nuestros abuelos y abuelas.

Juan Carlos explicaba así la espiritualidad garífuna que practicaba e intentaba preservar. La presencia de ese inmenso árbol en el centro del cementerio me había hecho recordar y comprender aún más sus conceptos, tan claros, tan aplicables.

Caminé y pasé por la humilde tumba de Meme. Una cruz de palo y un cartel con su nombre indicaban su sitio de descanso. Me detuve un tiempo a pensar en él. Recordé su sonrisa, su energía al tocar el tambor y aquella tarde en el río Vuelve Mujer. Me lamenté por tener que incluir estos párrafos en mi libro y a la vez agradecí por haberme guiado en este camino.

Pronto iba a tener una experiencia esclarecedora de lo que hasta ese momento se me presentaba como retazos de la vida espiritual garífuna, de la relación entre los vivos y los muertos, del culto a los ancestros. Si bien era un tema que me interesaba particularmente, sabía que eran aspectos que llevarían mucho tiempo conocer, ya que esos conocimientos se encriptaban como una forma de preservar sus prácticas, tal como ocurría con la mayoría de las prácticas religiosas de los afrodescendientes en América, que perturbaban el orden y la razón de los cultos católicos.

Salí del cementerio y me dirigí hacia el barrio París, a reencontrarme con mis amigos de la Casa de la Cultura. El Chino estaba trabajando enfrente, en un taller de soldaduras. Dos cuadras antes de llegar comencé a escuchar los tambores ha-

ciendo un hüngühüngü. La ansiedad me venció y salí corriendo hacia ellos. Subí las escaleras y allí los vi, en la terraza. Sandu batiendo el garaon segunda y Steven, el hijo de Xiomara, repiqueteando con la primera. Un grupo de unas veinte mujeres estaba realizando una coreografía.

Corrí a abrazarme con ellas: Blanca, Elvira y Xiomara. Me contaron que los demás estaban en una ceremonia en Belice.

—¡Augusto! ¿Cómo ha estado? ¡Tanto tiempo! Hace unos días nos habíamos preguntado por usted... y aquí está, ¡por la gracia de Dios! —me decía Xiomara.

—¡Qué bueno! ¡Qué alegría verlas! ¡Hasta se acuerdan de mi nombre! —exclamé con entusiasmo ante esa demostración de cariño, antes esas miradas de reencuentro.

—Nosotros nunca lo olvidaríamos. Siempre nos acordamos de usted. Lo que sucedió es que ahora usted se acordó de nosotros y vino a visitarnos —sentenció Elvira, con esa lógica a prueba de todo.

Fueron días de alegría y aprendizaje. Esas mujeres maravillosas colaboraron con todo lo que les pedí. Grabamos más canciones y transcribimos sus letras al garífuna y al español, en un ejercicio que llevó mucho tiempo y esfuerzo.

Si bien ya habíamos estado trabajando en ese sentido anteriormente, fue en esta ocasión que me di cuenta del complicado proceso de transcripción que estábamos desarrollando. El idioma garífuna era una lengua de tradición oral, las *gayuza* no estaban acostumbradas a pensar en la escritura de esas canciones que paladeaban todo el tiempo. Tampoco les solían poner título. De hecho, generalmente cantaban una detrás de otra, sin detenerse, sin pensar en inicios o finales. Las canciones estaban allí, flotando sobre los garaones y fluyendo desde sus bocas, pero ellas no las terminaban ni contaban vueltas. Simplemente cantaban, una y otra vez, hasta que cambiaban un coro y otro y otro.

Cuando pude entender esto, reduje mis pretensiones de registro y a cada rato les decía:

—Está bien. La dejamos para otra oportunidad. Descansemos.

—No, no. Espere, Augusto. Vamos a terminar todo lo que podemos. ¿Qué canción le falta? Este trabajo hace falta hacerlo, para que no se pierdan nuestras canciones.

Y así estábamos horas grabando, escuchando, transcribiendo.

Había momentos en los que apelaba a las jóvenes que bailaban allí. Momentos en los que quizás me habían quedado dudas con respecto a algunas pocas palabras de alguna canción, y se me ocurría recurrir a ellas para no estar molestando tanto a las *gayuza*. Era allí donde comprobaba la importancia del registro que estábamos realizando, pues la mayoría de las jóvenes desconocía las canciones.

–Cuando usted tenga terminado nuestro libro, vamos a poder tenerlo para enseñarles las canciones a nuestros jóvenes –me decía Xiomara, entusiasmada con el trabajo.

Así fue que mi compromiso se fue haciendo cada vez mayor. Ya no era un objetivo personal, había muchas expectativas de la comunidad depositadas en mi mochila. Todos los días había algo por descubrir. Labuga resumía cultura en cada rincón. Por ello, entusiasmado con el avance de los registros y la calidez de la gente, decidí suspender mis planes de viaje por las costas hondureñas y focalizar mis energías en Livingston.

El resultado de aquella elección fue altamente gratificante y llegó enseguida. Más allá de sentirme absolutamente querido por esas mujeres que el último día me confesarían que no habían querido darme toda la información de una vez para que yo me quedara un tiempo más, recuerdo ese día en el que estábamos grabando unas canciones y Doña Elvira me miró y me dijo:

–Bueno, aprovechemos este momento porque yo por unos días no estaré, tengo que ir a una ceremonia.

Esas palabras repercutieron en mi ser y me la quedé mirando, implorando, suplicando. Ella me miró y me sonrió. Ambos sabíamos que era lo que yo quería. Entonces me llamó aparte y me dijo:

–Déjeme hablar con los familiares para ver si puede usted participar.

–Va a ver que no habrá problema. Podrá ir usted con sus ofrendas y pedir sus deseos. Ya verá qué bien se la va a pasar –me decía Blanca.

No podía ocultar mi entusiasmo. Estaba a punto de participar de una ceremonia *Chugu*, del culto a los ancestros. Pero no hizo falta esperar las gestiones de Elvira, ya que había una invitación especial que pronto me llegaría.

## Ounagülei (mensajero)

Sentía la paz y la plenitud proyectada por su voz. Su mirada era firme y cálida, con el brillo garífuna y la carga de *ubafu* suficiente como para encender la pasión por el garaon en las frescas noches de invierno. Me habían hablado de él y al hacerlo abrían los ojos con un gesto de admiración y respeto.

—Él es el único que te puede cantar parrandas con guitarra — me decía El Chino.

—Es un gran músico y una gran persona, te va ayudar con tu trabajo —me dijo Pieter, el viejo holandés que había cambiado quesos y molinos por plátanos y playas.

Lo cierto es que me había demorado, ocupado con las *gayuza*, y su nombre agendado en mi libreta se iba trasladando de un día a otro.

Pero ese mediodía, mientras realizaba copias de mis registros, me sentí avergonzado al verlo llegar, pues fue finalmente él quien me vino a buscar. Su metro noventa rebotaba a través de sus pies, que chapoteaban en los espejos de brillos que se trillaban, iluminados por su sonrisa.

—¡Hi! Mucho gusto. Juan Carlos —me dijo estrechando mi mano, gesto que siguió con un abrazo.

—¿Juan Carlos Sánchez? ¡Qué honor! Hace tiempo que pensaba ir a buscarte.

—Bueno, you know... acá estamos. Me han dicho que estás haciendo un buen trabajo con nuestra gente. Traje mi guitarra para mostrarte algunas parrandas.

Juan Carlos desenfundó su guitarra. Un rayo de luz solar penetraba la enredadera y encandilaba sus ojos. Miró hacia arriba y sonrió, como agradeciendo esa luminosidad, que se proyectaba ahora en el brillos de sus ojos que buscaban en el aire la increíble sintonía de las parrandas. Esas que sólo los que habían escuchado con atención a los abuelos podían tocar. Esas que hacían vibrar las cuerdas de la guitarra con una marea de lamentos, risas, penas, anuncios. Esas que hacían detener el tiempo y trasladarnos hacia cada rincón de la comunidad, en donde el parrandero visitaba las casillas para anunciar un bautismo, para festejar un casamiento o para acompañar un dolor.

—Este es uno de los toques de la parranda. Se toca con una maraca, guitarra y una botella para marcar, como una clave. De casa en casa, en diciembre y principios de año, vamos llevando alegría a las casas. Dependiendo de la situación, el parrandero va a cantar la canción como esa que dice: «Muy buenas noches amigos míos, qué bueno que estamos llegando». Y este parrandero pregunta: «¿Cómo están?». Las personas responden: «Hay enfermedad, hay desdicha ahora». Responde el parrandero y dice: «He escuchado que esta niña ha abortado». Las letras de la parranda llevan un mensaje de acuerdo a lo que está aconteciendo y llevan también mucha alegría.

Juan Carlos comenzaba así a cautivarme con su conocimiento absoluto de la música y la cultura de su pueblo. Cada conversación con él era una clase magistral, única, reveladora. Muchas de las dudas que iban surgiendo durante mis experiencias se disipaban con sólo escuchar lo que Juan Carlos tenía para decir. Incluso sentía que él percibía mis dudas y en más de una oportunidad, en situaciones absolutamente mágicas, contestaba preguntas que yo no le había hecho.

Cuando lo conocí, insistía en decirme: «Yo no soy músico». Algo que me resultaba muy gracioso al haber quedado absolutamente perplejo ante su despliegue de parrandas. Fue mucho después de conocerlo que entendí a lo que se refería.

Tenía muchas canciones, algunas heredadas de los abuelos y otras creadas por él. Había una que particularmente me fascinaba, en la que hablaba de un nieto que no quería tocar el tambor y su abuelo se preguntaba: «¿Qué pasa con este nieto?». Juan Carlos demostraba así un compromiso con la comunidad y con las tradiciones que superaba toda expectativa.

«Libari baba»  
*Casa megeibei bu libari baba*  
*Doumbei me tía lira farara won*  
*Lu wabinaha ya*  
*Lu wafeduha ya*  
*ibuganali louba indura*  
*Eibuganali louba balice*  
*Ca nadairubei Garinago*  
*Narihifei ni, Garinago*



*Doumbei bigarawon, dombou maraga nu*  
*Anate tía hará wawa, lu wabinaha ya*  
*Anate gusa hara wawa, lu hafeduha ya*  
 (¿Qué te pasa a ti, nieto?  
 Toca el tambor para nosotros  
 Para que bailemos  
 Para festejar aquí  
 He caminado las costas hondureñas  
 He caminado las costas de Belice  
 A quién encontré allí, a los garífunas  
 Visto allí, a garífunas  
 Toca tu tambor, toca las maracas  
 Allí vienen ellos, para bailar aquí  
 Allí vienen ellos, para festejar aquí)

Su conocimiento experto sobre el pueblo se transformó pronto en una fuente obligada para mis indagaciones. Él siempre me contestaba con una sonrisa, apaciguando mi ansiedad, y nuestros encuentros resultaron cada vez más seguidos. De esta manera, fue revelándome los orígenes de los ritmos garífunas, como cuando le pregunté por el punta:

–Según cuentan los abuelos, en los inicios, en la isla de San Vicente, en nuestra Yorumein, había dos sectores, clase alta y clase baja. La clase alta oprimía a la clase baja, y en uno de los tantos enfrentamientos entre ellos logran aniquilar al líder de la clase alta. Cuando este señor estaba en su ataúd, el otro sector festejó porque este había muerto. Fiesta, con cantos, porque se habían liberado de aquel yugo, ¿entiendes? Fiesta. Entonces los hombres palmeaban –bate sus palmas– y las mujeres –bate otro ritmo–. Hazlo –entonces los dos estuvimos palmeando aquel ritmo ancestral, reviviendo la historia con la que Juan Carlos demostraba nuevamente su sabiduría–.

Ahí nace el punta, en Yorumein. Cuando los abuelos llegaron a Honduras, siguieron tocándola. También se hacía en los velorios y esa tradición continúa hasta nuestros días. El cambio que hubo es que ya no se toca por felicidad porque alguien murió, sino para acompañar a este espíritu y aceptar su ida al otro mundo. Entonces, a los nueve días hay punta para que ese espíritu entre al otro mundo. Esto es influencia católica. Los católicos

trataban de entrar en la comunidad para vencerlos, ya que los garífunas eran muy buenos guerreros...

En los años sesenta, según cuenta un abuelo, en Honduras apareció un señor en un velorio y dijo «Yo creo que va a ser bueno tocar unos tambores». Entonces se puso a tocar el punta con unas congas. Cuenta el abuelo que hubo mucho problema ese día; por el ruido, por el licor, por la gente que no podía dormir y todo eso. Hubo mucho pleito en ese velorio. Bueno, de ahí se vino el tambor. Muchas personas que ahora son muy mayores en Honduras cuentan que lograron ver tocar el punta con tinas viejas o cajas para hacer el sonido en lugar de las palmas. Aquí en Livingston yo llegué a escuchar el punta tocado con palmas y con tambores. Esa es la historia del punta, que es el nombre español del ritmo que nuestros abuelos llamaban *Landan* o *Bangidi*.

Pero la otra versión que a alguien se le ocurrió decir respecto al punta y que no tiene mayor fundamento para mí como garífuna es que «alguien dijo que iba a hacer un viaje buscando velorios de punta a punta» y que por eso se llama así el ritmo. Eso no tiene ningún sentido. Pero hay otra versión que habla sobre el punta como una descripción del baile, que se hace con la punta de los pies. Se baila con la palma del pie abajo, pegadito a la tierra y los dedos como platicando, como queriendo agarrar algo. Ese es el punta, un ritmo que se ha querido comercializar, como algo que se baila con movimientos obscenos. Pero el punta es algo espiritual. No es un juguete.

Hasta donde yo sé, todas estas danzas son acompañadas de rituales. No se hacen delante de la gente, sino allá atrás. Se prepara un ritual para luego ir a eso. No es sólo ir a bailar y ya. Es algo sagrado, muy importante. Por ejemplo el *pia manadi*, si tu vez esa danza te puedes echar a reír porque ves cosas chistosas, pero porque es para curar, para canalizar las emociones.

Todas nuestras danzas traen algo para curar. Para curar a la comunidad. Eso es hasta donde yo sé. No es simplemente decir «bailemos chumba o parranda». ¡Parranda! ¡Mira la parranda! «Quiero hablar contigo, tú no me escuchas... Agarro mi guitarra y canto para que tú escuches lo que tengo para decir». ¡Eso es comunicación!

Tavoio  
6



Fíjate el wanaragua, un ritmo que representa el espíritu guerrero de nuestros abuelos allá en Yorumein, cuando, cansados de que los soldados ingleses violen a sus mujeres, ellos se disfrazaban con pelucas, vestidos y máscaras y bailaban como si fueran mujeres, entonces atraían a los soldados. Pero cuando ellos se acercaban se llevaban una sorpresa, ya que los hombres garífunas utilizaba esa danza para engañarlos y matarlos.

Aún debo hacer otros recorridos para hablarte del chumba (una danza que originalmente realizaban las mujeres de nuestro pueblo) y otros ritmos. Tal vez en el futuro el pueblo vuelva a ser uno y entender los códigos entre todos. Ahorita no estamos listos, pero sí se está trabajando.

Luego de aquel primer encuentro hacia el final del segundo viaje, tenía una cantidad de preguntas para hacerle. El reencuentro fue maravilloso y lo que iría a decirme resultaría absolutamente trascendental para mi trabajo y mi conocimiento sobre la cultura garífuna.

Había escuchado sus canciones y las entrevistas una y otra vez. Y estaba muy intrigado respecto de su sabiduría. ¿Qué recorridos habría realizado para conocer tan profundamente a su comunidad?

Al escucharlo cantar me remitía inmediatamente al continente africano, a la tradición griot del África Central, a esos juglares que mantenían viva la historia de la comunidad y que Juan Carlos desconocía mientras sonreía intrigado por esa palabra que yo le pronunciaba a cada rato.

«Cuando un griot canta, hasta el sol se detiene para escucharlo»

Él tomaba su guitarra y al rasgar las cuerdas hacía vibrar la sabia misma del árbol de la comunidad. El sentido de pertenencia resplandecía con orgullo en los ojos de quienes lo escuchaban y se sumaban en los coros, pues esas parrandas eran de todos, esas parrandas eran todos, esas parrandas anunciaban que en Labuga estaba viva la tradición gracias a este guardián de los ancestros, que había renunciado a sus pretensiones individuales para dedicarse a la espiritualidad:

—Yo estoy desde 1989 trabajando en esto. Ya de niño quizás no tenía mi dirección, pero sí tenía mi carácter, mi poder. A mí se me eligió. Yo no entendía nada y mi abuelo me dijo que era yo el elegido. Al principio yo iba a las ceremonias

pero sólo para cumplir. Intenté mil veces irme de esto, estuve en otros países, haciendo otras cosas, hasta que lo acepté. Y aquí estoy.

Juan Carlos fue contándome su historia pausadamente, esperando el momento adecuado. Entendí que no hacía falta preguntar. Sus palabras fluían claras y se unían unas a otras con la misma naturalidad con la que las hormigas trazan caminos entre los almendros de la costa. Así me fue contando su infancia en la Aldea Lawaira, un caserío a orillas del Caribe, al norte de Labuga, pasando los Siete Altares.

—Recuerdo los viajes en *gürriara* desde la aldea hasta el pueblo, llevando naranjas, caña, yuca, plátano y otras cosas. La facilidad de vida la veía reflejada en el mar, cuando cantidades de jureles se acercaban a la orilla y mi abuelo los pescaba sólo con un golpe de machete. Eran momentos de plenitud. Recuerdo el olor de las piedras al amanecer con los rayos de sol tierno y los *diyu*, unos pajaritos que ponían un sabor más lindo al día con su paso danzante junto a las olas del mar.

Feliciano Sánchez (Anihu), mi bisabuelo, hace nacer en mi abuelo Antonio Sánchez el seguimiento de esta misión, a través de algunos cantos como *Anihu ragübou barawa*, *nadunra aharagie* y *urirügali dan*. Mis abuelos fueron miembros del círculo espiritual garífuna. Coordinaban las actividades sociales, políticas y religiosas del pueblo. Yo había sido elegido para continuar esa misión y de niño recibía señales. La noche en Lawaira era larga y sobre mi cama posaba un angelito. Yo corría con mi abuela y ella me preguntaba «¿Qué es lo que tienes?». «Hay un santo mirándome», le decía yo.

A los siete años, cuando nos vinimos a vivir al pueblo, en el barrio San José, ese misterioso santo desapareció, ya que no se hablaba de espíritus en la casa de mi otra abuela, madre de mi madre. Fue de grande que los espíritus se acercaron nuevamente y me eligen como *ounagülei*, mensajero de los abuelos.

La sabiduría de Juan Carlos cobraba ahora más sentido, el *ounagülei* es un cargo muy importante en la comunidad, es un asistente espiritual, un mensajero de los ancestros y su rol es vital para garantizar el éxito de las ceremonias. Algo que increíblemente estaba a un paso de constatar.

—Oye, Augusto, este viernes estaremos haciendo una ceremonia, un *Chugu*. Como te he dicho, son ceremonias que nos permiten unirnos y armonizar nuestro espíritu con la naturaleza y los ancestros. En el caso del *Chugu*, la ofrece una familia para obtener indicaciones sobre la necesidad de sus antepasados. A diferencia del *Dügü*, que dura de una a dos semanas, el *Chugu* puede durar entre dos horas y hasta dos días. Si quieres puedes venir y participar. Seguramente podrás disfrutarlo y será bueno para tu trabajo.

No podía creerlo. Finalmente la posibilidad de presenciar los cultos religiosos garifunas se me había presentado sin siquiera pensarlo. Si en algún momento había yo pensado en esa posibilidad, había sido como buen «pescador de ilusiones»: soñando. Pero nunca me imaginé que ese momento llegaría tan pronto.

## Abelajüdahani

El mar respiraba la calma crepuscular y refulgía purpúreos brillos que reflejaban la esperanza de todas esas personas en las húmedas arenas de la playa. El *ounagülei* agitaba el cuenco que pendía de las cadenas, reavivando las brasas que incandesían el *copal*, soplando el humo blanco que inundaba el aire de sagrado incienso, mezclándose con los colores de los vestidos de las *gayuza*, que agitaban la atmósfera con sus voces. Brazos abiertos de par en par invitaban al bote a amarrar en esas costas.

Yorumein era el nombre de la isla donde el barco había encaillado en 1635 y ahora se recreaba como inicio de la ceremonia *Chugu*. Un grupo de elegidos llega remando un bote y agitando cuatro banderas, rememorando la llegada de los ancestros a tierras centroamericanas. Son recibidos y acompañados al templo, donde se produce la llegada oficial.

Era el templo que estaba en el barrio de la pista de aterrizaje, en la casa de la familia Castillo. Allí están esos tres inmensos tambores con los que se acompañaban los cantos *gayuza* y comenzaban los preparativos para la ceremonia que se estaba iniciando, con la llegada de los ancestros y la bendición del *dabuyaba*.

Así comienzan a prepararse las ofrendas. Se escucha el chirrido de un cerdo fuera del templo que luego es preparado y servido por el *Afarahati gunguti hama gayu* en una bandeja de hojas de plátano en el salón principal. Junto con gallos, frutas y verduras, serán cocinados por los *abougutiñu* (cocineros/as) y servidos como comidas especiales para los abuelos y los invitados.

Los tambores empiezan a retumbar unas parrandas luego del descanso de medianoche. La noche es larga y hay que animar a todos los presentes. El poder de Dios y los ancestros se invoca a través de esas maravillosas voces; navegan los océanos espirituales embarcados sobre inmensos garaones de caoba por los que han retumbado célebres tamboreros. Las danzas fluyen circulares alrededor del templo, en cuyos rincones están las cuatro banderas del Yorumein y donde se encuentran bien delimitados los espacios: un amplio salón donde transcurren los cantos y la ceremonia principal, una habitación donde se depositan las ofrendas y otra donde se encuentra el altar principal, con la imagen de Don Marcos Sánchez Díaz, fundador de Livingston en 1802, la de Jesucristo y otras de abuelos a los que se invocará. Junto al salón principal, otro salón amplio donde cuelgan hamacas sirve para el descanso de los invitados. Un privilegio del que no pueden gozar los servidores tamboreros, *gayuza* y otros, a quienes no se les permite dormir durante la ceremonia.

Luego de las parrandas, los garaones comienzan a retumbar el *ugulendu*, ese ritmo lento, ese latido hipnóticamente pacificador sostenido por los tres *doümbüriya* y los dos *tebu sisira* que hace temblar el piso de tierra del *dabuyaba* y que genera una corriente que fluye por todo el templo hacia el cosmos, transmitiendo la sabiduría, el *idenderu*, una palabra derivada de *idehani*, «ayuda», «solidaridad», la necesidad de cohesionar todas las voluntades para entender el pacto propuesto por los abuelos.

## Mali

No era el clima. Estábamos en julio y hacía calor. El leve temblor que sentía era por la ansiedad. Ya había comprado dos bote-

llas de Aguardiente Venado, una botella de Fanta Naranja y cinco velas, dos rojas, dos amarilla y una blanca. Pensé en el rojo y amarillo por San Baltazar y se me ocurrió que era un digno reconocimiento para mis amigos afroargentinos. La vela blanca la elegí pensando en tantos deseos, tan inalcanzables, tan lejanos, tan ambiciosos, que en ese momento no podía asignarles un color.

«Ve caminando», me había dicho Juan Carlos. Yo obedecía y repasaba las escasas recomendaciones que me había dado la noche anterior. Pero el templo quedaba lejos y no quería perderme detalle, entonces iba agitado, casi corriendo.

Creo que algunos personajes con los que habitualmente me detenía a hablar durante mi estadía intentaron hablarme. Pero no, no era el momento.

Ya había pasado la cuesta del barrio Nevago, junto al cementerio, cuando el destino nuevamente me presentó a una persona que me ayudaría en mi torpeza.

–¡Augusto! ¿Vas al templo? –me preguntó Luciana arrugando su rostro y mirándome de arriba hacia abajo en dos oportunidades.

–Sí, sí, claro... ¿Vos no? –le pregunté sin detenerme.

–Sí. Vengo de allá, ahora vuelvo.

–¡Genial! ¡Nos vemos allá entonces! –contesté con entusiasmo y seguí mi camino.

–Espera, Augusto, ¡oye! –me gritaba Luciana a mis espaldas.

–Ve a cambiarte la playera. No puedes llevar nada de color negro. ¡No te van a dejar entrar!

Volví corriendo y cambié mi remera. Yo había elegido una negra para no llamar la atención, pero sin saberlo casi frustraba mi participación. Luego del cambio y las corridas, llegué.

El aroma a incienso y aguardiente se mezclaba con los rezos e invocaciones que las personas repetían, tomadas de la mano y con los ojos cerrados. Me detuve en la puerta del salón principal y Xiomara me hizo una seña para que pasase. Me senté al lado de su vestido blanco y azul, que resaltaba aún más su sonrisa tropical. Un silencio siguió a los rezos, mientras algunas personas entraban al altar. Me puse a conversar tímidamente con Elvira y Xiomara. Juan Carlos salió del *guli*, una pequeña habitación junto al salón donde se encontraba la imagen de Don Marcos Sánchez Díaz, y al verme me pidió que lo

esperase. Luego se acercó, apretó mi mano con seriedad y me invitó a pasar a la habitación.

—Augusto, bienvenido. Te presento a nuestro *buyei*. Nuestro sacerdote mayor.

Don Esteban Palacios era su nombre. Estaba vestido con una camisa y pantalón blancos, como su pelo, que parecía concentrar en los rizos siglos de sabiduría ancestral. Miró firmemente a mis ojos mientras con sus manos apretaba la mía, y me indicó que podía dejar allí mis ofrendas. Le entregué mi botella de aguardiente, que él destapó para colocar en el pico un trozo de algodón. Luego la depositó en una hilera junto con tantas otras iguales mientras movía sus labios, como pronunciando palabras. Lo mismo hizo con la botella de Fanta. Volvió a mirarme con familiaridad, como si hubiésemos compartido un patio de juegos en nuestra infancia, o un viaje, o un escenario, o una comida, o un barrio. Entonces sonrió y me dijo:

—Puedes pedir tus deseos. Puedes pensar en gente que quieras, que sientas cercana o que necesites que estén bien.

Quedé allí, arrodillado por un rato. Imágenes de gente querida atravesaban mis pensamientos. No sólo de familia, amigos, amor; también aparecían todos los momentos de energía grupal, de gente con ganas de cambiar, de docentes y alumnos con brillo en los ojos que quizás estén ahora leyendo esto con la misma emoción con la que escribo. Pensé en ellos, pensé en nosotros, pensé en todos. Observaba todas esas botellas de aguardiente dispuestas en fila, una detrás de la otra, como una extensa cadena de oraciones, deseos, esperanzas, clamores, pedidos. Más atrás, velas de todo tipo y color ardían oscilantes, haciendo mutar las sombras proyectadas en una danza cadenciosa que parecía responder al *ounulengu* que habían empezado a retumbar los *garaones* nuevamente. Un ritmo casi idéntico al *hüngühüngü*, pero con una sutil diferencia en el golpe agudo, que se adelantaba apenas para generar un quiebre en la respiración, algo indudablemente más natural.

Agradecí al *buyei* la oportunidad que me daban de participar de la ceremonia y volví al salón principal. El latido de los tres *garaones* hacía fluir a la gente dentro del templo. Los trajes típicos mezclaban sus colores en un increíble río tornaso-

lado. Verdes, amarillos, violetas, rojos, azules... todos se acercaban y se saludaban. Las *gayusa* se fueron incorporando y Doña Elvira inició los cantos, haciendo vibrar el aire, generando una brisa que hizo que todos se acercaran. Comenzaba la danza. Un gran círculo y un balanceo como un inmenso oleaje marítimo al amanecer, sereno, espaciado, vital. Algo comenzaba a ocurrir. Algo que expresaría el pacto con los ancestros. Algo que conmovía al verlo, al sentirlo y al redescubrirlo. Algo que hasta ese entonces yo conocía como un gesto de demostración de afecto y que ahora, en ese contexto, se convertía en la expresión más genuina de unión espiritual entre los hombres: el abrazo.

Muchas horas habían pasado ya desde la ofrenda de los gallos. A los costados habían quedado algunos vivos, descartados por portar algún defecto en sus cuellos que quizás no agradaría a los ancestros, me indicó una señora de lentes y voz dulce que se acercó al verme buscando respuestas en el aire.

El ambiente se iba cargando aún más de olores. Al incesante humo proveniente de las brasas de *copal* y *murisi* (hojas de palma), no sólo se sumaba el rocío de aguardiente propinado por el *buyei* a su paso, sino los aromas propulsados desde los inmensos calderos de la cocina, donde se preparaba el banquete especial para ofrendar a los abuelos.

Allí se cocían los gallos en leche de coco y yuca. Allí se revolvía el *sajl*, una crema de maíz y mandioca, dulce. Allí se fritaban los *haba* (sábalos) y se cocía el *rice'n beans*. Allí se doraban las rosadas carnes del cerdo. Eso se preparaba y los aromas se dispersaban por todos los rincones del templo, mezclándose con el sahumerio y el aguardiente, una combinación que, junto con el tiempo que transcurría, iba abriendo el apetito de todos.

—¿Quieres un fresco? —me dijo otra muchacha dulcemente.

—No, gracias, estoy bien.

—Ya pronto podremos comer algo. Primero se sirve la mesa para los ancestros y hay que aguardar a que a ellos les agrade lo que se les ofrece y coman. Luego podremos comer nosotros. Hay mucho para comer, ya verás.

La verdad es que mi estómago estaba ávido de comer cualquier cosa. Los exquisitos olores habían despertado la necesidad de probar esas comidas tan diferentes a las que conocía.

De a poco, el *ounagülei* fue dando otras indicaciones y las mujeres sirvieron una gran mesa. Ingresaron al templo los *abougutiñu* con inmensas ollas, calderos y recipientes. Comenzaron a servir platos que primero llevaban hacia el lugar más sagrado. El interior de la habitación donde estaba el altar. En la cabecera de cada mesa servida se había encendido una candela blanca.

Los *doümburiya* comienzan a hacer latir los garaones nuevamente y las *gayuza* se incorporan, como jaladas desde el cielo, como si sus voces fueran sogas ligadas con la morada de los ancestros, como si estos las tuvieran amarradas a sus manos para hacerse presentes cada vez que los deseasen. Las *gayuza* anunciaban así la comida servida para los abuelos.

Al rato, nuevamente esos gestos alegres, exultantes, felices. Los abuelos habían aceptado las ofrendas. Entonces, de a poco la gente se fue acercando a los *abougutiñu* con platos y vasos, pidiendo ser servidos.

Pronto, muchas personas se acercaron con esas delicias. No paraban de ofrecerme platos.

El sabor de la carne de gallo cocinada por horas en coco y mandioca es algo difícilmente descriptible. Se deshacía en mi paladar, expectante de nuevas sensaciones, y transmitía un sabor entre picante y ligeramente dulce. Una textura suave, uniforme, sin entramados. Un bocado que hacía cerrar los ojos y eternizar el gusto.

El *rice'n beans*, con esa combinación de arroz, frijoles y pollo, unida con la suave y dulce textura del aceite de coco, contrastaba en mi boca con las frescas y exudantes hojas de repollo morado. No me resistí a probar otra tajada más de *haba*, que un niño me acercó sonriente, envuelta en papel madera. Sabores, olores, colores.

El aguardiente circulaba generosamente, fogueando mi garguero y mis lagrimales. Tuve que sacudir mi cabeza para desprezear ese estado de flotabilidad.

## Abeimahani

Las *gayuza* comenzaron a cantar nuevamente, mientras la gente se desperezaba y se iba acercando. Nuevamente, algo estaba por ocurrir en el templo.

Lentamente, comenzó a formarse una enorme ronda de mujeres que se acoplaban al canto de las *gayuza* tomándose de la mano. El círculo se iba ampliando lentamente, con la llegada de mujeres y mujeres. Se miraban, se reconocían y miraban más allá, buscando otras miradas, invitando y esperando a que todas se sumasen. Entonces, comenzaron a balancear sus brazos haciendo figuras circulares en el aire, como retumbando silenciosos tambores, como dibujando el tiempo sobre el cual se mecían las hermosas melodías que cantaban.

Ahora el abrazo parecía agigantarse, potenciado por el destello de las bocas al abrirse y modular convincentemente las canciones. Toda esa ronda era un gran abrazo. Las manos estrechadas, los ojos conectados, como si la energía de *Mama África* se estuviera fusionando y jugando desde el *gran allá* con ese hermoso y colorido trompo de mujeres cantando.

A medida que los brazos continuaban unidos, corcoveando armoniosamente como una viborilla agitando un espejo de agua, olas de vibraciones parecían inundar el aire generando un maremoto energético que funcionaba como dínamo de las sonrisas, de las miradas que aparecían a cada momento más entusiastas.

Las *gayuza* continuaban liderando las voces y no dudaban un instante respecto de las canciones, que se sucedían unas a otras navegando a toda vela sobre el océano dibujado por los brazos que se habían unido conformando uno solo. Esa ronda, ese océano, ese brazo invitaba a la unión. Era una inmensa mano abierta al encuentro y resultaba imposible no verse tentado a sumarse. Por ello, eran muchos los hombres que lo hacían, agrandando el círculo humano, que ya ocupaba todo el espacio. Las canciones, los movimientos y los pasos estaban absolutamente coordinados y propulsados por las *gayuza*, que eran como las usinas energéticas del abrazo. Doña Elvira, que con su sola presencia se ubicaba al mando de ese barco cargado de canciones, brillos y abrazos, hizo un pequeño gesto con su cabeza hacia la izquierda,

luego hacia la derecha, entonces todos los brazos, en un único movimiento, dibujaron un doble círculo, uno pequeño dentro de uno más grande, y luego se estiraron lentamente hacia adentro hasta detenerse, como si la embarcación hubiese encallado suavemente en la dorada arena de la orilla deseada. Allí permanecieron las manos estrechadas por unos instantes, mientras un sobrecogedor silencio permitía escuchar los sonidos provenientes de los otros sectores del templo, donde los cocineros continuaban revolviendo los calderos repletos de *pulali* y *sajl*.

De a poco, todos iban regresando a sus lugares, siguiendo una ordenada liturgia. El *ounagülei* continuaba caminando por todo el templo, ocupándose de que el sahumero llegase a todos los rincones, de que las *gayuza* y los *doümburiya* estuvieran bien atendidos, despiertos y preparándose para continuar.

Mientras tanto, siempre se me acercaban distintas personas a preguntarme si había comido, si necesitaba tomar un fresco, si me sentía bien. Casi sin preguntar y debido seguramente no sólo a mi marca fenotípica sino a mi mirada atenta a todo lo que sucedía, las personas me iban indicando: «Ahora van a volver a cantar y luego quizás puedas probar el *sajl* o el ponche».

Al rato, el *buyei*, que estaba dentro del *guli*, salió nuevamente a rociar todos los rincones con aguardiente, y los tamboreros comenzaron a alistarse para tocar. Colgaban los enormes garaones de sus cuellos e imagino que, si bien se protegían del roce de las sogas con un pañuelo, el peso de los tambores más la presión recibida al ejecutarlos repercutiría en sus músculos de manera importante.

El *doümbüriya* mayor llama con su garaon. Nuevamente ese ritmo, el *ugulendu*. Nuevamente ese latido, ese palpitar continuo y los movimientos. Las *gayuza* se desperezan y arrancan nuevos cantos. El garaon del medio llama, pero lo hace con una sutileza indescriptible. Apenas un sonido agudo y seco, un pequeño golpe de galleta en el centro del cuero. Inmediatamente los tamboreros dan una vuelta entera y se dirigen hacia el centro del templo. Los *tebu sisira* en los extremos. Mientras, el *buyei* va caminando, balanceándose junto al latir del garaon. Lleva unos cetros con los que se apoya en el piso de tierra. Hace un gesto y entrega uno de esos cetros a Doña Elvira.

Luego busca a otra mujer y le entrega otro. Los tres, sonrientes, orgullosamente sonrientes, se dirigen hacia el centro, junto a los tambores, y colocan en un mismo punto, bajo el tambor principal, los tres cetros sobre los cuales se apoyan mientras permanecen abrazados.

Los *tebu sisira* cruzan sus maracas, se agachan y continúan tocándolas al ras del piso, justo bajo los garaones de cada extremo. En ese momento, las *gayuza* dejan de cantar. Sólo se escuchan los tambores y las maracas. La energía parece concentrarse allí y las miradas van cobrando indescriptibles brillos. Es el momento del *Mali*: el corazón de la ceremonia, la concentración del poder para que todo salga bien.

Entonces comienzan a ocurrir nuevas gestualidades. Algunas personas parecen estallar de alegría y saludan a todos a su paso, como en un reencuentro esperado por años. Una joven comienza a temblar mientras gira sobre sí misma y cae hacia atrás, ayudada por otras personas que la contienen. Una señora grita y sale corriendo, chocando con el grupo de gente que la empuja suavemente hacia adentro de la ronda que espontáneamente se fue generando alrededor del templo. Otra mujer, con un sombrero de fieltro negro, convida a todos con su botella de aguardiente. Un joven, luego de unas convulsiones, salta de alegría abrazándose con todos. Muchos de ellos, incluyendo al *buyei*, se me acercan y me estrechan la mano, me palmean la espalda. En un principio pensé que se habían olvidado de que ya nos habían presentado. Claro, otro error de percepción cultural de mi parte, puesto que no eran las mismas personas las que me saludaban y se presentaban, sino los ancestros, que lo hacían utilizando los cuerpos de esas personas.

La mujer del sombrero se me acercó, abrazó una botella de aguardiente en su mano izquierda y me tendió la derecha.

—Manuel Castillo —dijo con voz grave. Luego comenzó a hablarme en garífuna y no logré entender. Entonces, Xiomara, siempre atenta a lo que hacía, me dijo al oído:

—¡Ah! Él es Manuel Castillo. Se está presentando y te está invitando a tomar una copa, pues dice que te está observando y que ve que eres un hombre con las cosas bien claras, que sabes qué es lo que quieres. Y a él le gusta tomarse una copa con gente así.

Entonces, sonreí y dije:

–No hay problema, tomemos esa copa.

La mujer del sombrero me tomó con su mano por el mentón e introdujo en mi boca el pico de la botella, la empinó y derramó una cantidad importante de aguardiente. Me mantuve firme con cierto esfuerzo para no rehusar el gesto de hombría y generosidad, aunque no pude evitar chorrear mi remera con el líquido, que se esparcía por todo mi cuello como una brisa de aire fresco.

Era el momento del *Aderegehani*, la ceremonia del abrazo en la que la gente se saluda festejando que todo ha salido bien. El abrazo brota de los cuerpos que reciben el designio del *gran allá* y estalla en brazos que corcovean y se dirigen firmes hacia la persona en la que la mirada aparece descubriendo el velo que durante años ocultó a su ancestro. Ese abuelo que no se fue. Que siempre estuvo, pero que quizás invisibilizamos.

La mano del abuelo busca... la mano del abuelo percibe... la mano del abuelo estrecha...

Una ceremonia del abrazo. Un festejo del encuentro entre generaciones. Un amarre entre los abuelos, los Dioses y los hombres. Un apretón de manos, miradas que se encuentran, miradas que estallan en un brillo y personas que se funden en un abrazo y otro y otro.

## Layanuharia barigi nu (Tu mirada me está hablando)

Así fue como comencé a comprender el sentido más profundo de las miradas. La verdadera esencia de aquel brillo que como inmensas lunas crecientes en océanos de pupilas resplandecientes me prodigaban las personas durante mis viajes.

Esos ojos hablaban, contaban, transmitían. Esos ojos abrazaban el alma de quienes creen, de quienes confían, de quienes se muestran tal cual son.

Esos ojos abrazaban. Pero no hablo de un encuentro común. No me refiero a tibios apretones de manos intercambiados por gente que no se mira a los ojos. No hablo de abrazos torpes y rígidos como los que se prodigan muchas personas por cuestiones de protocolo.

Hablo de un abrazo eterno.

Eterno porque desafía al tiempo y al espacio. Eterno porque conmueve. Eterno porque enlaza generaciones enteras. Eterno porque une pasado, presente y futuro en un único acto, tan sencillo y tan genuino como la sonrisa del abuelo cuando abre sus brazos (algodonadas alas de pelícano) para que su nieto salte a su encuentro y se estremezca con su vuelo afectivo.

Genuino porque Erick Arzú se sentó a mi lado y cuando le conté que estaba maravillado con esos abrazos sonrió y me dijo:

–Sí. Es un abrazo fuerte y sincero. Uno se entrega de corazón a los ancestros.

Abrazo genuino y eterno.

Porque desafía al tiempo, al abrazar abuelos de abuelos, nietos de nietos, padres de la historia.

Porque desafía el espacio y las dimensiones occidentalmente conocidas y establecidas, al abrir puertas que permiten a los ancestros transitar desde su morada hacia la nuestra, que también es suya.

Porque desafía a la historia, al abrazar abuelas y madres, nietos e hijos, África y América sin cadenas, con amor.

Porque desafía toda concepción de tiempo medido y contabilizado, porque insufla bocanadas de tiempo vívido, fluido, fresco, haciendo arder minutos, horas y días enteros de incandescentes brillos comunitarios. Pues así es. La comunidad retumba, la comunidad canta, la comunidad baila, la comunidad se abraza, la comunidad brilla, la comunidad *Chugu*.

El *ounagülei* volvía a instruir la liturgia. La mesa se servía ahora con frutas, dulces y semillas. Los cocineros ingresaban con los enormes calderos humeantes, inundando el templo con un aroma muy dulce. Sobre la mesa, se volcaba el licor que se encendía con un fósforo, generando una combustión azulada cuyo calor acarició mis mejillas y destelló en mis ojos.

El *ounagülei* se sentó junto al *buyei* y los tamboreros. Entre sus piernas tenía un gran tacho de plástico, a su derecha una canasta llena de huevos de gallina. En sus manos, un martillo de madera tallada con el que fue rompiendo cada uno de los huevos, que arrojó en el recipiente, junto con aguardiente, azúcar y harina de yuca. Luego, con un largo mezclador de madera, batió los ingredientes, que generaron una espuma que se fue elevando

como la plegaria que Juan Carlos parecía saborear en sus labios. Era el ponche para los ancestros. Y una vez que estuvo preparado, el *buyei* tomó un *guacal* y comenzó a ofrendar la espumosa mezcla en el altar y en los rincones del templo. Como siempre: «primero los abuelos». Luego todos fueron probando el ponche, empezando por los elegidos. El *buyei* se acercó y me dejó una vasija repleta. Sabía riquísimo, dulce, con una textura suave. El aguardiente se hacía notar recién al final del trago. Me sentí honrado al probarlo.

El *sajl* llegó también a mis manos; la crema mezclaba el dulce sabor del maíz con restos de yuca recién rallada y jengibre, que picaban levemente el paladar. Luego Xiomara me hizo hundir el dedo índice en una olla ennegrecida repleta de dulce de ayote. Los sabores dulces se mezclaban en mi boca y se evaporaban en cada sorbo de aguardiente que tomaba lentamente.

Los tambores volvieron a retumbar, dando inicio al *Awisahani*. Todo había salido bien. Los abuelos se habían manifestado. Habían vibrado con el *ugulendu*. Habían empujado las puertas del cosmos, cuyas inexpugnables cerraduras se abrían con la llave *gayuza*. Habían saboreado las comidas. Habían bebido el ponche. Habían hablado con sus nietos. Se habían abrazado.

Era el momento de la despedida. Era el momento de estrechar la mano entre los servidores de los ancestros, los abuelos y la familia que había hecho la ofrenda principal. Entonces todo volvió a ser un abrazo. Y los colores de los trajes se mezclaban ahora en círculos, filas y montañas de gente aún conmovida por todo lo vivido durante esas horas. Bendiciones, besos, abrazos, manos, brillo en los ojos, incienso, murmullo, oraciones, deseos, velas, banderas, tambores, pies, danza, plenitud, paz, *ubafu*...

## Ligia meme weyu (el mismo sol)

El *ounagülei* aún tenía mucho por contarme. Sus enseñanzas retumbaría por siempre en mi ser. Luego de la ceremonia, tenía muchas preguntas que no me atreví a realizar y Juan Carlos percibió mi estado de ansiedad al respecto.

—Sé que necesitas muchas respuestas, pero ahorita no es el tiempo de preguntas. Aún estamos movilizados por la ceremonia. Ya te iré contando.

Esos días estuvimos grabando sus canciones en el Dugu Bar. Juan Carlos fue alternando tamboreros, los hermanos Bernardez, Sandu, Elvin, Christian. Había momentos en los que las parrandas destellaban desde sus ojos y el resplandor nos encandilaba. El pueblo entero bailaba y coreaba sus canciones... Garinaguaiá... Yorumein... Megenumutibu... Gurasu... El *ounalugei* tenía mucho para decir:

—No estás triste porque alguien se fue, sino porque estás pensando en ti.

Cada acción suya era un mensaje de paz, de unión, de cohesión. Una de esas tardes, fuimos a tomar unos mates a la playa de la capitanía. Juan Carlos traía unos kekes, ricos pancitos de coco, y luego de que le prometiese traerle un mate en mi siguiente viaje comenzó a contarme cómo ese lugar había sido un punto de desembarco de Marcos Sánchez Díaz, y que muchas veces realizaban ceremonias allí para rememorar la gesta garífuna.

Fuimos repasando algunos aspectos de la ceremonia y de mis días allí junto con la comunidad. Yo destacaba su mirada pacificadora cuando, por ejemplo, me explicaba que no se había enojado con aquel personaje que la noche anterior irrumpió en pleno escenario con una botella en la mano, ocupando la escena principal del video que intentábamos realizar, bailando desprejuiciada y torpemente.

—Nada de enojos. Tienes que dejar fluir las cosas, como en la naturaleza. Eso es algo que nos sostiene. La espiritualidad nació en la tierra. El aire va y viene, la lluvia cae, corre y sube en cielo infinito y en lluvia que vuelve a caer. Los rayos del sol nacen y desvanecen en un día de vida, el principio y el fin de las cosas. Así se da también la vida después de la vida y representa el espíritu ancestral garífuna.

Nuevamente el *ounagiilei* iba destilando mis preguntas. Sentía cómo en sus respuestas claras, simples y de lógica implacable me iba transmitiendo el significado más profundo de esa palabra:

—Eso es *ubafu*, el poder de la simpleza también.



El mar rugía bajo nuestros pies y el viento refrescaba nuestros rostros. Un ancla herrumbrosa parecía testimoniar el destino de aquel bergantín cargado de magia y esperanza que había irradiado la tradición garífuna hacia el interior del continente. El musgo dorado se enrollaba entre las piedras con las que Juan Carlos jugaba. El mar ahora refulgía nuevos colores: *funayumati* y *guchu* (rosado y morado), aplacado por el último destello del sol.

–Ese es el mismo sol. Esta espiritualidad que manejan los indígenas es la misma que se utiliza desde los primeros años. Todo este aprendizaje viene de la tierra. Vayas adonde vayas es la misma tierra que encuentras, el mismo sol, y de ahí es que se aprende. Lo que tenían los indígenas y lo que traían los africanos vienen de lo mismo, de la misma tierra, del mismo sol.

Yo había leído ese concepto antropológico de «complementariedad cultural» que intentaba explicar el mestizaje entre aborígenes y africanos en América, pero durante todas las charlas y los viajes, las palabras de los protagonistas eran las que permitían comprender con claridad y profundidad todo lo que desde afuera era por momentos tan complicado. Entonces, nuevamente el *ounagiilei* se abría paso entre mi maleza de indagaciones y percibía que era importante explicarme la función de las mujeres *gayuza* en la comunidad. Algo que desde aquella tarde del círculo de voces que había cambiado mi vida necesitaba saber.

–A principios de los tiempos, en las eras de sabiduría, hubo una selección de animales que representan ese sexto sentido. Dentro de ese grupo siempre estuvo el gallo. Un animal que es líder en su área. Un animal que es sabio. Un animal que puede anunciar el tiempo. Jesucristo en sus tiempos también puso el gallo como ejemplo: «Antes que cante el gallo tres veces tú ya me habrás negado». El gallo anunciaba el tiempo y Jesucristo sabía esto porque él estudio mucho sobre espiritismo. Tenía una preparación, yo conozco bien esa historia. Jesucristo sabía mucho de espiritismo. El gallo juega un papel importante dentro del grupo de animales que representa la sabiduría. De ahí también dentro de la historia de Cristo, cuando nació la mamá de Cristo, ella fue colocada en un lugar sagrado en donde había sólo mujeres puras que no habían tenido vida íntima. Y

estas mujeres cantaban a esta niña. Cantaban. Todas esas enseñanzas y conocimientos de canto y que el canto es lo que arma una vía para entrar en el camino astral, para llegar hasta el supremo ser, que es el creador, se viene manteniendo de generación en generación como parte esencial para llegar a la iluminación. El canto. Aparte de que el gallo canta, viene hasta nuestra espiritualidad un grupo de mujeres que van a cantar y que se van a llamar ga-yu-za.

Viene de la propia naturaleza. *Gayu* en garífuna significa gallo. Y el gallo canta y anuncia. Son elegidos. Los ancestros eligen a la persona según su capacidad, por su voz, su fuerza espiritual y por ser aguerrida, no tener miedo a nada. Antes era así. Es un cargo muy especial, muy fuerte, porque es la llave para entrar al mundo de lo desconocido: con cantos.

Los *doümburiya* o tamboreros también. No cualquiera puede tocar los tambores en la ceremonia. Son elegidos. Y los tambores son como la vida misma. Puede haber uno, dos, tres, cuatro, muchos. Entre ellos tres tienen su respeto para los sonidos que van a emitir y eso depende del tamborista. Tiene que conocer que son hermanos. Uno es mayor que el otro, pero ninguno es más que el otro. El del medio es el corazón del tambor. No se usa una primera. Generalmente no se usa un garaon primera, sólo a veces, si alguien quiere bailar parranda o punta.

Nuevamente, Juan Carlos aplicaba esa lógica sobrecogedora, esas palabras que aliviaban mis necesidades racionales. Sólo me quedaba comprender un poco más el fenómeno de sincretismo entre el sistema de creencias garífunas y el catolicismo. En el templo había escuchado rezos y había visto imágenes católicas.

—Bueno, tú sabes. Para estar en paz con la iglesia católica que es la madre de la imagen de Cristo se llevan estas imágenes al templo garífuna. Está Cristo, San Martín de Porres, San Miguel Arcángel y otras imágenes más. Están allí dentro, porque nosotros creemos en un Dios, creemos que estas imágenes representan la fuerza de un espíritu santo, distribuido en energía en esos entes. No podemos desechar estos símbolos de fuerza de la iglesia católica dentro de nuestro templo. Lo otro que nos hace tener una armonía con la iglesia católica teniendo estas imágenes es que ellos creen que los ángeles caídos son los espíritus de nuestros

Audio  
30

ancestros. Entonces, para que estén contentos, tenemos las imágenes allí. Para demostrarles que no estamos tratando con ángeles caídos. Esto no es sólo acá en Livingston, esto viene desde África. Fíjate lo que pasa en Cuba o en Haití. Hay ceremonias donde tú ves imágenes católicas pero en realidad la ceremonia no lo es. Hay ciertas imágenes de magnitud como la del Cristo que no pueden estar dentro del templo, porque merecen un lugar especial. Por eso se le hace su capilla fuera, para que todos vayan a orar allá. Dentro del templo nosotros utilizamos algunas cosas que la iglesia católica no entiende, entonces no puede vivir esa imagen dentro, porque lo que ellos creen que es el Espíritu Santo no puede estar allí. Y no es porque nosotros no creamos en Cristo. Nosotros creemos en Dios como la máxima fuerza.

—¿Y qué pasa en la iglesia dónde actualmente se hacen misas católicas en idioma garífuna y con tambores? —Al fin pude preguntar luego a haber asistido a esas ceremonias en varias ocasiones.

—Aún no hemos logrado llegar a algunos acuerdos. La iglesia no va a decir: «Vayan a hacer el *Chugu*, es libre, porque es de Dios». Eso todavía es un problema. Ellos quieren terminar con lo que es lo nuestro, es la misma catolización. Van a estar contentos con que todos vayan al *dabuyaba* o a la iglesia y hagan las ceremonias como lo hacen los católicos: no licor, no espíritus. Eso es un problema. Como en el templo que se hizo hace unos años en los Siete Altares, un lugar sagrado donde habitó el *buyei* más importante, Don Agustín Baltazar. Pero ni mencionaron su nombre. Lo llamaron *Liglisi*, que en garífuna quiere decir iglesia. Nosotros no tenemos iglesias, tenemos *dabuyabas*, templos. Y esas cosas ocurren porque para muchos es bonito que el obispo venga y te estreche la mano, y te sientes grande porque te saludó. Pero eso no va conmigo. Yo puedo ponerme cara a cara con el Presidente de la República y yo soy yo y él es él. Yo soy un líder espiritual. No tengo que doblegarme por tu rango. Lo siento mucho. Templo es templo, se queda así. Tú eres presidente u obispo, te quedas así. Pero hay gente que no tiene esa formación para decir «Lo siento, obispo, esto no es una iglesia, es un templo y se queda así».

La noche caía lentamente, como un suave velo oscuro sobre nuestras cabezas. Mientras caminábamos de vuelta hacia la calle principal, la luna ascendía blanca y entera, como una tajada

de yuca recién cortada, exudando fresca resplandeciente, convirtiendo la tonalidad sepia de los chaperíos en una azulada marea de gente que se mezclaba con los olores de los calderos, que auspiciaban un plato de comida caliente al regreso a casa.

## Loumburaguñadina buragate (Tu historia me está atrapando)

La tarde era gris. Los aguaceros se sucedían intermitentes, cambiando el color de las calles. El agua corría entre las alcantarillas y fluía impredecible, como el tiempo en el mágico lugar en el que me había sumergido sin mayores deseos de irme. Sentía que lo que escribía era apenas un pequeño destello de todo lo que estaba viviendo y del increíble tesoro cultural garífuna.

—Lástima que en mi propio país no lo vean así. Oye, acuérdate de poner eso: que nosotros también somos guatemaltecos —me aportaba Erick luego de leer uno de los capítulos.

Me sentía absolutamente agraciado con la posibilidad de estar leyéndoles estas líneas a ellos, los protagonistas de estas historias. Por ello, a pesar de que por momentos me inhibía la situación de leerles por temor a aburrirlos, me embarqué en la tarea cotidiana de hacerlo.

Esperaba el momento adecuado y elegía algún pasaje vinculado con la persona que iría a escucharme. Así fui leyéndoles los capítulos al Chino, a Blanca, a Isis y a otras tantas personas, que se entusiasmaban y me entusiasmaban con comentarios de los mejores:

—Está bien bonito lo que pones. Me gusta mucho. Tú tienes el *ubafu* para conseguir cosas y contar nuestra historia —me había dicho Xiomara.

—Me emocionó mucho lo de Meme y lo de Pisi, está muy bien que los recordemos así —me confesaba Blanca.

Igualmente, sentía que una de las pruebas más importantes era leerle algunos pasajes a la señora del sombrero. Esa señora que tejió con su mirada y sus abrazos la trama sobre la que definitivamente estaba ahora disfrutando de este proceso de escritura.

Hacía dos días que no la veía. Desde la ceremonia no había vuelto a encontrarla.

Audio  
24

–Es que está con mucho dolor en su rodilla. La tiene muy hinchada –me había explicado Xiomara, que junto con Blanca habían estado trabajando en el registro de canciones.

–En las canciones que nos faltan sólo puede ayudarnos ella, es la única que las conoce bien como para decirnos la letra sin errores –Blanca me decía esto cuando intentábamos transcribir la punta que decía algo así: «Itagaliña lichugu ni sandi. Aburuhali ligia bubadu bau» («Así es que se da la enfermedad, cuando se le cae el bastón a uno ya no se puede parar»).

–Yo voy a ir ahora a visitarla, quizás necesite algo –dijo Xiomara, y yo comenzaba a comprender las señales, como cuando Elvira me contó que iría a la ceremonia. Lo interpreté como una invitación.

–¿Puedo acompañarte? –dije con entusiasmo.

Y allí fuimos caminando, bajo un tremendo aguacero que hacía que nuestros pasos se apresuren y nuestras voces se eleven.

–Genial que podamos visitar a Elvira, porque tengo ganas de ver a su hija Jessie que aún no me la he cruzado.

–Sí, seguro está allí con ella.

Terminé de decir eso y al doblar la esquina apareció Jessie en su moto. Quede paralizado.

–¡*Gabafutibu!* ¡Sí que tienes *ubafu!* –gritaba Xiomara mientras seguía caminando, con un gesto que naturalizaba esa situación que yo vivía como absolutamente mágica.

Jessie se acercó con su interminable sonrisa y nos contó que iba a hacer unas compras y nos encontraba en su casa.

Bajamos por la cuesta casi hasta llegar a la costa. Allí doblamos hacia la izquierda y reviví mi anterior visita a la casa de Elvira. Había sido en uno de los últimos días de mi viaje anterior.

–Usted no puede hablar de nuestra música sin conocer nuestras comidas. Venga mañana a mi casa, yo se las voy a enseñar –me había dicho Elvira.

Y allí fui aquel mediodía. Al llegar, se mezclaban la brisa del mar, el olor de las letrinas y los aromas de su caldero mágico. Entré con timidez y Doña Elvira salió a mi encuentro, abriendo sus brazos, desplegando sus conmovedoras alas de abuela eterna:

–¡Qué bueno que vino!

Entonces sentí esos brazos rodeándome entero y acariciándome el alma con ese plumaje ancestral y sagrado con el que agita los cielos de la espiritualidad garífuna. Pasé a su casilla, humilde, ordenada, y ella me mostró los platos tradicionales garífunas que había cocinado para mí. Me los fue enseñando uno a uno para que yo les sacara fotos y anotara los ingredientes.

*Rin tau faluma lau eifi funati – Rice and beans:* arroz, coco seco y frijol colorado.

*Tapou – Tapado:* coco seco, banano verde, pescado frito, mariscos, albahaca, cilantro.

*Daraza (en panes, como tamales):* banano rallado con leche de coco (puede ser frito o hervido).

*Atol:* leche de coco, azúcar, canela en palo y harina.

*Hudutu/machuca:* plátano verde, leche de coco, albahaca y cilantro, pescado frito/cocido.

*Alabundiga (albóndigas):* banano rallado con leche de coco.

*Jaharabada:* banano rallado asado.

Elvira cocinaba y vendía su comida en el muelle, junto a la cancha de básquet. Pero esa vez había cocinado todos esos platos para mí. Para mi trabajo. Para nuestro trabajo. Para que contara su historia. Para que el mundo los conociera. Y, tal como había vivido y comprendido durante la ceremonia *Chugú*, las comidas forman parte de todo ese virtuoso círculo de tambores, voces, olores, sabores, colores y deseos de *idenderu*.

Creo que fue por eso que no pude contener la emoción que se había apoderado de mi pecho y fluía hacia mi garganta y mis ojos como un caimán tras su presa. Me disculpé con Elvira y le dije que quería ver el mar unos minutos. Entonces allí fui, a liberar el caimán en el mar Caribe. Lloré como un niño. Todas mis convicciones habían sido puestas a prueba y no podía dejar de pensar en la mirada de todos los que me abrían las puertas de sus casas. Una mirada genuina, cálida y esperanzadora que no era habitual encontrar en las ciudades sepulcrales, azotadas por el individualismo. Me di cuenta de que mis primeras miradas, plagadas aún del etnocentrismo que todos tenemos al salir al mundo, me hacían aplicar la asociación entre las casillas de chapa, piso de tierra, letrina y la pobreza. Sin embargo, esos brazos abiertos de Elvira, ese esfuerzo por colaborar y todas esas vivencias en Labuga ha-

bían subvertido mi escala de valores, pues no tenía ninguna duda. Ellos eran ricos. Ellos poseían ese brillo en los ojos. Ellos tenían ese increíble sentido comunitario del ser. Ellos tenían ese dominio de las manos y las voces que desafiaba al tiempo y abría las puertas de lo desconocido. Ellos eran ricos.

Una vez que ese caimán se alejó, fluyendo en otra dirección, no tuve dudas de que me había redescubierto. Cuando ese caimán oscuro brilló, el río de mis ojos se cargó de nuevos destellos en los que podrían ahora reflejarse otras personas.

Pero aún me quedaba el deseo pendiente de leerle unos pasajes a Doña Elvira. Necesitaba realizar ese ritual, como una bendición, como un remo para continuar remontando los océanos y cumplir mi misión.

Aquella tarde de aguacero ella no pudo salir a mi encuentro. Estaba recostada en su hamaca, con un brazo extendido y el otro cubriendo su frente. Al verme intento incorporarse, pero evité que lo hiciera abrazándola. Entonces nos sentamos con Xiomara y Jessie su lado. Le pregunté si le podía leer algo y ella, agotada por una migraña, sonrió y asintió con entusiasmo.

Me temblaba la voz, pues me preguntaba si era necesario hacerlo, si no estaba siendo muy molesto, atrevido, desubicado. Me preguntaba, una y otra vez, si esas maravillosas mujeres estarían dispuestas a escucharme, luego de una jornada de trabajo, con los niños alrededor esperando su comida. Sin embargo, a cada párrafo que iba leyendo notaba cómo sus ojos se involucraban en el relato. Yo frenaba y preguntaba:

—¿Sigo? ¿No se aburren?

—No, no. Siga. Está muy lindo. ¡Qué bien escribe! —dijo Elvira.

—Qué lindo lo que dice de Pisi y su pañuelo amarillo. Lo describió tal cual —me aportaba Xiomara.

Entonces volvía a mi relato. Haciendo algunas aclaraciones. Recuerdo haber leído la parte en la que nos habíamos conocido, aquella tarde de mi caída. Ellas sonreían y me decían:

—Sí. Así fue, pues. No le faltó detalle de lo que pasó. Qué buena memoria.

Recuerdo especialmente la mirada de Elvira cuando leí su descripción. Ella volvió a mirarme como aquella tarde en la que sentenció mi entrada al maravilloso círculo *gayuza*. Desde su

hamaca, me invitaba a navegar el mundo contando la historia de su pueblo. Aquella historia de un barco negrero que llegó a una isla. Aquella historia de unos hombres esclavizados que se liberaron y se unieron con otros hombres que resistían el ataque de los *demonios blancos de ojos azules*. Aquella historia en la que, pese a las guerras, la deportación y la marginación, los garifunas continúan siendo un ejemplo de vida en sociedad, maravillando con sus tambores y sus voces.

Hubiese estado horas enteras disfrutando ese momento, pero la sensación de estar molestando me embargaba nuevamente. Entonces les dije:

–Bueno, no las quiero aburrir más. Era más que nada para que sepan qué es lo que estoy haciendo con todas las historias que ustedes me cuentan –Apoyé los papeles sobre mis rodillas, levanté la vista y allí estaba Elvira con su mirada firme, diciéndome:

–Siga leyendo por favor. Su relato tiene *ubafu*. Cuanto más lo lee más ganas de escuchar le dan a uno. Su historia me está atrapando. *Loumburaguñadina buragate...*



# PARRANDA

GARÇON

2: A)



B)



ENFANT

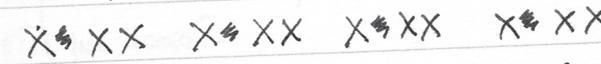
1: A)



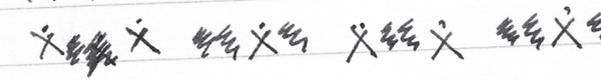
B)



TOUTES  
SISTÈRES



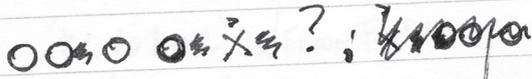
CLAVE  
Garciponá



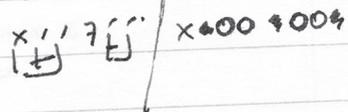
## CHUMBA

Vu noisim c/Ort

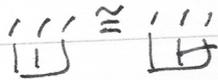
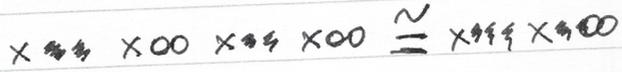
GARÇON  
2



luc dure...  
vibrille...



## PONIA



clav.  
jeune!  
X X X

# Lirahüjü Labuga

*Vine a América a despertar. Mas, de nuevo arde  
en mi garganta sed de vivir;  
sed de morir y humilde doblo la rodilla  
sobre esta tierra del maíz.  
Tierra de frutas y de tumbas,  
propiedad única del sol.*

Jorge Carrera Andrade (Ecuador, 1903-1978)

Cuando Meme lo remontó en un barquito astillado por el Río Vuelve Mujer, gastaron el terciopelo de esa orilla hasta llegar al Templo Milinda. Allí le contó que era huérfano como una tumbita aborigen o un soldadito congoleño. Que vivía solo, y no tenía nada más que una sonrisa torcida y las manos mansas de acariciar espolones, suaves como las de su garaon. Dice A. que su precisión con el tambor le permitía invocar cada noche a un dios diferente sin equivocarse jamás ni molestar a Quetzal y Ogún, acostumbrados a construir chaparrones y a ignorar descendientes, risueños y altivos.

Meme, que por ladino no tenía nada, también por ladino sospechaba que era hijo de todos los antepasados de la costa. A pesar de que tanto garifunas como quechíes lo miraban con desconfianza (a él, que siempre confiaba).

Cuando viajaron a los manglares dulces de Guatemala, A. le consiguió unas zapatillas de su amigo JD, un poco como hechizo contra las piedritas de mica y los clavos oxidados, aunque sobre todo para evitarle la compasión criolla en los pies descalzos, el desprecio de los que tenían mucho más que Meme y sin embargo dormían cada noche sin fruta madura y sin garaon, sin el tráfico de tribus escrito en la espalda.

Meme, de apenas veinticinco años, que acunaba a los barcos hundidos del Caribe, a las tormentas y colibríes heridos, murió hace algunos días. Y para no vengar su muerte más que con recuerdo, todavía alguna noche, A. acude al llamado de Meme, al repicar de sus tambores. Aunque Meme no sea de su linaje, lo evoca. Porque así son los soñadores como A.: desmienten nuestro rasgo de adulto cansado y nos dicen en voz baja, con los ojos entreabiertos y la mesa tibia en el invierno de Europa, que ayer descubrieron que algunas lenguas no saben designar a un enemigo.

Y ahí radica el poder de A.: encontrar algo maravilloso y redentor, incluso en las seis balas que no pudieron acallar el ritmo del corazón de Meme, la bondad de su sonrisa, generosa como el vino de palma y los tiburones dormidos.

Y en la noche de La Plata, A. le cura las heridas con mandioca y magia. Al Gran Meme, que para A. no es un monstruo del margen, sino como siempre ocurre en el mundo de A. al que sólo se accede pensando al revés, el hijo más querido de una importante princesa arawak y un valiente guerrero yoruba, que no es ni huérfano, ni ladino, ni herido de muerte por dos desconocidos.

El Gran Meme revive grandioso, saludable como todo mestizo, fuerte como los magos y los músicos. El fantasma de Meme, cuyas jabalinas invencibles y la memoria de A. defienden de las balas y del olvido.

*Dulcinea Tomás Cámara*  
 Departamento de Filologías Integradas  
 Facultad de Filosofía y Letras  
 Universidad de Alicante



SOL = WEYU  
 LUNA = HATI  
 ESTRELLA = WARUGUMA  
 MAR = BARAWA BARAWA  
 OCEANO = GANA LIRUGU  
 TUMBA = ~~UMUHAKOU~~ UMUHAKOU  
 ABUELA = NAGUTU  
 ABUELLO = NARUGUTI

TUMBAKOU NAGUTU

TU = MUJER

Tumba de mi Abuela

ALU = UNICÓN

AMANE OR

LIRICHA = LA VERDAD

~~AIACACADA~~ LARUGADU

AI MURCU = LIDI WEYU

CADENA = GIRINGIRI

ARBOL = TIDIBU WEWE

Hojas

tronco

AGUA = DUNA

LLUVIA = HUIA (JUIA)

NUBES = HATI

RELAMPEO = UAIHURU

AIRE = GAKBALI

OLOR = IHEMENI

*Abeimahani*: canto colectivo de las mujeres garífunas. Se realiza con las manos entrelazadas, que van realizando diferentes figuras.

*Abelagüdahani*: ritual que representa el arribo de los ancestros a tierras centroamericanas. Da inicio a las ceremonias.

*Abougutiñu*: cocineros/as ceremoniales.

*Aderegehani*: ceremonia del abrazo que se realiza al final del *Chugu* como celebración de que todo ha salido bien.

*Afarahati gunguti hama gayu*: castrador de cerdo y encargado de los pollos durante las ceremonias.

*Aharis*: espíritu protector.

*Arawakos*: nombre genérico con el que se designa a un grupo de poblaciones originarias de las Antillas.

*Atol*: crema dulce hecha con harina de maíz.

*Bosque Caimán*: lugar histórico de Haití donde se llevó a cabo la «Ceremonia del Bosque Caimán», en la que los cimarrones – esclavos prófugos– juraron por sus vidas defender la libertad, en lo que se considera el antecedente de la primera y única revolución de esclavos que logró vencer la opresión colonial.

*Buduru*: casa construida con fango.

*Bugudura*: caparazón de tortuga marina utilizado como instrumento musical. Se golpea con baquetas de madera sobre la parte abdominal.

*Buyei*: sacerdote, máximo exponente y guía del pueblo.

*Cayuco*: pequeña embarcación construida con tronco tallado.

*Changó*: dueño del trueno, el fuego y los tambores. Oricha / Deidad Yoruba.

*Chapas*: láminas de zinc con las que se construyen los techos de las casas.

*Chugu*: ceremonia de culto a los ancestros, que son invocados mediante voces y tambores. Es necesaria para armonizar la vida en comunidad. Puede durar de dos horas a tres días.

*Copal*: resina vegetal proveniente de un árbol, utilizada como incienso ceremonial por culturas mayas.

*Doümburiya*: tamborero ceremonial.

*Dügü*: ceremonia de culto a los ancestros, que son invocados mediante voces y tambores. Es necesaria para armonizar la vida en comunidad. Puede durar de una a dos semanas.

*Eleguá*: dueño del destino de los seres vivientes. Oricha / Deidad Yoruba.

*Esquipulas*: localidad del oriente de Guatemala donde se encuentra la imagen Cristo tallada en madera color negro: «El Cristo Negro de Esquipulas». Su máxima celebración es el día 15 de enero.

*Estelas*: monumentos de la cultura maya tallados en piedra.

*Fagayu*: remo.

*Figi*: ceiba matapalo. Árbol centroamericano.

*Filoctetes*: héroe de la mitología griega. La mordedura de una serpiente en su talón le impidió en un principio participar de la guerra de Troya, pero luego terminó siendo uno de los héroes destacados.

*Flor de Lis*: símbolo de la realeza francesa, en muchas ocasiones utilizado como carimba (marca de fuego) en la piel de los hombres esclavizados durante la colonia.

*Gadamaru*: casa construida con hojas de palma.

*Galari*: pez colorado, rojo.

*Garaon (primera, segunda)*: tambor realizado en tronco cavado de caoba, san juan o palma, con parche de cuero de venado y aro de bejuco. Sistema de tensión con sogas y pines que ajustan mediante torniquete. Posee también bordonas sobre el parche, lo que le da una sonoridad muy particular.

*Garebu*: Blanco que se cree moreno. O Blanco que habla garífuna.

*Garinagu*: referencia colectiva de garífunas.

- Gayuza*: cantantes ceremoniales.
- Gran allá*: concepto de Alejo Carpentier para referir al imaginario sobre África de los hombres esclavizados en América.
- Guaro*: nombre popular para designar bebidas alcohólicas como el aguardiente o la caña.
- Güriara*: canoa, cayuco.
- Guifity*: bebida tradicional garífuna a base ron y hierbas.
- Guli*: habitación sagrada contigua al salón principal del templo garífuna donde se encuentra el altar con las imágenes veneradas.
- Idenderu*: derivado de la palabra *idehani* (ayuda o solidaridad), *idenderu* es el instrumento a través del cual se afianza el pacto de armonía entre presentes y ausentes durante las ceremonias *Chugu* y *Dügü*.
- Inframundo*: equivalente al término laico «más allá». Destino de las almas de los muertos.
- Jaguar*: animal sagrado maya.
- Kalunga*: palabra con la que los afroargentinos refirieron al cementerio.
- Kekchí*: etnia de origen maya.
- Ladino*: mestizo. Se llamaba así generalmente al esclavo que aprendía rápidamente la lengua del amo.
- Legba*: intérprete de los loas, guardián de las barreras, las encrucijadas y las carreteras. Loa / Deidad del Vudú haitiano.
- Litegua*: empresa de ómnibus guatemalteca.
- Machuca*: comida tradicional garífuna a base de leche de coco, plátanos y pescado.
- Magara*: energía vital (África Central).
- Mendeliano*: proveniente de las Leyes genéticas de Mendel.
- Migra*: policía de migraciones.
- Mota*: marihuana.
- Nimbus*: nubes.
- Ochun*: dueña del amor, el placer y el río. Oricha / Deidad Yoruba
- Oggun*: dueño de los metales, las herramientas y el monte. Oricha / Deidad Yoruba
- Ounagülei*: asistente espiritual, mensajero.
- Pambom*: pan dulce de coco, enrollado y con anís.
- Pia manadi*: danza garífuna que, según la tradición oral, se realizaba hasta los años 1930. «Pia» es hombre, «manadi» es

manati, la personificación de un monstruo del infierno como queriendo terminar con la vida de la comunidad. Juego de imitación de la relación hombre-mujer con actitudes obscenas.

*Pin Pin Pich*: pequeña barracuda.

*Quetzal*: moneda de uso corriente en Guatemala. Ave sagrada para la cultura maya.

*Rice'n beans*: comida típica garífuna hecha a base de arroz, frijoles fritos y presas de pollo.

*Rumba Abierta*: género musical afroargentino. Con base de rumba afrocubana, se van sumando todo tipo de canciones e improvisaciones.

*Sisiras*: maracas realizadas con calabazas y semillas.

*Tapou*: comida típica garífuna hecha con leche de coco, pescado y mariscos.

*Tebu Sisira*: maraquero ceremonial.

*Ubou*: mundo.

*Ugulendu*: ritmo ceremonial.

*Wadabague*: caracol, trompa marina.

*Yaguarigu*: pez jurel.

*Yemanyá*: dueña de las aguas y el mar. Oricha / Deidad Yoruba.

*Yorumein*: nombre garífuna de la Isla de San Vicente (Antillas Menores).

La efectividad de una traducción  
depende de que los Traductores  
se reconozcan por sus autores  
originales.

[LUBER]  
salvo rectificación



# CANCIONES Y RITMOS



Para escuchar,  
corregir,  
completar,  
compartir...



Audio  
8

"LIBARI BABA" (JUAN CARLOS SÁNCHEZ) - PARRANDA -

CASA MEGEIBEI BU LIBARI BABA

DOUMBEI ME TIA LIRA FARARA WON

LU WABINAHHA YA, LU WAFEDUHA YA

IBUGANALI LOUBA INDURA

EIBUGANALI LOUBA BALICE

CA NADAIRUBEI GARINAGO

NARIHIBEI NI, GARINAGO

DOUMBEI BIGARAWON, DOUMBOU MARABA NU

ANATA TIA HARÁ WAWA, LU WABINAHHA YA

ANATE GUSA HARÁ WAWA, LU HAFEDUHA YA.

¿QUÉ TE PASA A TI, NIETO?

TOCA EL TAMBOR PARA NOSOTROS

PARA QUE BAILEMOS, PARA FESTEJAR AQUÍ

HE CAMINADO LAS COSTAS HONDUREÑAS

HE CAMINADO LAS COSTAS DE BELICE

¿A QUIÉN ENCONTRÉ ALLÍ? A LOS GARIFUNAS

VISTO ALLÍ, A LOS GARIFUNAS

TOCA TU TAMBOR, TOCA LAS MARACAS

ALLÍ VIENEN ELLOS, PARA BAILAR AQUÍ

ALLÍ VIENEN ELLOS, PARA FESTEJAR AQUÍ.

F.O: Juan Carlos S.

AUDIO  
12

SAGU WEYU (TODOS LOS DÍAS) - PARRANDA

SAGU WEYU, SAGU WEYU NAFAGU

NIHEN WEYU, NIHEN WEYU HUWATI

SUN LIA BEIGI NITU BEIGAYA,

MAMA NUOUNDA BAU URI!

NA NA NA NANANA...

TODOS LOS DÍAS, TODOS LOS DÍAS LUCHO

HAY DÍAS, HAY DÍAS QUE NO HAY

TU ACABAS DE COMER HERMANA

¡OTRA VEZ VAS A COMER!

IGUAL ME SIENTO MUY FELIZ CONTIGO MUJER

F.O: "Chino" Boltzen

Audio  
13

DAXABEIBEENARE (ABRE TU PUERTA). HÜNGÜHÜNGÜ

DAXABEIBEENARE...

AYE WABARA EEE... AU YUDI BAURA

OOO DARA BAE EEE

EEE NEBENARI WABARA

WALJA HANA DIBO

WAXIYA HAMI XEBE AYE LIRO

EEE AU YUDI BAURA

EEE AGUYURA

ALVARIA LIRA WAHURERAGU LEBEI

ABRE TU PUERTA... PARA NOSOTROS... USTED HERMANO

OH ... ABRELA

EH... TU PUERTA PARA NOSOTROS PORQUE TE ESTAMOS BUSCANDO

YO ESTABA JUGANDO...

OH HERMANO MIO...

VUELVO A REPETIR... ES POR ESO QUE ESTABA JUGANDO

F.O: Comme, Bente, Lucienne

Audio  
14

## DIAMAGARADA (DOS CARTAS) - PARRANDA

DIAMAGARADA NOUNABURÜHA LUNI LUMARI

MOUNABULAGIDINA CAFUNA SUSEREBEINLU OOH

DIAMAGARADA NOUNABURÜHA LUNI LUMARI

MOUNABULAGIDINA CAFUNA SUSEKEBEINLU OOH

BULYEI GUARÜGÜ NIÑAICHIGEY NAHARU LU

LIBIDIE BUGANU LAU NABARIDAYARALA

NOIUHA OH;

NOIUHA... LADUGA LIBIDIENU NABAIAHA OH...

NABAIAHA LADUGA LIBIDIE NU OH

NOIUHA OH NOIUHA... LADUGA LIBIDIE UN OH

DOS CARTAS HE ESCRITO A MI MUJER

NO ME HA CONTESTADO QUÉ ESTARÁ PASANDO

ME EQUIVOQUE AL DECIRLE QUE SÍ

NO SABÍA QUE VOLVERÍA A TENER UN HIJO

LO CHINEARÉ POR DESCONOCIMIENTO

LO CHINEARÉ POR DESCONOCIMIENTO

F.O: Berio, Ximara

PRIMO HERMANO - PARRANDA

ALIEGIE DIBU PRIMO HERMANO

ABALAHA RIUGADIBU TAU DIAMATIE

HENEGE RIUGADIBU GALANI SERUTINA

LUBAHAGOUSAME DUENDE SARANA

HAGOUSAME TAGÜRÜGA BANIGI

IGIERABADINA LIRA IRUNI ...

¿DE DÓNDE VIENES PRIMO HERMANO?

QUE VIENES TAMBALEANDO CON TU VALIJA.

PARECES ALGUIEN QUE ESTÁ DE LUTO

¿DÓNDE ESTÁ EL ADORNO DEL MAR?

¿DÓNDE ESTÁ EL SOSTÉN DE TU CORAZÓN?

NOS HAS DEJADO EN LA TRISTEZA ...

F.O: Berta, Xiomara

Audio  
16

## Bürüdi (Taller) - Parranda

LIDA NAGIRIBUDU BAGADIE GIE

WISIU NARIHHA MABAAMA NEGIREN

ABAEHERAHA ABA AMALHA

KABA NAGUDA HAU MERIGENHA NUMADAGUNU

GAQURIURA QUATINA NOUOVA OOOO (X2)

AUSIGWA UMUTI YESE NUOVA FRUMIE

NARIGI ATILOUMPU ADIMEREHA

KABA NISENSU MAMA NIUDUN MAGURA

KABA NISENSU SANSINAMUGEI NIBAGARI.

DESPUÉS DE MI REGRESO DEL TALLER

PROBLEMA HE VISTO CON DOS GRINGOS

UNO RIÉNDOSE y UNO CONSOLANDO

¿ QUÉ VOY A HACER CON ESOS GRINGOS ENTRE MIS AMIGOS?

¿ QUÉ DINERO VOY A TENER?

¿ QUÉ ME PASA A MÍ?

YO ESTOY PASANDO POR MÍ MISMO

¿ DÓNDE ESTÁ TU HIJO? NO LO CONTESTÉ POR MIEDO

PRIMERA VEZ QUE OIGO HABLAR A UNA VACA

¿ QUÉ DINERO VOY A TENER PARA CAMBIAR MI VIDA?

F.O: Berto, Xiomara

Audio  
17

## GARADA TELEGRAMA (CARTA Y TELEGRAMA) - PARRANDA

GARADA TELEGRAMA ACHÜLÜRA TOUNA HAIRAHU

LUNEGE NARANSE RU NI NIGAHÜ

TUGUYA TEIBUGARA NEGE LASURUNE

DISETU NIBAGANÜTE YANUARIA NITO

KABAME ABAIAIA HANA LAUNURAGULE

AHEIN LIBAGARINITO DIGIRA REIBEBEI

AHEIN GAURU NUBEI BUNINITURU

UA BANUAGU LUGABILIDU

GUFESE NAMUGEI NUDURUBU

AHEIN LIBAGARINITO DIGIRA REIBEBEI

CARTA Y TELEGRAMA ME ENVIÓ UNA MUCHACHA

PARA QUE YO CONSIGA MI CASA

PORQUE ELLA SE VA AL REBUSQUE

QUE MI CASA ES LEJOS DE MÍ

QUE MI VIDA LA DEJE

SI YO LE HECHO ALGO A USTED HERMANA

LLÁMEME AL JUZGADO PARA QUE CONFIESE MIS HECHOS

F.O: Elnia, Blanca

Audio  
18

OYE HERMANO - PARRANDA

ADURU HARU LUGUNE NASIU KEMOU SAREINA (x2)

KABA NASUBUDIRA ANIREINLA<sup>BUGA</sup>SANDI

AGURABANA MOUIDUGUTINA HAMUGA YAREBU

NIUNAMUGA NUNGUO

... .. ?

VIENE ARRANCANDO EL VEHICULO DEL LADINO,  
EMPEZAMOS A LEVANTARNOS

QUÉ IBA A SABER QUE LA ENFERMEDAD ESTABA ESPERÁNDOME  
MEJOR NO HUBIERA IDO A LA PLAYA,  
ME HUBIERA QUEDADO SENTADA EN CASA.

F.O: Ebrine, Ximane, Blanca.-

Audio  
19

## LUBARILEREDAN (PARA EL MAL TIEMPO) - PARRANDA

NITO BUNA BOU BIMi MATÓ LUBARILEREDAN

NATI BUNA BOU FALU MATÓ LUBARILEREDAN

NATI BUNA BOU BARU RUTÓ LUBARILEREDAN

NATI BUNA BOU GAÑI TÓ LUBARILEREDAN

SARABA NI TÓ... SARABA NATÉÉ...

ARUFINDAJANAMÜGABÜ LUBARILEDAN

PAPA PARÁ NANA... PARA NA NA NA...

VAMOS AL MONTE A SEMBRAR EL BANANO, PARA EL MAL TIEMPO

VAMOS AL MONTE A SEMBRAR EL COCO, PARA EL MAL TIEMPO

VAMOS AL MONTE A SEMBRAR EL PLATANO, PARA EL MAL TIEMPO

VAMOS AL MONTE A SEMBRAR LA YUCA, PARA EL MAL TIEMPO

LEVÁNTESE TÍO... LEVÁNTESE TÍA...

PARA QUE TE ENSEÑE, PARA EL MAL TIEMPO

F.O: "Chino" Bettoza

Audio  
20

También  
Audio 2

VICTORIANO - WANARAGUA

CHULUTU GARADA TUAGU VICTORIO

ANIREILA PITO FURISURUGU

GADIBIÑA HAÑA BAYAHUHABEI NAU

ANI HE NUMARI FURISURUGU LIÑA

HARIÑAGU LUAGUNE, LA FURIDAYABA EEEE

ME LLEGÓ UNA CARTA

QUE VICTORIANO ESTÁ EN LA PRISIÓN

¿QUÉ LE PASA A EL HERMANA QUE ESTÁ LLORANDO POR MÍ?

MI MARIDO ESTÁ EN LA CÁRCEL, PRONTO VA A SALIR...

F.O: Cosme, Beña y Luciane

AUDIO  
21

También  
Anexo 2

HE ESCUCHADO MUCHO DE TI - WANARAGUA

GIBE NAGAMBU BUAGU NATIREN

BISIE NUMARIEI NAMUGA BUMA

UANATI BIYENI NATIREU

UALI BUMANI BIRIRAREU

MEYERA GUAREUBANA NATIRAREU

BUBUYA TERENCHA MARASUA LIBIGABURI

YA HE ESCUCHADO LO SUFICIENTE DE TI

TE QUIERO PARA CASARME CONTIGO

NO HERMANO, TU ME ESTÁS MINTIENDO

YA NO TIENES NADA

LA GENTE EXTRANJERA SOLO SIRVE PARA MENTIR

F.O: Cosme, Benito y Luciano

Audio  
22

NIHA GUDEMEN NUAGUYA MUNADA (Hay Pobrezza Arui en casa) WANARAGUA

NIHA GUDEMEN NUAGUYA MUNADA

NILLE SAMINON NUAGUYA WABIE

SARABANU EEE WAWA

SARABANU NINAMULEŅE

SARABANU SARABA WAWA MAGUIRADINA

EN MI CASA HAY MUCHA POBREZA

Y MUCHO EN QUÉ PENSAR TAMBIÉN

LEVÁNTATE PARA MÍ HERMANO

LEVÁNTATE PARA MÍ OH HERMANO MIO

LEVÁNTATE PARA MÍ PORQUE YA NO TENGO LÁGRIMAS.

F.O: Elnine, Blanca

Audio  
23

¿DÓNDE ENTERRARÉ A MI NIETO? - PUNTA

HALIOUN NIBADINA ARIEBULE

EIBUDUGÜ NĀDINA HAMUGATĪA

INARUNI SALA CHANUNAMULE LAU MARABABEILA

NIBARIRU GAMBUSANDU HALIA BA NABUNIE

INARUNI SALA CHANUNAMULE LAU MARABABEILA

NIBARIRU GAMBUSANDU HALIA BA NABUNIE

HALIOUN NIBADINA ARIEBULE

EIBUDUGÜ NĀDINA HAMUGATĪA

LIGIA MISINIE LUBEO OWENI MARASUALUGUTI

LABUIARALI LIRANUGUDUME

¿QUIÉN VA A SER NUESTRO MOTORISTA PARA QUE ME LLEVE?

SI EN VERDAD MI NIETO

NO VA A TENER LUGAR EN EL CEMENTERIO

POR ESO ES QUE NO SE QUIERE LA MUERTE

PORQUE LA GENTE CONOCE NUESTRA POBREZA.

F.O: Elaine, Blouce

Audio  
24

## ITAGALIÑA LICHUGU Ni SANDI - PUNTA

ITAGALIÑA LICHUGU Ni SANDI x2

ABURUHALI LIGIA BUBADU BAW

SINAIÁ BARAHABAHANIA

ABURUHALI BULIGIABAUSIABA BARUNA INURUGU x2

HANDA HABABUTE HOUCHABANA INURUGU x2

MAIAHUABATIA NAUNAMUNELELA

RUBEI BUHONONU

MAIAHUABATIA NAUNAMUNELELA

GENEDETÍ NIGIRIA IADIBULA

ASÍ ES QUE SE DA LA ENFERMEDAD

CUANDO SE LE CAE EL BASTÓN A UNO

YA NO SE PUEDE PARAR.

CUANDO SE LE CAE EL BASTÓN

NI LOS BRAZOS LO PUEDEN LEVANTAR

ALEJANDRA HERMANA

ALEJANDRA VEN

AYUDA A LEVANTARME

NO LLORES POR MI HERMANA, DAME TU MANO

NO LLORES POR MI HERMANA, PARECE QUE TE VOY A DEJAR.

F.O: Elmira, Xiomara, Blanca

Audio  
25

BUGUYA WEI YA MAMA · NUGUYA BADIA - PUNTA

SUNA NU MATI ARIÑAGABU · SUNA NU MATI ARIÑAGABU

AGABABA NA BUNGUA NIROU

AGABABA NA LIBARIBABA

BUITIGUSA LE NARIÑAGUBEI BULARIBABA

DUMUREI HARINAGU CHUTINAU · MAREUTA NEGE WEYAMA BADIA

"BUGUYA WEI YA MAMA NUGUYA BADIA"

AFARA NUMUTU BIDANDI MAMA

MAFARABOUNTIA NANIGI NIREU

GESE BEGIDINA UBOU WAGU .

TODO LO QUE PUEDO DECIRTE YA TE LO DIJE

ESCUCHAME HIJA MÍA; ESCÚCHAME NIETA DE LOS ANCESTROS

ES BUENO LO QUE TE ESTOY DICRIENDO

OYE NIETA DE LOS ANCESTROS

HAY UN REFRÁN QUE DICEN LOS SABIOS

"LA SANDÍA NO PUEDE TENER HIJOS CON EL AYOTE"

USTED AYOTE, YO SANDÍA

TU ME GANAS EN ESTO

NO LASTIMES MI CORAZÓN HIJA MÍA

TODAVÍA QUIERO ESTAR EN ESTA VIDA

F.O: Blouez, Xiomara

AUDIO  
26

ANIHA SANDI NUAGU (ESTOY ENFERMA) - PUNTA

ANIHA MERMO NUAGU

RON IAI NARU NIGABANANE

ANIHA SANDI NUAGU

BALABADA NARU NIGABANANE

HAGABU NUNIA NAMALULEA

HAGABU NUNI SILIE IARAFABA NU

OA ANIHA SANDI NUAGU

SIANA MICHIOÜ INOROGUA

ME SIENTO MAL

ESTOY ACOSTADA EN MI CAMA

VEN A MI HERMANA MIA

ESTOY ENFERMA

ESTOY RODANDO EN MI CAMA

SOLO VEN A MÍ, ACERCATE A MÍ

ESTOY ENFERMA

YA NO PUEDO LEVANTAR MI CABEZA.

F.O: Ximora, Beñe

Audio  
27

ALÉ ROSALINA - CHUMBA

ALÉ ALÉ ALÉ ROSALINA

ALÉ ALÉ ALÉ ROSALINA

TABUGIE MALA, ALÉ ROSALINA

TABUGIE MALAGO, ALÉ ROSALINA

TABUGIE DILILAMWGA, ALÉ ROSALINA

TABUGIE MALAGO, ALÉ ROSALINA

HOLA, HOLA, HOLA ROSALINA

DEBAJO DE LA MALA ROSALINA

SI PUES, DEBAJO DE LA MALA

DEBAJO DE ELLA QUE TIENE SU FAIDA SUCIA

DEBAJO DE ELLA PORQUE ES MALA

F.O: Blanca, Elnira

AUDIO  
28

## VIBORILLA - CHUMBA

VIBORILLA LAURÉ BENDECAÑA LIMBO SAMBULAYA

VIBORILLA LAURÉ BENDECAÑA LIMBO SAMBULAYA

VIBORILLA LAURÉ

F.O: Blanca, Elmira

AUDIO  
30

## LAMBE - CHUMBA

ADAIAGUALI LAMBÉ WALAGAYU

ADAIAGUALI LAMBÉ WALAGAYU

WALAGAYU DABUYARABU WALAGAYU DABULLA BARI GÜ

TAGUARA WALÜGÜ GAYU

LAMBE DANZA y CANTA EL GALLO

LAMBE CANTA y DANZA EL GALLO

EL GALLO CANTA EN EL TEMPLO

F.O: Elmira, Ximara, Blanca

Audio  
31

## LERE DUNA - CHUMBA

LERE DUNA GUÑARU AHURAHALI WADUNARI

AIE MAVO AHURAHALI WADUNARI

EL AGUA ESTABA FUERTE AYER

YA ESTÁ HIRVIENDO NUESTRA AGUA

F.O: Blanco, Xiomara

"Sin idioma NT hay canción" [Dña Elvira]  
A mí me contó cuando, un día como aquella canción,  
yo sólo cantaba la melodía y ella me enseñó  
en que dije las palabras así cuando. "Lo que  
impone es el idioma, lo que tiene que decir"  
Otra gran lección...

Audio 32

# Hüñgüñgü

Audio 34 Garaón 2°-Inicio

Audio 35 Garaón 1°- Improvisa

Audio 36 Sisiras

Clave Garífuna<sup>1</sup>

Audio 50

# Punta

Audio 51 Garaón 2°-Inicio

Audio 52 Garaón 1°- Improvisa

Audio 54 Sisiras

Clave Garífuna

Audio 56

# Wanaragua

Audio 57 Garaón 2°-Inicio

Garaón 2°- Desarrollo

Audio 58 Sisiras

Clave Garífuna

<sup>1</sup> La Clave Garífuna es una línea de tiempo que posee la particularidad de ser abierta, flexible y dinámica, generando permanentes variaciones entre las estructuras rítmicas occidentalmente concebidas como binarias o ternarias. Su sistematización aporta una herramienta trascendental para el análisis de la complejidad rítmica afroamericana. (Ver [www.africaenelaula.com.ar](http://www.africaenelaula.com.ar))

## Parranda

Avolio  
39

Garaon 2°					Avolio 40
Garaon 2°					
Garaon 1°					Avolio 41
Tort/Sis					Avolio 42 y 43
Clave G					

## Chumba

Avolio  
45

Garaon 2°					Avolio 46 e 48
Clave G					

## Registro de las grabaciones

- 1) Ranas. Barrio San José. Julio 2011
- 2) «Victoriano-He escuchado de Usted-Hay pobreza en mi casa». Ensamble Casa de la Cultura (ECC), Livingston, Enero 2010
- 3) Hüngügüngü. (ECC), Enero 2010.
- 4) Parranda. (ECC), Enero 2010.
- 5) Chumba. (ECC), Enero 2010.
- 6) Punta. (ECC), Enero 2010.
- 7) Wanaragua. (ECC), Enero 2010.
- 8) «Libaribaba». Juan Carlos Sanchez-Guitarra y voz. Hotel Ríos Tropicales, Febrero 2010.
- 9) «Guaniraguaia». Juan Carlos Sanchez-Guitarra y voz, Hector (Sandu) Alvarez.Garaon 2°, Sergio Nuñez-Garaon Primera, Elvin Nuñez-Sisiras.Dugu Bar, Julio 2011.
- 10) «Pídeme». Blanca Franzuá, Bar Ubafu, Julio 2011.

- 11) «Sopa de Caracol». Templo Milinda, Río Vuelve Mujer, Enero 2010.
- 12) «Sagu Weyu». Parranda. Manuel Cayetano (Meme)Garaon 2°; Eduardo Estero (Mega) Garaon 1°, voz; Brandon Clemente Paolino-Sisiras; Jorge L.Baltazar Saldaña (Chino) Caracol, tortugas, voz. «Rasta Mesa», Barrio Nevago, Enero 2010.
- 13) «Abre tu puerta» (Hüngühüngü) Cosme Noralez, Berta Sandoval, Luciana Noralez. CC, enero 2010.
- 14) «Dos cartas». (Parranda) Xiomara Noralez y Berta Sandoval. CC, enero 2010.
- 15) «Primo Hermano» (Parranda) Xiomara Noralez y Berta Sandoval. CC, enero 2010.
- 16) «Bügüdü (taller)» (Parranda) Xiomara Noralez y Berta Sandoval. CC, enero 2010.
- 17) «Carta y telegrama te he enviado» (Parranda) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá. CC, enero 2010
- 18) «Oye hermano» (Parranda) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá, Xiomara Noralez. CC, julio 2011
- 19) «Lubarileredan» (Parranda) Luis «Chino» Baltazar. Barrio San José, Enero 2010
- 20) «Victoriano» (Wanaragua).Cosme Noralez, Berta Sandoval, Luciana Noralez. CC, enero 2010
- 21) «He escuchado» (Wanaragua). Cosme Noralez, Berta Sandoval, Luciana Noralez. CC, enero 2010.
- 22) «Hay pobreza aquí en mi casa». (Wanaragua) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá. CC, enero 2010.
- 23) «Donde enterraré a mi nieto» (Punta) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá. CC, enero 2010
- 24) «Itagaliña» (Punta) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá, Xiomara Noralez. CC, julio 2011
- 25) «Buguya wei mama...» (Punta) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá, Xiomara Noralez. CC, julio 2011
- 26) «Estoy enferma» Xiomara Noralez, Berta Sandoval. CC, enero 2010.
- 27) «Alé Rosalina». (Chumba) Blanca Franzuá, Elvira Alvarez. CC, enero 2010.
- 28) «Viborilla». (Chumba) Blanca Franzuá, Elvira Alvarez. CC, enero 2010

- 29) «Tu no Sabes hacer Cazabe» (Chumba) Blanca Franzuá, Elvira Alvarez. CC, enero 2010
- 30) «Lambe» (Chumba) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá, Xiomara Noralez. CC, julio 2011.
- 31) «Lere Duna» (Chumba) Elvira Alvarez, Blanca Franzuá, Xiomara Noralez. CC, julio 2011
- 32) Hüngühüngü. Ensemble de Percusión. Lirahügü Labuga.
- 33) Hüngühüngü. Wadabague. Lirahügü Labuga.
- 34) Hüngühüngü. Garaon 2°. Lirahügü Labuga.
- 35) Hüngühüngü. Garaon 1°. Lirahügü Labuga.
- 36) Hüngühüngü. Sisiras. Lirahügü Labuga.
- 37) Hüngühüngü. Bugudura. Lirahügü Labuga.
- 38) Hüngühüngü. Ensemble de Percusión y voces. Lirahügü Labuga.
- 39) Parranda. Ensemble de Percusión. Lirahügü Labuga.
- 40) Parranda. Garaon 2°. Lirahügü Labuga.
- 41) Parranda. Garaon 1°. Lirahügü Labuga.
- 42) Parranda. Bugudura. Lirahügü Labuga.
- 43) Parranda. Sisiras. Lirahügü Labuga.
- 44) Parranda. Ensemble de Percusión y voces. Lirahügü Labuga.
- 45) Chumba. Ensemble de Percusión. Lirahügü Labuga.
- 46) Chumba. Garaon 2°. Lirahügü Labuga.
- 47) Chumba. Garaon 1°. Lirahügü Labuga.
- 48) Chumba. Sisiras. Lirahügü Labuga.
- 49) Chumba. Ensemble de Percusión y voces. Lirahügü Labuga.
- 50) Punta. Ensemble de Percusión. Lirahügü Labuga.
- 51) Punta. Garaon 2°. Lirahügü Labuga.
- 52) Punta. Garaon 1°. Lirahügü Labuga.
- 53) Punta. Bugudura. Lirahügü Labuga.
- 54) Punta. Sisiras. Lirahügü Labuga.
- 55) Punta. Ensemble de Percusión y voces. Lirahügü Labuga.
- 56) Wanaragua. Ensemble de Percusión. Lirahügü Labuga.
- 57) Wanaragua. Garaon 2°. Lirahügü Labuga.
- 58) Wanaragua. Garaon 1°. Lirahügü Labuga.
- 59) Wanaragua. Sisiras. Lirahügü Labuga.
- 60) Wanaragua. Ensemble de Percusión y voces. Lirahügü Labuga.
- 61) Beat it. Sabrina, niña del Barrio Nevago, enero 2010.

- 62) Clase de Parranda. (Blanca Franzuá y sobrinas Kenysha y Shayra). Bar Ubafu, febrero 2010
- 63) Muevelo. Ibrahim, Barrio San José, enero 2010
- 64) Punta. Manuel Cayetano (Meme)Garaon 1°; Misael Franzuá Garaon 2°, voz; Clarence-Sisiras; Jorge L.Baltazar Saldaña (Chino) Caracol, tortugas, voz. Barrio San José, enero 2010.
- 65) «Himno Nacional a Guatemala». Ensamble Casa de la Cultura, Livingston, enero 2010.

## Ensamble de la Casa de la Cultura Garífuna en Livingston:

Luciana Noralez, Blanca Franzuá, Elvira Alvarez, Cosme Noralez, Berta Sandoval, Xiomara Noralez- Voces. Hector Gonzalez Alvarez (Sandu) Garaon 2°- Augusto Lalin (Pisin) Garaon 1°, Gregorio Sandoval-Sisiras. Casa de la Cultura Garífuna. Livingston, Guatemala, Enero 2010.

## Lirahüjü Labuga

Manuel Cayetano (Meme)Garaon 2°; Estuardo Caballeros (Buho) Garaon 1°; Minor Ruiz Baltazar –Sisiras; Brandon Clemente Paolino-Tortuga; Jorge L.Baltazar Saldaña (Chino) Caracol, Voz. «Taller de Bicicletas del Chino» Livingston, Guatemala- Enero 2010.

Se detallan los nombres de los intérpretes quienes a su vez proporcionaron letras y traducciones que, es deseable, continúen siendo perfeccionadas. Los nombres de los autores no han sido proporcionados y se consideran en la comunidad como «Canciones tradicionales».

Todas las grabaciones realizadas por Augusto Perez Guarnieri. Edición, masterización y restauración: Pablo Bachman.



# IMÁGENES



Colores sobre mi cuaderno



DUNARUON  
LABUGA



Monance  
1:

F x 7 x x x 12.

F  
x - .

al, reym

DO  
/A

Ex 5

1-

KACAC



76



1006



004



Rio Dulce



Party Pointa look to  
Tourism  
lat

(Po)



X  
X  
X

XXXX



X X X X

Toct.

cel. r.  
Tint.



UBAFU

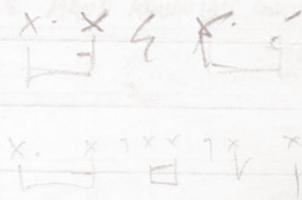


09:00  
11:00 3/00 p  
09:00  
Touco 001/00p  
09:00

BA  
W

FU

Touco 001/00p



2  
2  
1



UBAFU!

ISIENI  
ONDÁRA  
WAMA  
JISIGUAWAGIAME  
WONIGUA

101



Handwritten notes on lined paper, including symbols like 'X' and 'XX' and some illegible text.

UBOU



COLO  
LIC 003/009

1/009

2-5



u(00) 0000

MEME!  
WANARAGUA



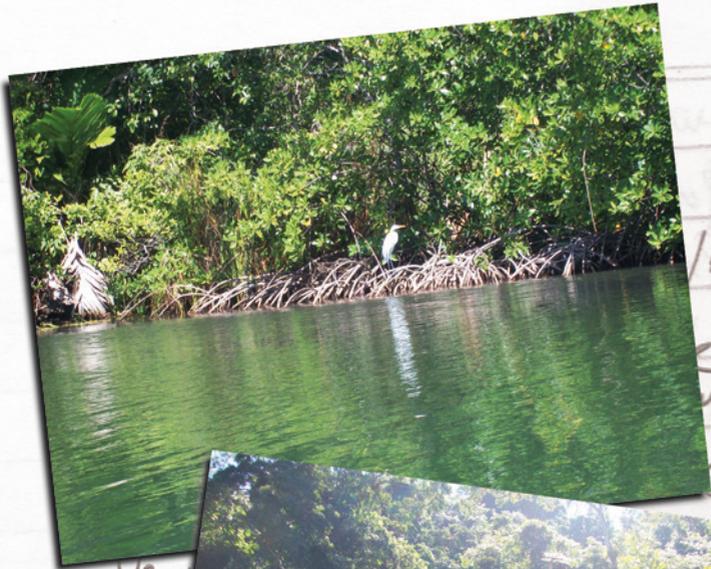
003

11  
+1  
07

111 11  
= 11

11  
11  
D C

W



Barra finta  
pauze  
Bl  
] Bl  
] Bl



Tuwa



GIRIBUBA  
HIÑARU



(SIETE  
ALTAKES



6

16/01/00



**Lirahügü La Buga**  
**HIJOS DE LA BUGA**  
 Ritmos tradicionales garifunas  
 de Livingston, Guatemala

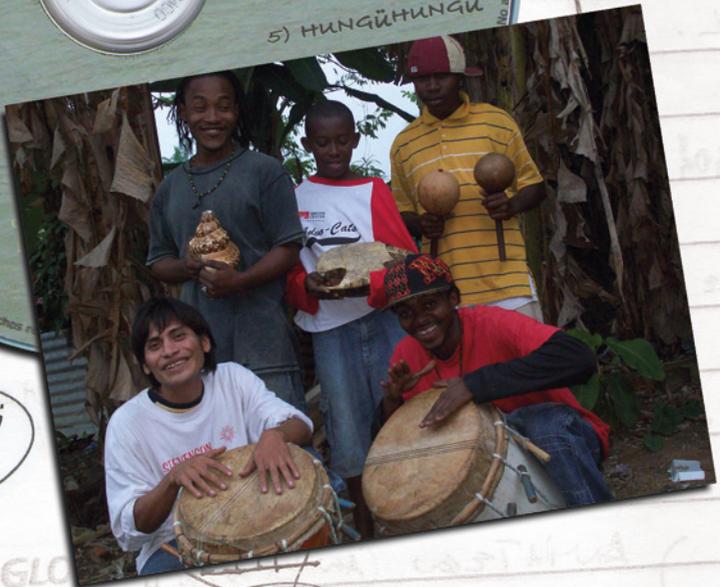
- 1) PARRANDA
- 2) YANCUNÚ
- 3) PUNTA
- 4) CHUMBA
- 5) HUNGÜHUNGÜ



COMPACT  
**disc**  
 DIGITAL AUDIO

Contacto:  
 Tel. (502) 5852-2693  
 lirahugu@hotmail.com

Grabado en ESTUDIOS PRESTO. Derechos reservados



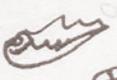
LIRAHÜGÜ  
 LABUGA

GLORIA

GLO

Li Li

PHONE: 5778 6388



Ajuntar



Uma S



Pa

1106

Cozinha



ALZO CERDASVELLI (1986)

exemplos e desde la



BUSCAL

Ovenhies

Asperca  
suntia  
Actini

KIPULA  
GANGA DU WALI

mm



american  
de Honduras

(super  
decent  
right)

con

son l'ndes  
labreers

NDA

MAR

FOTO

GALON

GALON

GALON

(14)  
(15)

00

X X

X X X X

X X X

X

X X X X

X X X

X X X

X X X

O X O X

)

X X X

X O

Angio

AGU





GAYUZA



& Nos  
ONRAPOS  
TOSOS  
JUNTO



9/20/20

Belize

W3. CUMBA  
Amy Poloc  
W3. STONE RE



El  
Vou  
CLA  
L&C  
CUMBA  
L&C  
OOS: Kif M



9/20/20



CASA  
de LA  
CULTURA

PUNTA



El Govern  
de iniciar  
base



n de Tisucet coreado, gencia  
ie, con poche de enera (ver

no my particular, on le p  
con i

fran...  
don me  
elite de unne

el anco  
fusión

no mones  
papel de  
rotine y b

Cominida con queso de color  
delgado case con

de sura  
t few q' le sue,

de Tourege. Se trae con  
sobre le fore superior, obtiene

representa mi obra, aunque claramente suscorab



OUNA GULEI

Entra  
l'usage  
d'aujourd'hui  
comme  
el fut  
refere  
plus  
d'ables



l'usage  
d'aujourd'hui  
comme  
el fut  
refere  
plus  
d'ables

RITMOS MULTILINE

Es común encontrar con  
e partir del uso de la  
En lugar de un solo  
un momento serien



ritor  
nion  
un  
el  
rio  
estir



no/comple/idos  
conor económica  
en = f' idem = pro  
de compleja

Reservado



- 1. Pamy
- 2. f'riji
- 3. W'itua



MEME WEYU

Pow  
Tou



unione, lou b  
 n el Terme de  
 massive le le  
 m'entre le f-ils  
 les for  
 meniga  
 ie  
 u'isolal

medem  
 ~







*En 1635, nuestros ancestros venían como esclavos en un barco desde el África. Cuando estaban llegando a América se rebelaron, tomaron el mando del barco y llegaron a Yorumein. Allí fueron recibidos por los Arawakos, que eran los habitantes de la isla y fueron mezclándose, peleando contra el hombre blanco. Luego de muchos años de lucha, lamentablemente los ingleses nos expulsaron de nuestra Isla de San Vicente y así los abuelos se fueron dispersando desde Roatán hacia Belice, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Y seguimos luchando...*

Así relatan los garifunas el origen cimarrón de su pueblo, cuya resistencia y beligerancia alimentó el imaginario de salvajismo y canibalismo que constituía un obstáculo a las ideas imperantes de progreso transplantadas a América a través de los procesos de conquista y colonialismo modernos. El presente es un relato de las experiencias vividas por el autor, percusionista e investigador en músicas afroamericanas que, en busca de la experiencia etnográfica que actúe como llave para comprender la riquísima expresión musical garifuna, encontró en este pueblo mucho más que ritmos, melodías y relatos etnográficos. Producto de su trabajo de campo y las vivencias allí recogidas, el autor propone una categoría novedosa en el campo de la etnomusicología afroamericana: la denominación de "clave garifuna" como punto de partida para analizar la complejidad rítmica presente en Afroamérica.

Este libro se erige como una crónica de viajes y (re)descubrimiento de un conocimiento de necesario abordaje que nos acerque a comprender el complejo fenómeno del mestizaje desde una perspectiva holística, sin que ello suponga descartar la práctica y gramática de la mirada, los tambores, la gastronomía, las canciones, los olores y los paisajes, todos ellos cargados de *ubafu*, que en lengua garifuna se traduce como poder negro.

